Seré tu príncipe azul,



¿serás tú mi princesa?

JENNY DEL

Seré tu príncipe azul, ¿serás tú mi princesa?

JENNY DEL

Primera edición.

Seré tu príncipe azul, ¿serás tú mi princesa?

©Jenny Del.

©febrero 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



—Desde luego, hijo, que inútil eres cuando te da la gana. Es que no sabes hacer nada bien —me dijo Marisa, como tantas otras veces.

—Marisa, no creo que me merezca todas estas palabras…

—¿Qué no te lo mereces, Lucas? Por favor, si es que no haces nada derecho. No sé para qué te digo que hagas nada, si al final tengo que ir yo detrás y corregirlo —me interrumpió.

En este caso había sido por una compra. Me dijo que fuera al súper a comprar harina de repostería, pues quería hacer un bizcocho para su sobrino, que pasaría la tarde con nosotros, puesto que su madre tenía una reunión. No me había dicho la marca, así que compré la que la chica me aconsejó, que coincidía con la que se vendía mayormente.

—Vaya mierda de bizcocho me va a salir, porque con esta marca no sé la cantidad que tengo que echar —me reprochó.

—Pues es harina, dará igual la marca, ¿no? ¿Acaso en las recetas te ponen las marcas? —le respondí, bastante cabreado.

—Mira, hablar contigo es como hablar con un niño de dos años, no entiendes nada.

—Ah, vale, que ahora también soy tontito y no me entero. A veces me pregunto qué haces conmigo —le dije, saliendo de la cocina.

—Eso mismo me pregunto yo —la escuché decir mientras me marchaba.

Mi nombre es Lucas, tengo treinta y dos años y soy ingeniero de sistemas. Tengo un buen trabajo, un buen sueldo, e intento ser una buena pareja. No os digo que lo consiga siempre, porque, tal y como no lo es nadie, yo tampoco soy perfecto, pero vivir esto constantemente le mina la moral y la autoestima a cualquiera.

Llevo junto a Marisa seis años, los últimos cuatro viviendo juntos. Al principio todo era de color de rosa, pero en los últimos meses se tornó a un color marrón oscuro, tirando a negro.

Marisa era la típica mujer que veneraba su cuerpo. Ella decía que jamás tendría hijos, que no pensaba estropear la figura que tanto tiempo le había costado mantener. En cambio, tenía dos sobrinos a los que invitaba a casa constantemente, pero no era ella la que jugaba con ellos ni los atendía, eso lo delegaba en mí.

Os podéis pensar que el hecho de hacerle un bizcocho a sus sobrinos no era mucho de cuidar el cuerpo, pero nada más lejos de la realidad, porque ese bizcocho se lo das a las gallinas y te hacen la ola. Lo único natural era la harina, todo lo demás eran ingredientes artificiales, de esos que compraba en su gimnasio.

No estaba dispuesto a quedarme toda la tarde ahí, viendo su mala cara y atendiendo al niño. Sabía que el pobre no tenía culpa de nada, pero no estaba dispuesto a claudicar de nuevo, por lo que me puse mi abrigo y salí a la calle, iría a ver a Hugo, mi mejor amigo.

No quería coger el coche, así que me fui dando un paseo, no sin antes apagar el teléfono móvil, porque sabía que en cuanto llegara el niño, no dudaría en llamarme una y otra vez, ya que ella no sabía cómo jugar y entretenerlo.

—Hola, ¿molesto? —le dije a mi amigo, cuando me abrió la puerta de su casa.

—¿Eres tonto? ¿Cómo vas a molestar? Anda, pasa, porque intuyo que has tenido otra vez movida con Marisa—dijo, haciéndose a un lado para que

pudiera pasar.

—Ni que lo digas, debo ser tonto de remate —le respondí.

Nos sentamos en el salón, sacó dos cervezas y me miró, dispuesto a escucharme y aconsejarme, aunque sus consejos siempre eran los mismos, esos a los que yo hacía caso omiso.

Le conté todo lo que había sucedido hoy, que, por otro lado, era algo que sucedía un día sí, un día no y el de en medio.

—Tío, de verdad, es que siempre te digo lo mismo, pero luego haces todo lo contrario. Eres el dueño de la casa, tienes un sueldazo y un físico que ya quisiéramos muchos. ¿Qué haces con esa mujer? ¿No te das cuenta que te está anulando como hombre? —me dijo enfadado, como siempre que venía a desahogarme.

—Lo sé, pero estoy enamorado de ella. ¿Qué le hago? —le respondí, porque era cierto, o al menos eso creía.

—Eso no es amor, Lucas, eso es sometimiento. Te has acostumbrado a vivir con ella, a que te trate así, y has normalizado cosas que no deberías normalizar. Si alguien te quiere no disfruta humillándote, como hace ella, porque, cuanta más gente haya delante, peor lo hace. Es como si quisiera demostrar que ella lleva los pantalones en esa relación —me decía Hugo, haciéndome entender la situación.

—Ya estoy cansado de siempre lo mismo. Me estoy planteando seriamente decirle que nos tomemos un tiempo…

—¿Un tiempo? Mándala más allá de la mierda, hombre. Date a valer, porque, aunque ahora mismo no te lo creas, vales mucho, amigo —me dijo.

Estuve en su casa hasta las ocho y media de la tarde, hora en la que supuse que ya se había ido el sobrino de Marisa. Sabía que ahora me esperaba una buena bronca, pero quizás era lo que necesitaba para terminar con esta relación.

Estaréis pensando que soy un cobarde, y quizás fuera cierto, porque no era capaz de salir de esa relación tóxica que me estaba haciendo cada vez más pequeño.

—¿Se puede saber dónde coño estabas metido? ¡Te he llamado mil veces! —me dijo en cuanto escuchó la cerradura girar.

—Dando una vuelta —le respondí, casi sin ganas, cansado ya de tanta bronca.

—Claro, y te metiste en una mina y por eso no tenías cobertura —me dijo de manera irónica.

—No, me metí en casa de mi amigo y no perdí la cobertura, lo apagué porque no me apetecía tener que escucharte dando gritos, tal y como está ocurriendo ahora —le dije muy serio.

—¿Me estás diciendo que me has ignorado a posta? No me lo puedo creer, de verdad que no…

—Pues créetelo, porque es así. Además, ya estoy cansado de todo esto, quiero que nos tomemos un tiempo…

—¿Tomarnos un tiempo? No me hagas reír, por favor. ¿Qué ibas a hacer tú sin mí? Si no eres capaz ni de vestirte de forma coherente —me dijo, soltando una carcajada.

—Sí, y te rogaría que te marcharas lo antes posible. Si no sé vestirme de forma coherente, pues ya va siendo hora de que aprenda a hacerlo. Esta noche no dormiré aquí, me iré a casa de Hugo. Espero que mañana, cuando regrese del trabajo, ya te hayas marchado —le dije, y entré en la habitación para coger un pijama y ropa para el día siguiente.

—¿Y dónde voy a ir? Me parece que te estás pasando. Seguro que el idiota ese que tienes como amigo ya te ha vuelto a meter pajaritos en la cabeza. Nosotros nos queremos, Lucas, no me hagas esto, sabes que vivo por y para ti —me dijo, acercándose a mí, pero esta vez no lo iba a conseguir.

Su táctica siempre que discutíamos y yo decía algo así, era acercarse a mí y convencerme con sexo de que éramos la pareja perfecta, pero no iba a caer en sus redes de nuevo, porque entonces, estaría acabado. Se llevaría tres días bien y al que hiciera cuatro, volvería a las andadas, y vuelta a empezar.

—No me vas a convencer por echar un polvo, Marisa. Así que, será mejor que me dejes coger mis cosas y me marche lo antes posible. Da gracias a Dios de que no te ponga en este momento en la calle, que no seas tú la que tengas que irte ahora…

—No me pienso mover de aquí, esta casa es tan mía como tuya, que para eso hemos vivido juntos en ella —me dijo, y ahora el que soltó una carcajada fui yo.

—No, mi amor, esta casa es solo mía, así lo dicen las escrituras de compra. Yo he pagado hasta el último céntimo, los suministros están todos puestos a mi nombre, tú, aquí, nada más que tienes tus efectos personales —le dije, enfrentándome a ella por primera vez en la vida.

—¿Qué pasa si no me quiero ir? ¿Qué vas a hacer si mañana, cuando vuelvas no me he ido? —me dijo, desafiándome, pensando que era un berrinche por mi parte y que, al día siguiente, se me habría pasado.

—Si cuando vuelva mañana tus cosas siguen aquí, las meteré en bolsas de basura y te las dejaré en la puerta. Si, además, eres tú la que sigues aquí, llamaré a la policía para que te saque de mi casa —le dije, cogí mi mochila y salí de allí como alma que lleva el Diablo.

No le había comentado a Hugo nada de pasar la noche en su casa, pero sabía que no tendría ningún problema con eso, más bien todo lo contrario, me aplaudiría por mi decisión.

Capítulo 2



Efectivamente, mi amigo no me puso ninguna traba para pasar allí la noche, sino que me apoyó y me felicitó por mi decisión. Ahora mismo me sentía vacío, era como si toda mi vida se hubiera ido por el retrete, como si, ahora, nada tuviera sentido.

—Es normal sentirse así, Lucas. Han sido muchos años y ella creó mucha dependencia, sabía cómo anularte y que pensaras que solo ella era capaz de hacerte feliz —me dijo Hugo.

—¿Y si me he equivocado con esta decisión? —le pregunté, pues no era la primera vez que ese pensamiento acudía a mi mente desde que me había marchado de mi casa.

—¿Equivocarte? Nada más lejos de la realidad. Pero eso no lo vas a ver ahora, lo verás con el tiempo, cuando puedas tener otra perspectiva — dijo él, completamente convencido.

Esa noche me costó dormir, y a primera hora ya estaba en la ducha y preparándome para irme al trabajo. Mi cabeza era un cúmulo de pensamientos, todos contradictorios, y no sabía si al volver a casa, y todavía estaba Marisa, iba a ser capaz de echarla. Por mi salud mental, necesitaba que se hubiese marchado, que me dejara pensar con tranquilidad si lo que realmente quería era estar con ella o no.

Nuestras profesiones no tenían nada que ver una con la otra, ya que ella era profesora de inglés, por lo que, si se marchaba, no tendría por qué tener

ningún contacto con ella, ya que, ni siquiera nuestros amigos eran los mismos, yo tenía mi grupo, encabezado por Hugo, y ella tenía el suyo.

—Me marcho, Hugo, luego te llamo cuando llegue a casa y te cuento —le dije.

—Si necesitas que vaya contigo, no dudes en avisarme. A veces es mejor enfrentarse a las cosas acompañado —me respondió él.

—No te preocupes que así lo haré. De momento, voy a tomarme un buen desayuno en la cafetería de enfrente de la oficina, porque aquí, ni café tienes, capullo —le dije, intentando bromear y quitarle hierro al asunto.

—Si nunca desayuno ni meriendo aquí, que sentido tendría tenerlo —me dijo, encogiéndose de hombros.

Salí de allí con una sonrisa en los labios, pero también con una presión en el pecho, consecuencia de los nervios, que casi me impedía respirar. Me subí a mi coche, porque la segunda vez que me fui de mi casa sí que me lo llevé, pensando en como llegaría al trabajo hoy, porque estaba bastante lejos de mi casa.

Aparqué en el garaje de la empresa, donde cada empleado que trabajaba allí tenía asignada una plaza de aparcamiento, para que no tuviéramos que estar dando vueltas. Todos teníamos una, desde el conserje hasta el director general, sin excepciones, además, había otras cuantas destinadas a las posibles visitas que pudieran acudir allí.

—Buenos días, ¿qué le pongo? —me dijo una camarera nueva, bastante guapa, la verdad.

—Buenos días. Un desayuno completo. ¿No están Sebas ni Julia? —pregunté, pues eran los dos camareros que solían estar por la mañana.

—Yo sí que estoy, pero Julia ya no, ha encontrado trabajo de lo suyo, y es lógico que haya querido progresar —me dijo Sebas, que salía del interior de la cocina.

—Pues me alegro mucho por ella, de verdad. Y perdona, pero no sabía nada de que hoy me atendería una chica nueva —le respondí, dirigiendo esta última parte a la camarera.

—Ella es Marta, y espero que también tenga la misma suerte que Julia, aunque sería una pena, porque es muy buena profesional y una chica de lo más agradable —dijo Sebas.

—Encantado, Marta, yo soy Lucas y te advierto que me verás a menudo por aquí, al menos de lunes a viernes —le dije, y vi como ella sonreía, una sonrisa preciosa y dulce que me llamó muchísimo la atención.

—Marta, ven que te enseñe como le gusta al señor Lucas el desayuno, así, mañana cuando vuelva, no te tendrá que decir nada. Tal y como lo veas entrar, se lo vas preparando, porque siempre viene con prisas, lo de hoy, es un espejismo —le dijo Sebas, causándome una carcajada.

Marta me puso el desayuno tal y como a mí me gustaba: un café con leche del tiempo, doble de azúcar y una tostada en pan de campo con mermelada de fresa y sin mantequilla, de la que no me gustaba ni el olor.

Si solía desayunar allí es porque Marisa era una fanática de la mantequilla light, que tenía un olor repugnante para mi olfato, y prefería salir antes de que ella desayunara y así evitar llevarme todo el día con fatiga.

Después de terminar el desayuno y de despedirme de Marta y Sebas, subí a mi despacho, donde me esperaba una torre de trabajo por hacer. Me vendría bien tener la mente ocupada, y evadirme de todo lo que tenía en la cabeza. Ya me enfrentaría a todo cuando lo tuviera que hacer, pero no ahora, no en este momento.

Durante la mañana recibí mil quinientas llamadas de Marisa, como vio que no le cogía el teléfono, pasó a los mensajes, esos que leía, pero que no contestaba.

Marisa: *Lucas, por favor, recapacita. Vamos a hablarlo, sabes que eres el amor de mi vida.*

Marisa: *Te estoy llamando y no me coges el teléfono. Por favor, mi amor, habla conmigo.*

Marisa: *¿No piensas contestarme? ¿Sigues en tus trece? Me parece mentira que tires por la borda todos estos años por una tontería. Tu actitud me parece tan infantil…*

Marisa: *Parece que estoy hablando con uno de los niños de mi clase de primaria. ¿De verdad vas a continuar con esta actitud?*

Marisa: *No eres nadie sin mí. Si me voy, ten claro que no pienso volver.*

Marisa: *¡Madura de una puta vez! No pienso volver contigo ni, aunque me supliques de rodillas. Eres un niñato que no sabe lo que tienes en la vida. Ojalá y te arrepientas de esto, porque entonces seré yo la que te de la patada, desgraciado.*

Como vio que no estaba dando el resultado que quería, fue subiendo la intensidad en sus mensajes, hasta terminar casi por amenazarme. Si tenía alguna duda sobre lo que había hecho, creo que con esto se disiparon todas.

En ese instante pensé que lo mejor sería que no acudiera a mi casa hasta bien entrada la tarde. Como tenía suficiente trabajo para entretenerme durante esas horas, decidí que bajaría a la cafetería a comer y luego continuaría en la oficina.

—Hugo, no voy a ir a mi casa hasta que no esté completamente seguro de que se ha marchado. No para de llamarme y enviarme mensajes, me ha insultado y hasta amenazado, no me apetece tener que cruzarme con ella —le dije.

—No te preocupes, me pienso quedar de guardia abajo y te aviso en cuanto la vea salir —me dijo, muy convencido.

—No, hombre, tampoco hace falta que hagas eso. Lo que sí te agradecería es que me acompañaras cuando eso ocurra, por si acaso sigue allí y tenga que llamar a la policía —le respondí.

—Está bien, yo te llamo en cuanto sepa algo.

Corté la llamada y bajé a comer. Una sonriente Marta me atendió muy amablemente.

—¿Para la comida también hay instrucciones? —me preguntó, con guasa, en cuanto se acercó a mí.

—No, mujer, para eso no soy delicado. Pero es que la mantequilla y el queso no lo soporto. El único queso que soy capaz de comer es el que está granitado, y supongo que es porque no sabe a nada —le respondí, correspondiendo a su sonrisa.

—¿Qué te pongo, entonces?

—Para empezar, una cerveza, y de comer, dejo que me sorprendas. Ponme lo que más te guste a ti de todo lo que hay en el menú —le dije, y es que, ciertamente me gustaba todo.

—Pues lo llevas claro, porque a mí me gusta todo. Bueno, le diré al cocinero que te prepare un menú degustación —me contestó, guiñándome un ojo y haciendo que yo soltara una carcajada como hacía años que no soltaba.

Efectivamente, eso fue lo que me trajo, una fuente con un poquito de todos los primeros y otra igual, pero de todos los segundos.

—De todos los postres no puedo, que es helado, flan y fruta —me dijo, y volví a reírme.

—Faltaría más. Si haces eso, tengo que salir de aquí rodando. Ponme solo un café, que ya no entra más comida en mi estómago —le respondí, divertido.

—Rodando, dice… con el cuerpazo que tiene el tío —me dijo, y no sé por qué, pero me gustó que me dijera eso.

Llevaba tanto tiempo sin escuchar a nadie dirigirse a mí con un piropo, que me dio hasta vergüenza, y pensé que era un comentario que le haría a cualquiera, pues yo me veía muy normalito.

Después de comer y de charlar un rato con Marta y Sebas, volví al trabajo. Estaría un par de horas más, y ya luego me marcharía a casa.

Capítulo 3



Estaba terminando de revisar una avería de uno de nuestros clientes, cuando recibí una llamada de Hugo, miré el reloj y, al final, me había quedado más tiempo del que pensaba. Seguro que su llamada se debía a eso, por lo que no dudé en contestarla.

—Amigo, ya puedes volver, la bruja ya se ha ido. Te espero aquí y subo contigo, porque me puedo esperar cualquier cosa —me dijo Hugo.

—¿En serio estás debajo de mi casa? —pregunté, incrédulo.

—Desde las cuatro y media de la tarde. Le di el tiempo justo para llegar del trabajo y comer —me dijo, y solté una carcajada.

—Eres único, Huguito. Terminó lo que estoy haciendo, que no me va a llevar más de diez minutos, y ya mismo salgo para allá —le contesté.

—Vale, mientras llegas, voy a la pizzería de la esquina y compro la cena. Pero no vayas a pensar que te voy a invitar, ni mucho menos. Luego me haces bizum —me dijo, aunque sabía que era mentira, pero si él no daba la puntillita, no era él.

—Sin problema, pero ya sabes que te lo envío con intereses —le respondí.

Nos despedimos y colgué la llamada. ¿Habéis tenido esa sensación de qué sueltas una carga, pero tienes ese miedo de no saber lo que vendrá a continuación? Pues así me sentía yo en este momento.

Una parte de mí, sentía alivio y paz, pues sabía que, a partir de ahora, al volver a casa no me esperaba una bronca tras otra, no me esperaban insultos ni descalificaciones, y eso me iba a hacer mucho bien. Pero, por otra parte, me esperaba la soledad y el silencio. Ya no podría preguntarle a nadie cómo le había ido el día, o darle un beso, aunque a cambio recibiera un mal gesto o una mala cara, y eso me daba miedo, pues no sabía si sería capaz de acostumbrarme.

Terminé lo que estaba haciendo que, tal y como dije, no me llevó más de diez minutos, y me dispuse a coger mi coche para llegar hasta mi casa. Antes de llegar vi a Hugo apoyado en su coche, con dos cajas de pizzas en las manos, y solté una carcajada.

—Aparco y vuelvo —le dije.

—Ahí delante ha salido un coche hace unos minutos, no creo que le haya dado tiempo a nadie de aparcar —me contestó.

—¿Ahora también eres gorrilla? —le pregunté con guasa.

—¿Nadie se ha cagado en tus castas hoy? Porque yo no quiero ser el primero —me soltó, con todo su descaro.

—Te veo ahora, ve entrando —le dije, al ver que estaba la puerta del portal abierta, y haciendo un gesto con la cabeza.

Efectivamente, unos metros más adelante, había un hueco, en el que aparqué. Cogí mi mochila y me bajé del coche. Llegué hasta donde estaba mi amigo, al que saludé con un abrazo con el que casi tira las pizzas.

—Si las llegas a tirar, no sé lo que te hago. No te puedes imaginar la cantidad de gente que había —me dijo.

—Me lo imagino, con la hora que es y el frío que hace hoy…

Llamamos el ascensor y nos subimos hasta mi casa. Delante de la puerta y con las llaves en la mano, no era capaz de abrir. Me temblaba todo, era una mezcla de miedo y de alivio difícil de describir.

—Dame, que ya abro yo —me dijo Hugo, quitándome las llaves y dándome las pizzas.

—Sí, porque no sé si seré capaz de abrir —le dije.

Cuando Hugo abrió la puerta me quise morir. ¿Cómo podía ser tan hija de puta? ¿No tenía suficiente con el daño que me había hecho que, encima, me hacía esto?

—Amigo, será mejor que esta noche la pasemos en mi casa y ya mañana, venimos después de comer y arreglamos todo este desastre —me dijo Hugo, que estaba viendo el destrozo al igual que yo.

—No me pienso ir y dejar mi casa en este estado. No podría dormir ni estar tranquilo, por lo menos, voy a evaluar los daños —le contesté.

Tan solo habíamos visto el salón y la cocina, y parecía que había pasado un huracán: el sofá estaba rajado, la pantalla de la televisión pintada con spray, al igual que los muebles de la cocina, en cuyo suelo aparecían regados todos los alimentos de la nevera, mezclado con los cristales de los platos y los vasos.

El resto de la casa no tuvo mejor suerte. Nuestra habitación estaba completamente destrozada, con las cortinas tiradas en el suelo, la cama deshecha y con las sábanas hecha jirones, las lámparas de las mesillas de noche, hechas añicos, y las paredes con pintadas que hacía alusión a lo que ella pensaba de mí, eso que me repetía a diario.

El cuarto de baño tampoco se había librado. En el único sitio donde no pudo entrar fue en mi despacho, ya que esa puerta contaba con una llave. No es que tuviera nada allí que no quisiera que viera Marisa, pero tenía mis ordenadores y, algunas veces, me traía trabajo a casa, por lo que la privacidad era primordial. No sabéis como me alegré de que ella no tuviera acceso a esa habitación, porque me hubiera costado más de un disgusto en el trabajo.

—¿Por dónde empezamos? —me preguntó Hugo.

—Vamos a comernos las pizzas antes de que se enfríen, ya luego vemos cómo lo hacemos —le respondí, bastante agobiado por todo.

Nos hicimos un hueco en la mesa del salón, y comimos como pudimos, en silencio, asimilando todo lo que nos habíamos encontrado.

—¿Vas a denunciarla? —me preguntó Hugo.

—No —le respondí.

—¿Cómo qué no? No se puede ir de rositas, Lucas, o pensará que puede hacer lo que le dé la gana siempre — contestó él.

—Escúchame antes de sacar tus propias conclusiones. Si la denuncio, tendré que encontrarme de nuevo con ella, y es lo que menos me apetece. Ya ha salido de mi vida, y me ha costado hacerlo, aunque te pienses que no. No quiero volver a verla, que se vea con el derecho de humillarme de nuevo — dije, con un nudo en la garganta.

—Si ese es el motivo, me parece perfecto que no lo hagas. Vamos a conseguir que vuelvas a tener la autoestima por las nubes —me dijo él.

—¿Sabes lo que me ha pasado hoy? En la cafetería ha entrado una camarera nueva, bastante guapa, por cierto. Estuvimos bromeando con el tema de la comida y demás, y cuando le dije que saldría de allí rodando, me echó un piropo. Hacía tanto tiempo que no me decían algo así, que me puse hasta rojo de vergüenza —le dije, y soltó una carcajada.

—¿Voy a tener que enseñarte a ligar, amigo?

—Espero que no, entre otras cosas porque, en este momento, no quiero ver a una mujer ni en pintura. He pensado en acudir a terapia, tengo que desintoxicarme de Marisa, porque, para mí, ha sido como una adicción, me ha convertido en adicto a ella y a sus descalificaciones —le expliqué a Hugo, abriendo mi corazón por primera vez.

—Si crees que es eso lo que necesitas, adelante. Busca tu sanación de la manera que sea. Pero también te voy a decir algo, no todas las mujeres son iguales, al igual que tampoco lo somos todos los hombres.

Empezamos por recoger todo lo que había tirado en todas las habitaciones. Tres bolsas de basura de cien litros llenamos. Cuando ya lo teníamos todo

recogido, fuimos limpiando las pintadas de los muebles de la cocina, pero no conseguíamos quitarlo del todo, al igual que de la televisión.

—Creo que, con los productos que tenemos aquí no vamos a conseguir nada. Como ya está todo recogido, vámonos a mi casa y mañana volvemos con productos específicos y con pintura para las paredes —me dijo Hugo.

—¿Cómo voy a invadir tu casa, tu intimidad? —le pregunté, porque no sería cosa de un día.

—Vete a la mierda, Lucas. ¿Acaso tú me dejarías? —me contestó.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué piensas que yo lo voy a hacer?

Fui a coger ropa para el día siguiente, pero al abrir la puerta del armario me di cuenta de que no tenía nada. Marisa se había encargado de arruinar toda mi ropa, no lo hizo con las zapatillas ni las botas porque eso los tenía en el altillo y no llegaba.

—Vamos a tirar todo esto también. Mañana te pones algo mío, y ya nos iremos de compra este fin de semana —me contestó Hugo.

Afortunadamente, en la cuenta ella no tenía posibilidad de entrar. En primer lugar, porque no sabía mis claves, y en segundo, que teníamos cuentas separadas, su dinero era suyo y el mío era mío.

No quería ni pensar si hubiese sabido el dinero que tenía ahorrado, lo que habría hecho con él.

Capítulo 4



Al final, tuve que llamar a mi jefe directo y pedirle dos días libres, porque con el rato que trabajábamos por la tarde no tenía ni, para empezar. No le conté todo lo que me había pasado, pues no quería que se rieran de mí, que era lo que solía ocurrir cuando un hombre decía que era maltratado por una mujer.

Eso era lo que más me dolía de la sociedad en la que vivíamos. Si una mujer denunciaba públicamente que su pareja la maltrataba, de la manera que fuese, todo el mundo la apoyaba. No hace falta que te den un bofetón para sentirse así, a veces, las palabras o los gestos dolían más y hacían más daño que un puñetazo. Pero, si, por el contrario, era un hombre el que lo decía, lo más normal es que se rieran de él. Porque, por el simple hecho de ser masculino, ya eso te convertía automáticamente en el fuerte de la pareja, y eso no podía ser, te tenías que haber equivocado o, directamente, estabas mintiendo.

—No te preocupes, Lucas. Jamás has pedido nunca nada, y sé que tu trabajo lo llevas al día —me dijo mi jefe.

—Es un problema en la casa, pero con el ratito de por la tarde, no tengo suficiente para solucionarlo, y mientras que no esté solucionado, no puedo volver a vivir allí. No quiero invadir durante más tiempo el espacio de mi amigo Hugo —le respondí, explicándole por encima, sin entrar en detalles.

—Cógete lo que queda de semana, y si el lunes ves que necesitas más tiempo, me envías un mensaje y listo —me dijo él.

—Gracias, Juan. Creo que no hará falta, con estos dos días y el fin de semana, lo puedo tener listo —me despedía de él.

Recogí mis cosas y me fui a buscar todos los productos que necesitaba. Para empezar, el sofá lo había tenido que tirar, pues no había manera de arreglarlo, ya que no solo se había visto afectado en la zona exterior, sino que también estaba mal la interior, por lo que salía más barato comprar uno nuevo.

Las puertas de la cocina tampoco salieron bien paradas, pues la pintura que había utilizado era permanente, y ni dándole con alcohol puro se quitaba, por lo que me decidí a darle un cambio. Compré papel para forrarlas de un color llamativo. Ya que iba a cambiarlas la pondría a mi gusto, ya estaba harto del blanco y negro en toda la casa.

La chica de la tienda me aconsejó un verde pistacho que me gustó mucho, pero preferí ponerlas en rojo y blanco. Tuve que ir desmontando puerta por puerta, y aplicarles el papel con sumo cuidado para que no quedaran burbujitas y que se vieran perfectas. Gracias a la vida, yo era un manitas, y todo eso del bricolaje me gustaba muchísimo y se me daba genial, por mucho que Marisa dijera que no, que no había por donde cogerlo. Pero claro, es que era más bonito decir que habías contratado a una empresa para que lo hiciera, como el dinero no lo ponía ella…

A la hora de comer ya había terminado con todos los muebles, y lo cierto es que el resultado de cómo quedó me encantó. Estaba a punto de pedirme algo de comer, cuando llamaron a la puerta. Hasta que no tuviera todo terminado no iría a comprar todo el menaje que Marisa había roto y a llenar la nevera. Me parecía absurdo cuando no podía estar ahí todavía.

—Aquí está tu salvador —me dijo Hugo, levantando un par de bolsas de papel que olían de muerte.

—¿Qué traes ahí? Dime que es comida, por lo que tú más quieras, que llevo desde esta mañana con un simple café. Ni el desayuno de todos los días me he comido —le dije, dándole paso a la cocina.

—¡Coño, que bien ha quedado esto! —exclamó, mirando todo a su alrededor.

—Como que llevo toda la puta mañana forrando puertas, no te digo más —le contesté.

Mientras comíamos, le conté como mi jefe me había dado el resto de la semana libre, y como había aprovechado la mañana para comprar lo necesario y ponerme manos a la obra.

—Necesitas llamar a la empresa de recogida de muebles para que se lleven el sofá —me dijo, cogiendo su móvil, pero lo paré.

—Ya he llamado. Tengo que bajarlo esta noche, porque vienen a por él a primera hora. Mi pregunta es si seré capaz de quitar las pintadas de la televisión o tendré que comprar una nueva —le dije, porque eso sí que no entraba en mi presupuesto, ya que no me quería quedar sin dinero, podía pasar cualquier cosa y tener que hacerme falta.

—Amigo, si no se puede quitar, te la regalo yo. Es más, ya la he estado mirando, una grande, para poder ver el fútbol en condiciones —me dijo, haciendo un gesto para que no me preocupara.

—Primero vamos a ver si podemos salvar esta. Tío, que no tiene ni dos años —le respondí, porque era capaz de no intentarlo y comprar otra directamente.

Cogí el paño y el producto para pantallas que me había recomendado el chico de la tienda en la que entré a preguntar. Le dije que había sido mi sobrino pequeño en un descuido, me daba vergüenza decir que había sido mi ex con toda su mala leche.

—A mí me lo hizo una ex, y con esto conseguí quitarlo. Decía que todo el día estaba con la consola y que no le hacía caso, cuando la realidad era que me llevaba todo el día trabajando y, cuando llegaba el fin de semana, no me apetecía salir de marcha, que era lo que ella quería. Como la muchacha no trabajaba, pues estaba de lo más descansadita —me dijo el chaval, mientras se reía y negaba con la cabeza.

—Espero que me sirva, porque la televisión no tiene ni dos años, sería una pena tener que tirarla por eso —respondí.

Efectivamente, con mucha paciencia y mimo al pasar el paño, para no arañar la pantalla, conseguí quitar todo y se quedó como nueva. No tuvo la misma suerte el espejo del baño, que también tuve que tirar, al igual que la barra en la que estaban las cortinas de mi habitación, que tampoco pudimos repararla.

—Vamos a hacer una lista con todo lo que tienes que comprar, será mucho más fácil. Cuando la hagamos, bajamos el sofá y el espejo y nos vamos a mi casa —me propuso Hugo.

—Pues no lo había pensado, pero así, seguro que no se me olvida nada —le respondí.

Cogí un cuaderno y un bolígrafo, y empezamos por la cocina, que era la que había sufrido el mayor destrozo, continuamos por el salón, el baño y, por último, mi dormitorio, en el que también el desembolso sería grande, pues me había arruinado hasta el colchón, pero ese lo bajamos el día anterior.

—Lucas, quiero decirte algo y no quiero que te lo tomes a mal — dijo Hugo, con mucha precaución.

—Dime, nunca me tomaría a mal nada de lo que me dijeras —le respondí, porque era cierto.

—Esta mañana, cuando salía de mi casa, vi a Marisa merodeando por aquí, y no iba sola, iba con un tipo que no me gustó nada. Deberías cambiar la cerradura, ya que no quieres denunciarla —me dijo.

—Lo tenía pensado hacer. De hecho, tengo ahí una nueva y pensaba cambiarla mañana. Con respecto a lo de la denuncia, ya sabes mi postura, no creo que tenga que decir nada más —le respondí.

—Perfecto, ni yo voy a insistir. Pero la cerradura no la vas a cambiar mañana, lo vamos a hacer ahora mismo. No quiero que vuelva a entrar y hacer una de las suyas. Tengo claro que, en el momento en el que vea que no ha tenido consecuencias, lo volverá a hacer, y esta vez, mucho peor —me argumentó, y tenía toda la lógica del mundo.

Saqué las herramientas que tenía escondidas en el altillo del baño, porque la muchacha no quería que hubiera nada de eso en la casa. Su argumento era que no lo necesitábamos, porque, para cualquier problema era mejor avisar a un profesional.

Nos pusimos manos a la obra y en menos de media hora, ya estaba la cerradura cambiada. Compré también la del buzón, pues no quería que tuviera acceso a nada mío, e hicimos lo mismo, bajamos y en un segundo ya estaba cambiada.

Con todo medio listo, pues tan solo estaba a falta de que repusiera todo lo que Marisa había roto o estropeado, cerramos la puerta y nos fuimos dando un paseo hasta la casa de Hugo.

—Vamos a tomarnos una cervecita, que nos lo hemos ganado —le dije a Hugo, al pasar por el bar.

—Con unas tapitas, que desde el medio día no comemos nada, capullo. Todo trabajar y trabajar. Mañana, me haces el favor de comprar porquerías para cuando esté en tu casa —me respondió, y es que Marisa no quería nada de eso en los armarios de la cocina.

Capítulo 5



Sábado a mediodía y ya tenía mi casa lista de nuevo. Había dado un giro de ciento ochenta grados en su decoración, pues había llenado la casa de color, se terminaron los blancos y negros que tantos malos recuerdos me trajeron.

—Esta noche nos vamos de cena y de marcha, Lucas, nos lo merecemos —me dijo Hugo.

—La verdad es que no me apetece nada tener que salir, pero creo que me vendrá bien. Hace mil años que no lo hago y necesito despejarme, por lo que quedarme en casa no va a ser lo más apropiado —le respondí, pues era cierto. Si no hubiera ocurrido todo lo de Marisa, me daría una ducha, me pondría mi pijama calentito y me quedaría en el salón viendo una serie.

—No me seas viejoven, por favor, que tienes treinta y dos años, no setenta y dos. Hay personas mayores con más marcha en el cuerpo que tú.

—Gracias por ponerte en mi lugar, Huguito. Eres un derroche de empatía.

—Claro que me pongo en tu lugar, y por eso creo que tienes que celebrarlo. Te has quitado una buena pieza de encima —me respondió, sonriente.

—¿Crees qué no lo sé? Por supuesto que sí, pero eso no quita que me duela. No merecía todos esos desprecios, creo que no he sido tan malo con ella como para eso —le respondí, volviendo al tono serio.

—Ahora, busca a una mujer que te merezca, amigo. Y, mientras no la encuentras, ve probando con toda la que se te ponga a tiro. Eres joven, guapo y soltero, que no se te olvide eso —me dijo, intentando subir mi autoestima.

—¡Qué no quiero más mujeres, coño! —le dije, riendo a carcajadas, puesto que todo su afán era verme con otra mujer.

Nos bajamos al bar de la esquina a comer, pues había quedado todo tan limpio y ordenado, que lo que menos me apetecía ahora era tener que ponerme cocinar y luego tener que recogerla.

La comida transcurrió entre risas y bromas, hasta que la vi entrar, con esa prepotencia que tenía y esa chulería de creerse por encima de todo y de todos.

—¿Se puede saber por qué coño has cambiado la cerradura? —me dijo, como si todavía tuviera derecho a entrar en esa casa.

—¿Por qué es mi casa y hago lo que me sale de los cojones? —le respondí, por primera vez, sin miedo de como pudiera reaccionar.

—¡Tenía cosas que me faltaban por sacar! —insistió, poniendo la mano con la palma hacia arriba para que le diera las llaves.

—Pues, si tenías cosas, lo siento por ti, pero en cuanto que las encuentre irán a la basura. Te di el suficiente tiempo como para que sacaras todo. El que perdiste destrozando toda “mi casa”, podrías haberlo utilizado para buscar lo que te faltaba —le dije, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Más debí de hacer antes de irme. Me has hecho perder unos años de mi vida de lo más valiosos. Antes debí darme cuenta que eras un fracasado y que no valías la pena —me dijo, haciéndome de nuevo muy chiquitito. Creo que casi me encogí en la silla.

—No te vuelvas a dirigir así a mi amigo, o seré yo el que me encargue de denunciarte por maltratos psicológicos, pues no es la primera vez que lo presencio —le contestó Hugo, porque yo no era capaz ni de levantar la cabeza. Me tenía tan anulado, que alguna que otra vez, pensé en quitarme la vida, y eso no lo sabía absolutamente nadie.

—Vete a la mierda y ocúpate de tus asuntos. ¿Acaso eres su pareja ahora? Porque es lo último que me faltaba ya por ver de él. Aunque, claro, eso explicaría lo malo que era en la cama, a lo mejor no era yo, sino que a él le va otra cosa —me dijo, y ahí sí que no me pude quedar callado.

—A lo mejor es que los insultos no era lo mejor para avivar la llama, a lo mejor es que no te merecías a un hombre como yo. Vete de una puta vez de mi vida y déjame que pueda recomponer lo poquito que queda del Lucas que era antes de estar contigo —le grité, con los ojos anegados en lágrimas, mientras ella reía con maldad.

—Que te vaya bien, Lucas, ojalá que nunca te arrepientas de lo que estás haciendo, porque no encontrarás a una mujer como yo, en tu vida —me dijo.

—Precisamente eso es lo que quiero, no tener que toparme con nadie como tú, nunca más —le respondí, como a media voz.

Ni siquiera comí, aunque sobra decir que os habéis dado cuenta la manera en la que me afectaba todo lo que tenía relación con ella. Hugo no se separó de mi lado en toda la tarde, y en cuanto subimos de nuevo a mi casa, nos pusimos a buscar lo que quedaba de ella, pues no quería que sus malas energías estuvieran allí.

En un altillo encontramos dos cajas con ropa de verano y distintos accesorios. No iba a ser tan malo de tirarlas a la basura, no me nacía, por mucho daño que ella me hubiera hecho, a pesar de que destrozó toda mi ropa y mi casa.

—Yo me la llevo a mi casa y el lunes, a primera hora, se la acerco al colegio —me dijo Hugo.

—Te lo agradezco, de verdad. No me apetece seguir viendo sus cosas ni tener que llevárselas yo, aunque tampoco quiero tirarlas. Yo no soy como ella, y esto lo demuestra.

—Ahora más que nunca, pienso que la salida de esta noche, te va a venir de lujo. Venga, coge tu ropa y vámonos a mi casa a arreglarnos, no quiero dejarte aquí solo —me dijo Hugo.

—No, elige algo de lo que me he comprado nuevo y te lo quedas. Hay mucha ropa, y nos arreglamos aquí. Ahora no me apetece irme, sería como estar huyendo de nuevo —le contesté.

Hugo me entendió, y no dudó en ducharse y vestirse en mi casa. Eligió su ropa y casi la mía, porque a mí me daba igual ir en chándal o con una sudadera, porque mi única perspectiva para esa noche era evadirme de todo, me daba igual como lucía.

—Venga, que nos vamos a comer la noche —me dijo, entusiasmado.

—Mientras que solo sea la noche, vamos bien —le contesté, entre risas.

Salimos y tomamos un taxi, porque a ninguno de los dos nos gustaba coger el coche cuando salíamos, por si nos tomábamos una copa. No era solo por nosotros, porque si nos pasaba algo, sería porque nos lo hubiéramos buscado, pero no tenía por qué pagarlo nadie más.

Nos dirigimos a un restaurante que nos gustaba mucho, estaba en la zona del centro y se dedicaban a platos de pescado, que estaban de vicio.

—Yo quiero una dorada a la sal —le dije al camarero, que ya había venido antes a traernos la bebida.

—Para mí, atún encebollado —pidió Hugo.

—Gracias, amigo, por todo lo que has hecho y haces por mí —le dije, pues no podía hablarle de otra manera.

—Lo que estoy completamente seguro de que tú habrías hecho por mí, ni más ni menos —me respondió.

Estuvimos cenando en completa tranquilidad, con risas y comentarios como los que estábamos acostumbrados a tener entre nosotros. Para el postre, al igual que para los entremeses, pedimos para compartir, porque ninguno de los dos era capaz de decidirse por uno solo.

—Venga, que me han hablado de una discoteca nueva que ha abierto hace poco y que quiero conocer. Además, no está muy lejos, apenas a dos calles de

aquí —me dijo Hugo, pagando la cuenta, pues no me dejó sacar ni la cartera.

—Espero que no sea una de esas de chunda, chunda, porque me apetece tomar una copa en plan tranquilo —le dije, y vi como me respondía con una sonrisa ladeada, que me indicaba que no sería del todo así.

Fuimos dando un paseo hasta allí, y al entrar, me resultó un lugar acogedor. No era de esos locales en los que terminabas afónico de intentar hablar con los demás. La gente que había era de nuestra edad, por lo que la música también era acorde, nada de música electrónica ni nada parecido.

—Las copas las voy a pagar yo —le dije a Hugo, que me miraba sonriente.

—Está bien, no me voy a pelear contigo por eso —me respondió.

Nos dirigimos a una de las barras, donde, además, había un huequito donde nos podíamos sentar y hablar tranquilamente. La sorpresa me la llevé cuando llegamos allí y la camarera se volvió para atendernos.

—¿Marta? ¿Qué haces aquí? —le pregunté, con una sonrisa, pues era a la última persona que esperaba encontrarme allí.

Capítulo 6



—Hombre, pero si está aquí mi mejor cliente mañanero —me contestó, con una sonrisa.

—Dicho así, suena muy mal, Marta —le dijo su compañero, que no paraba de mirar a Hugo.

—Hijo, todo te lo llevas al mismo terreno. Desde luego, que mente más sucia tienes. Me refiero a que desayuna todas las mañanas en el bar en el que trabajo, aunque estos dos últimos días te he puesto falta —respondió ella.

—Porque me los he pedido libres, tenía cosas que arreglar en mi casa —le expliqué.

—Me encanta que sigáis charlando, pero es de mala educación hacerlo delante de otras personas sin presentarlas —dijo Hugo, que tampoco le había quitado el ojo, ni a Marta, ni a su amigo.

—Marta, él es mi amigo Hugo. Hugo, ella es Marta, la nueva camarera que hay en la cafetería donde desayuno todas las mañanas. A su compañero no lo conozco, por lo que no te lo puedo presentar —les dije.

—Hola guapo, yo soy Carlos, la sombra de Marta —dijo él. Nos dimos dos besos cada uno, incluso yo se los di a Marta, pero la vergüenza me asolaba.

Pedimos las copas y nos sentamos en el rinconcito que habíamos visto antes, donde podíamos hablar sin que nos escuchara nadie. Se me ha olvidado

decir que Hugo era bisexual declarado. Su filosofía era que él se enamoraba de las personas, daba igual de qué sexo fueran.

—Joder, si Marta es preciosa, el amigo no se queda atrás —me dijo Hugo, que no podía apartar la mirada de ninguno de los dos.

—Te lo dije, tiene una sonrisa preciosa, y es de lo más amable —le respondí, volviendo mi mirada hacia ella, que en ese momento también me estaba mirando.

—Si yo fuera tú, no perdía el tiempo y le tiraba la caña —insistió.

—Claro, me acuesto con ella y tengo que cambiar de cafetería para desayunar.

—¿Por qué tendrías que hacer eso?

—Porque no podría volver a mirarla a la cara. Me sentiría como si la hubiera utilizado.

—Tienes que cambiar la manera de pensar, Lucas. No siempre fuiste así, y lo sabes —me contestó.

—Por supuesto que no he sido siempre así, pero ahora, con mi edad, no busco ni una relación seria, pero tampoco me gusta el sexo por el sexo. No lo concibo sin estar enamorado, y ahora mismo, no estoy preparado para eso tampoco —le dije.

Sé que mi postura era demasiado compleja y difícil de entender, pero era lo que había. Necesitaba respirar, necesitaba reconstruir mi autoestima porque, si volvía a dar con otra mujer como Marisa, ya no sería capaz de salir del pozo en el que estaba.

La noche transcurrió entre risas y conversaciones. Tanto Marta como Carlos se acercaron varias veces a nosotros, y se quedaban allí charlando cuando no tenían clientes.

—¿A qué hora terminas, Carlos? —le preguntó Hugo al compañero de Marta.

—Pues todavía me quedan un par de horitas. ¿Por qué? —le contestó él, con una media sonrisa.

—Por si te apetece que te espere y nos tomamos la última en mi casa —le dijo Hugo, directo a la yugular.

—Me parece perfecto, y es una idea que me encanta. Si a Marta no le importa, claro, porque tendría que irse a su casa sola —contestó él, y no sé qué me impulsó a decir lo que le dije, pero no me arrepentí.

—Por Marta no te preocupes, que yo la acompaño —contesté.

Los tres giraron la cabeza hacia mí, pero con reacciones completamente diferentes. Mientras que Hugo me miraba asombrado, Carlos lo hacía con una mirada de lo más pícara y Marta lo hacía con una mezcla de dulzura y vergüenza que me llamó mucho la atención.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Yo me pillo un taxi a la salida, y ya —dijo ella, avergonzada.

—Si no quisiera hacerlo, no lo habría dicho. Créeme, la vida, desde hace unos días me ha enseñado que, si no quiero hacer algo o si algo no me gusta, alejarme de ello —le respondí.

—Entonces, espérame aquí. Gracias, Lucas — contestó ella, con las mejillas sonrosadas.

—Así me gusta, amigo, que seas capaz de mirar hacia delante —me dijo Hugo, cuando nos quedamos a solas.

—No te hagas ilusiones, voy a acompañarla a su casa, no voy a acostarme con ella —le dije, por si acaso era eso lo que estaba pensando.

Casi sin darnos cuenta, esas dos horas habían pasado, y tanto Marta como Carlos entraron a cambiarse de ropa, pues trabajaban con uniforme, como todos en esa discoteca.

—¿Vives muy lejos? —le pregunté.

—No, a un par de calles de aquí. ¿Por qué? —me respondió.

—Por si te apetece ir dando un paseo y desayunar conmigo, porque mira la hora que es. Estoy seguro de que, con el cansancio que debes llevar, en cuanto te metas en la cama vas a caer rendida, y no vas a ser capaz de levantarte a comer —le dije, y me vi actuando como lo hacía con Marisa, preocupándome de ella —Lo siento, creo que eso ha estado fuera de lugar, ni que fuera tu padre.

—No, no, para nada. Si has notado algo raro en mi cara es porque no estoy acostumbrada a que un hombre me cuide, más bien todo lo contrario —me respondió, causándome una gran curiosidad.

—Yo soy así, aunque a mí tampoco me ha servido de nada. Si te he pedido disculpas ha sido porque no quiero repetir el mismo patrón que con mi ex, y volver a pasar por lo mismo —le conté yo.

En menos de diez minutos ya estábamos haciendo cola en la churrería, donde nos sentamos para desayunar un buen tazón de chocolate caliente y un buen plato de churros.

Me encantó que ella no se puso a contar calorías, o a coger uno por educación, dejando el resto allí por miedo a engordar. Para nada, comía de la misma manera en la que comí yo. En un momento determinado, me atreví a preguntarle por su vida.

—¿Cómo es que trabajas en dos lugares, Marta? —le pregunté.

—La vida, que me ha obligado. Soy profesora de educación infantil, pero tuve que dejar mi trabajo y empezar de cero en otra ciudad. Una mala decisión me ha llevado a esto, pero ya me he acostumbrado. Por suerte, tenía a Carlos, que es como un hermano para mí, y que no dudó en abrirme las puertas de su casa —me explicó, sin querer profundizar.

—Yo no te voy a decir donde trabajo, porque ya lo sabes, soy ingeniero de sistemas, y en el tema laboral, me va muy bien. En el personal ya es otra historia, estoy recién saliendo de una relación muy tóxica, y no voy a decir que no me esté costando, porque no sería cierto, pero, poco a poco, creo que lo iré superando —le dije, también evitando entrar en detalles.

—Pues anda que nos hemos juntado dos buenos —respondió riendo, y provocándome una carcajada.

—Dice el refrán que, Dios los cría y ellos se juntan, ¿no?

—Ni que lo digas. Yo me enredé sentimentalmente con el padre de una de mis alumnas. Me dijo que estaba separado, que apenas si tenían contacto por la niña, y lo creí. Jamás me dio por preguntarle a la niña si su mamá vivía con ellos, porque como era él el que se ocupaba de llevar y traer a la pequeña al colegio, lo di por hecho. Así estuvimos un año —se abrió a contarme su historia.

—¿Qué pasó para que todo se terminara y tuvieras que irte de allí? —pregunté, porque no entendía el motivo.

—Pues una mañana, la niña llegó diciendo que iba a tener un hermanito. Pensé que su madre tendría otra pareja, e hice un comentario de lo más inocente, fue algo así como, que bueno que tu mamá vuelva a ser feliz al lado de otra persona. La niña me miró, muy seria, y me contestó que su madre no estaba con otra persona, que vivía con su papá y con ella, y ahí me di cuenta de que todo era mentira.

—¿En serio fue capaz de eso? No soporto la infidelidad, es algo superior a mis fuerzas. Si no quieres a una persona, si ya no estás enamorado de ella, pues cada cual, por un lado, pero eso de jugar a dos bandas…

—Eso no fue lo peor. Cuando lo enfrenté me dijo que había sido un error, un momento en el que fue débil. Que si ella seguía viviendo en la misma casa era por la niña, para no hacerla sufrir. Le dije que se terminaba todo, y no lo aceptó, se dedicaba a seguirme a cada sitio que iba, me acosaba, me decía que no encontraría a nadie que me quisiera como él. Incluso fue al colegio para hablar con la directora y decirle que yo intentaba seducirlo, sin tener en cuenta que estaba felizmente casado.

Capítulo 7



Terminamos de desayunar y la acompañé hasta su portal. Yo me abstuve de contarle nada, pues, como ya he dicho en infinidad de veces, me daba una vergüenza horrorosa decir que era un hombre maltratado.

—Gracias por acompañarme, y por el desayuno —me dijo ella, antes de girar la llave para entrar.

—Gracias a ti por permitírmelo, y, sobre todo, por contarme tu historia. Algún día, cuando esté preparado para hablar de ello, te contaré la mía. Espero que esto sea el principio de una bonita amistad —le respondí, y me acerqué para darle un beso en la mejilla, pero terminó en sus labios, a modo de pico.

Ambos nos quedamos mirándonos, pero decidimos actuar como si nada hubiera pasado. Ella entró en su portal y permanecí allí hasta que la vi subir en el ascensor. En ese momento, paré un taxi que pasaba por allí y puse rumbo a mi casa.

Entré en mi casa con una sensación un poquito extraña, por un lado, me había encantado pasar ese tiempo con Marta, me parecía una mujer que merecía la pena, pero por otro, era como si estuviera traicionando a Marisa. No sabía si lo que sentía por ella era amor, o que me había acostumbrado y tenía dependencia de ella, y eso me estaba matando.

Me di una ducha, me puse el pijama y me metí en la cama. Era ya de día cuando puse la cabeza en la almohada, pero estaba tan agotado, que no tardé mucho en caer rendido, la verdad.

Me desperté pasada las cuatro de la tarde, y no porque tuviera ganas de hacerlo, sino porque el timbre de mi casa no paraba de sonar. Me levanté a regañadientes, porque, o lo hacía y abría la puerta, o al final terminarían quemando el timbre.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? ¿Qué parte de que no quiero verte más por mi casa no has entendido? —le dije, cabreado, pues al abrir la puerta me encontré a Marisa en el rellano.

—Vengo a por mis cosas, te dije que no me iba a dar por vencida, y a hablar contigo, aunque veo que te cojo en mal momento, o en bueno, todo depende de como lo mires. Por fin has cumplido tu sueño, dormir todo el domingo…

—¿Me estás llamando vago? Mira Marisa, ya no eres nada mío, y no te pienso consentir ni un desprecio más. Tus cosas te las llevarán el lunes al colegio, ahora, vete —le dije, haciendo el intentó de cerrar la puerta, pero metió su pie para que no pudiera.

—No me vas a cerrar la puerta en la cara. No he estado todos estos años a tu lado para que me eches a la calle como si fuera un perro. Quiero que sepas que te voy a demandar y te voy a pedir una pensión compensatoria por todo este tiempo —me dijo, y solté una carcajada.

—¿En serio quieres que hablemos de demandas? Porque, puestos a demandar, tengo fotos de como dejaste la casa, y las facturas de todo lo que he tenido que comprar. Más vale que te vayas de una puta vez y te olvides de mí —le dije, y esta vez sí que le cerré la puerta en la cara.

La escuché como protestaba y gritaba que la cosa no iba a quedar así, que me iba a arrepentir porque estaba dispuesta a arruinarme la vida. No la quise escuchar más, por lo que cogí el pasillo adentro y me puse a estirar la ropa de la cama, no la iba a hacer de nuevo porque me acostaría otra vez en pocas horas.

Fui a la cocina cuando dejé de escucharla y me preparé algo ligero de comer, un sándwich de pavo y lechuga con mayonesa, y cogí una lata de refresco, me senté en el salón, frente a la televisión, que encendí y dejé el

primer canal que salió, en el que estaban echando una película de esas antiguas, que me sirvió como acompañamiento.

A eso de las seis de la tarde, más o menos, llegó Hugo a mi casa, con una sonrisa en la cara que decía mucho más que lo que lo hacía su boca.

—Ay, amigo, no puedes imaginar lo bien que hemos congeniado Carlos y yo —me dijo, sentándose a mi lado en el sofá.

—No hace falta que me digas que te has acostado con él —le dije, riendo, mientras me levantaba e iba a la cocina para preparar dos cafés.

—Contra todo pronóstico, no —me respondió, y eso sí que me dejó completamente asombrado.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Te lo juro por mi vida. Fue algo que no me había pasado nunca. Llegamos a mi casa, estuvimos tomando una copa, hablamos, y Carlos se sinceró conmigo.

—Te dijo que no eras su tipo —le contesté, riendo a carcajadas.

—Todo lo contrario. Me dijo que le gustaba mucho, pero que ya estaba cansado de las relaciones de una noche, que tenía una edad en la que pensaba en tener una estabilidad sentimental. Yo mismo me quedé sorprendido cuando le dije que yo también, porque fue como una revelación para mí mismo.

—Eso está bien. Al final, y sin pensarlo, vas a encontrar una pareja estable.

—Le hablé de mi bisexualidad, de lo mucho que me gustaba su manera de ver la vida y entre los dos, acordamos que nos iríamos conociendo poco a poco. Cuando se marchó de mi casa, bien entrada la mañana, nos besamos en la puerta, a modo de despedida. Hemos intercambiado los teléfonos y quedado para ir al cine y a cenar esta noche —me contó, y me alegré por él muchísimo.

—Pues yo he tenido una visita de lo más desagradable este mediodía.

Le conté como había llegado mi ex y todo lo que había sucedido mientras que permaneció allí. Como había vuelto a insultarme y a denigrarme, incluso amenazando con denunciarme.

—Espero que no se atreva a hacerlo, porque entonces, me dará igual lo que tú digas, pues el que la va a denunciar seré yo —dijo Hugo, bastante serio.

—No va a hacer falta, le he dicho que se atreva, que ella tendrá más que perder que yo, que tengo pruebas de lo que ha hecho en mi casa y factura de todos los desperfectos, le cerré la puerta en las narices y me fui para la habitación —le contesté, riendo.

—No subestimes a Marisa, que cuando tú estás yendo, ella y viene de vuelta. Pero bueno, dejemos a esa indeseable. ¿Qué tal te fue con Marta esta mañana?

—Es una mujer que merece la pena, pero ahora mismo no estoy en condiciones de darle lo que ella necesita. De momento, hemos acordado ser amigos. Desayunamos juntos, nos contamos algo de nuestras vidas y cuando le dejé en la puerta de su casa, fui a darle un beso en la mejilla, pero sin darnos cuenta, se transformó en un pico.

—¿No te gustó?

—Ese es el problema, que me gustó demasiado.

—¿Cómo que ese es el problema? Porque yo no veo ninguno por ninguna parte —me dijo, medio enfadado.

—Pues porque no sé si voy a ser capaz de superar a Marisa. No te puedes llegar a imaginar lo que me ha costado echarla esta mañana, te lo juro. La hubiera cogido de un puño y la hubiera metido en mi cama, hasta que gritara mi nombre —le dije, abriendo mi corazón.

—¿Sabes que eso no es amor? Amigo, esa es la dependencia que ella te ha generado, diciéndote que, si no es con ella, no será con ninguna. Mi consejo es que deberías ir a terapia —me respondió.

—Me lo estoy planteando seriamente, porque no entiendo mi manera de actuar, como, sabiendo que me hace daño, la sigo deseando.

Nos tomamos el café y unos pastelitos que había traído él, mientras hablábamos de todo y de nada. Al final, nos dio la hora de la cena, por lo que Hugo se quedó en mi casa. Preparamos unos filetes empanados con patatas y ensalada y cenamos allí, quedando en vernos al día siguiente, a la salida del trabajo, pues quería que lo acompañara a mirar un coche nuevo, ya que el suyo le estaba fallando y no quería quedarse tirado en medio de la carretera un día de estos.

Cuando me quedé solo, y sorpresivamente para mí, no fue la imagen de Marisa la que acudió a mi cabeza, sino la de Marta. Su sonrisa, su manera tan tímida de actuar, pero, por el contrario, los comentarios que me hacía algunas veces y que me hacían sonrojar.

No sé lo que me pasaba con ella, pero estaba dispuesto a averiguarlo. Estaba claro que me gustaba, pero… ¿hasta el punto de hacerme olvidar a Marisa por completo? ¿Sería justo para ella que la pusiera en esa tesitura? La cabeza me iba a estallar, pero no quería quedarme estacando en el pasado, por lo que tenía que aclararme y saber cómo tomarme todo.

Capítulo 8



Esa mañana el despertador no sonó, o si lo hizo, no me enteré, por lo que, cuando abrí un ojo y vi la hora que era, casi me entra algo. Yo, que tenía pensado desayunar tranquilamente en el bar en el que trabaja Marta, y hablar con ella por si le apetecía salir a dar un paseo o a tomar algo esa tarde, vi truncado mis planes por falta de tiempo.

—Joder, voy a llegar a lo justo al trabajo —dije, saliendo de mi casa a todo meter, pues, como me cogiera un poco de atasco, no llegaba.

Bajé y salí hasta la calle, donde había aparcado mi coche el día anterior, y la sorpresa fue que me encontré con las cuatro ruedas pinchadas. No dudaba que había sido cosa de Marisa, pero no tenía pruebas, por lo que, no me quedó más remedio que pedir un taxi y avisar en la oficina.

—Juan, buenos días, te llamo para avisarte que llegaré unos minutos tarde. Cuando llegue te cuento —le dije a mi jefe, en una llamada telefónica.

—Lucas, por favor, no me tienes que avisar. Esos minutos para cuando te quedas aquí y no pides las horas extras. Ven con tranquilidad, que no hay prisa y no quiero tener que lamentar un accidente —me respondió él.

—No, si he tenido que pedir un taxi… Te llamo mientras que no llega. Pero bueno, ahora te cuento cuando te vea.

Colgué la llamada en cuanto que llegó el taxi, dándole la dirección a la que me tenía que llevar. Cuando llegué, entré directamente a mi despacho, pues no quería perder más tiempo.

—Ya he llegado, Juan —le dije, entrando en el despacho de mi jefe, después de dejar todo en el mío.

—No te preocupes. ¿Qué tal todo? ¿Terminaste de arreglar lo de tu casa? —me preguntó, pero no en plan cotilleo, sino verdaderamente preocupado.

Juan era un hombre mayor, de unos sesenta años, que para mí era como ese padre que ya no tenía. Me decidí a abrirme a él, pues con su experiencia era el que mejor me podía aconsejar.

—Ay, Juan, no sé por dónde empezar. No te puedes imaginar la vergüenza que me da hablar de esto —le dije.

—Hijo, yo no estoy aquí para juzgarte, ni mucho menos. Si no te encuentras cómodo, con que me digas que estás bien, me conformo —me respondió él, y supe que este era el momento perfecto.

—Juan, me he separado de Marisa…

Mientras que le contaba todo lo sucedido, Juan me miraba con una mezcla de furia, por lo que había tenido que soportar, y de lástima, porque no lo veía justo, sobre todo cuando yo lo había dado todo por ella.

—Y lo último ha sido encontrarme con las cuatro ruedas pinchadas, cuando he bajado de casa esta misma mañana —terminé de decirle.

—Lucas, no sé qué decirte, la verdad. Tienes todo mi apoyo y si me permites un consejo, yo no me quedaría de brazos cruzados, o seguirá haciéndote putada tras putada —me aconsejó.

—Lo sé, pero no soy capaz de denunciarla y tener que verle la cara de nuevo. Quiero pasar página, y si la denuncio, aparte de que será su palabra contra la mía, tendré que contar todas mis vivencias en público. No me apetece que se rían de mí —le dije, agachando la cabeza.

—Si alguien tiene que sentirse avergonzada de esta situación, es ella, no tú. Por eso, te quiero ver con la cabeza bien alta, Lucas. Si no quieres denunciarla, te respeto, pero no te quiero ver hundido —me dijo.

—Bueno, me voy a mi despacho, que llevo aquí ya media hora y todavía no he encendido ni el ordenador — dije, intentando cambiar de tema.

—Me parece perfecto, pero antes, baja a desayunar, porque estoy seguro de que, con las prisas por llegar, no te has tomado ni un café —me dijo, demostrando que me conocía mejor que nadie.

—Luego bajo, te lo prometo.

—Eso espero, o te bajaré yo del flequillo —me respondió, riendo.

Ahora mismo no podía bajar, no me podía encontrar con Marta de esta manera. Quizás penséis que era un exagerado, que tampoco era para tanto lo que me había pasado, pero siento decir que eso tan solo lo sabe la persona que lo ha pasado, y que cada uno tiene sus tiempos para asimilarlo.

Me encerré en el despacho ante un montón de expedientes que tenía para revisar, y casi sin darme cuenta, me encajé en la media mañana sin haber tomado ni siquiera un vasito de agua, por lo que, cogí mi chaqueta y bajé a tomar algo, o me caería en redondo.

—A eso venía yo, a preguntar si habías bajado ya —me dijo Juan, al que me encontré al salir de mi despacho.

—Ahora voy a bajar, me he sumergido tanto en el trabajo que pensé que tan solo había pasado media hora, cuando en realidad han pasado ya casi tres desde que entré —le respondí.

Al final, bajamos juntos, ya que él también iba a tomar algo, decía que, a esta hora, siempre le entraba un gusanillo en el estómago y que hoy no le apetecía ignorarlo.

—Buenas tardes, Marta —le dije.

—Buenas tardes, Lucas y compañía. ¿Qué os pongo? —nos preguntó, con una sonrisa.

—Para mí, un montadito de tortilla y un refresco de cola sin azúcar —le pedí.

—Pues yo… también voy a tomar lo mismo —le dijo mi jefe.

Nos sentamos en la barra y me era prácticamente imposible apartar la mirada de ella. A pesar de que Juan me estaba hablando, no me estaba enterando de la mitad de lo que me estaba contando, pues mi cabeza estaba en el beso accidental que nos dimos en la puerta de su casa, y me preguntaba cómo sería besarla de verdad.

—Bueno, me voy ya, termina tranquilo —me dijo Juan, que se había dado cuenta de lo que me pasaba.

—No, no, espera, que ya me voy y subimos juntos. Tengo que enseñarte algo del trabajo que no me convence, pero no encuentro donde puede estar el fallo, a ver si entre los dos, lo encontramos —le dije, limpiándome la boca para salir de allí.

Fui a pagar el desayuno, pero ya lo había hecho Juan, y ni cuenta me había dado, la verdad. No pude hablar con ella como me hubiera gustado, pero ya lo haría al día siguiente, o cuando saliera a comer, porque estaba seguro de que esa tarde me tocaría quedarme trabajando, pues tenía bastante trabajo atrasado.

Efectivamente, tanto mi jefe como yo nos metimos en mi despacho, cada uno con un portátil, intentando encontrar donde estaba el fallo, pero no dábamos con él. Cuando nos dimos cuenta eran más de las cinco de la tarde, y estábamos sin comer todavía. Menos mal que el montadito que nos comimos a media mañana era bastante contundente y nos aplacó un poquito el hambre.

—Si no tienes prisa, voy a pedir algo de comer y continuamos, pues me mosquea muchísimo todo esto, parece que fuera como si faltara un parámetro —me dijo.

—No tengo ninguna, y yo también prefiero irme con esto resuelto, que luego en mi casa, sigo dándole vueltas y al final, no descansaré como debiera —le respondí.

Juan pidió una ensalada y dos sándwiches de pollo, así como dos latas de refrescos. Hicimos un parón para comer, de no más de quince o veinte minutos, y nos pusimos de nuevo manos a la obra.

—Lo tengo, aquí está el fallo —le dije, señalándole uno de los parámetros.

—Joder, ¿cómo no lo hemos visto antes? —me respondió.

—Creo que era tan evidente que ninguno de los dos pensamos en eso. Déjame que lo corrija y vemos el resultado. Si todo va bien, a primera hora de mañana se lo envío a la empresa ya corregido —le respondí.

A las nueve menos veinte de la noche salíamos los dos de la empresa. Miré hacia la acera de enfrente, donde ya estaba cerrado el bar, y me dio un poco de sentimiento de culpa, no lo voy a negar.

—Venga, te acerco a tu casa. Tengo ahí el coche —me dijo Juan.

—Pues te lo agradezco, porque tiene toda la pinta de que va a caer lo más grande —le dije, mirando al cielo.

—Lucas, esa mujer es perfecta para ti, así que, no te lo pienses —me dijo y me quedé un poco sorprendido.

—¿A qué mujer te refieres, Juan? De verdad que no tengo ni idea de lo que me estás diciendo —respondí.

—Puedes mentirte a ti mismo, si quieres, pero a mí no me la das. Marta, la nueva camarera, te gusta, y creo que es una buena chica —me contestó.

—De momento, somos amigos, Juan. El tiempo dirá si podremos ir a más o no —le respondí, con sinceridad, y él asintió con la cabeza.

Capítulo 9



Marta

Cada vez que lo veía mi corazón daba un vuelco, era como si lo estuviera esperando. Ese beso que nos dimos de manera accidental acudía a mi mente una y otra vez.

Esa mañana no había venido a desayunar, ni siquiera lo había visto entrar por la puerta de su empresa y me preocupé, pues no era normal. Si no tenía noticias de él a lo largo de la mañana, le pediría a Carlos el teléfono de Hugo, por si acaso le había ocurrido algo.

Me repetía a mí misma, una y otra vez, que tan solo era una preocupación de amigos, que cualquiera lo haría, pero en realidad sabía que no era así, que había algo más detrás de todo esto, que estaban naciendo en mí unos sentimientos que no entendía, pues no habíamos coincidido más de dos o tres veces, y no era normal.

—Buenos días, Marta —me dijo, y una sonrisa me salió sola, sin saber por qué.

—Buenos días, Lucas. Ya estaba yo preocupada, no habías venido a desayunar, y dos días seguidos no lo podía permitir —le dije, sin saber de dónde había sacado el descaro, porque os prometo que yo no soy así.

—No mujer, dos días sin venir a verte no puede ser. Es que hoy, a primera hora, he tenido que ir a ver a un cliente al que había que entregar un trabajo.

Uno que nos tuvo a mi jefe y a mí hasta las nueve de la noche en el despacho, trabajando para dejarlo solucionado —me contó.

Me gustaba hablar con él, aparte del físico que tenía, que era espectacular, no podía negarlo, me encantaba su manera de hablar, con esa calma y esa dulzura, esa mirada tan limpia y tan transparente que pocas veces había visto.

—Marta, me gustaría preguntarte algo, pero no quiero que te lo tomes a mal —me dijo en cuanto le serví el desayuno.

—Tú dirás… aunque miedo me da eso que me tienes que decir —le respondí, poniendo cara de horror.

—No, mujer, que no te voy a proponer nada indecente —me dijo, riendo.

—Depende de lo que para ti sea indecente, que una alegría para el cuerpo no nos vendría mal, ni a ti ni a mí —le contesté, y soltó una carcajada.

—Quería preguntarte si te apetecería salir el viernes al cine y a cenar, pero en plan tranquilo —me dijo.

—Me encantaría, pero el viernes no va a poder ser, trabajo en la discoteca. Pero, si no te viene mal, podríamos ir el jueves o el domingo —le dije, y lo que en principio parecía una cara de desilusión, terminó siendo una de esperanza.

—El jueves estará bien, porque el domingo lo tendrás para descansar, que el lunes entras muy temprano en la cafetería —me respondió.

—Pues entonces, ya me dices esa mañana a la hora que me recoges, porque ya sabes donde vivo —le contesté, con una sonrisa.

Terminó de desayunar y se marchó, con una sonrisa de lo más encantadora y cautivadora, que provocaba en mí algo que no sabría describir. Durante toda la mañana estuve pendiente por si bajaba de nuevo, ya que algunos días, cuando tenía poco trabajo, solía bajar por un tentempié, pero ese día no lo hizo.

—Ya estoy aquí —le dije a Carlos, que acababa de llegar también de su trabajo.

—A lo justo, porque no he podido ni probar bocado hoy, y tengo un hambre que me muero —me dijo.

Ambos teníamos dos trabajos, pues con uno no llegábamos. Mientras yo lo hacía en la cafetería de lunes a viernes, en horario de siete de la mañana a tres de la tarde, Carlos lo hacía en una empresa de transporte, repartiendo y recogiendo paquetería. Los viernes y los sábados, ambos trabajábamos en la discoteca, de diez de la noche hasta el cierre.

El alquiler estaba por las nubes, por eso, nuestro sueldo de la discoteca iba íntegro para eso y para los suministros, con el otro, que tampoco era para tirar cohetes, al menos el mío, comíamos y nos comprábamos ropa o lo que necesitáramos durante el mes.

—Yo tampoco he comido, voy a cambiarme de ropa y ahora la caliento. Ayer por la tarde dejé hechas unas albóndigas a la jardinera para chuparse los dedos. Ve enchufando la freidora para las patatas, que también están listas para freír —le dije.

—No sé qué haría sin ti, aunque voy a tener que salir a correr de nuevo, porque, desde que estás aquí, he engordado ya dos kilos. Como siga así, no le voy a gustar a nadie —me dijo, y negué con la cabeza.

—Vamos, como que no tienes a Hugo loquito. ¿Habéis quedado hoy? —le pregunté, pues solían quedar por las tardes para tomar café o dar un paseo.

—No, hoy tenía cosas que hacer. Había quedado con Lucas para ir a mirar un coche nuevo, que el suyo está fallando y tiene ya muchos años como para arreglar las averías —me contó.

—¡Ole! Entonces, esta tarde toca maratón de serie y porquerías varias —le dije, y me miró horrorizado.

—Eres una mala influencia para mí. Deberían de inventar las porquerías que no engordan, porque tan solo de pensar en ellas, ya he cogido peso —dijo, y solté una carcajada.

Mientras se calentaba el aceite, me puse cómoda, me recogí el pelo en un moño deshecho, como hacía cada vez que llegaba a mi casa, y me fui a la cocina, donde Carlos ya estaba friendo las patatas y poniendo la mesa. Comimos entre bromas y risas, por las cosas que decía.

—Le he dicho que quiero ir despacito, pero me parece que se lo ha tomado al pie de la letra, y no hemos pasado de tres o cuatro besos —me dijo, con cara de pena.

—Pues dile que quieres dar un paso más —le respondí.

—Como le diga eso, capaz es de proponerme que nos masturbemos juntos, y tengo unas ganas de que me empotre, que no te lo puedes ni imaginar. No sabes lo que es venir cada tarde con un calentón de mil demonios.

—A lo mejor yo no vengo cada tarde, pero lo paso cada mañana —le contesté, riendo, y me miró asombrado, con la boca abierta.

—No me digas que su amigo Lucas te hace tilín, porque me caigo en redondo, ahora mismo —me respondió.

—Sí que me hace, pero no creo que tenga posibilidades. Trae una mochila gorda, no te puedo decir cuál, porque no ha entrado en detalles, pero tengo la impresión de que lo que menos quiere o necesita ahora es una nueva relación —le conté.

—Eso no lo sabes. El otro día te acompañó a casa. ¿Pasó algo digno de destacar?

—Pues un beso que nos dimos casi sin querer. Él fue a darme un beso en la mejilla, yo también, ambos giramos la cara a la vez, y terminamos dándonos un pico. Además, esta mañana me ha propuesto ir el jueves a cenar y al cine, y le he dicho que sí. Que sea lo que Dios quiera.

—Así me gusta, que no le pongas barreras al campo. Lo que tenga que ser, será, mientras que tú no te boicotees —me dijo.

—No tengo ninguna expectativa, la verdad. Lo que venga, bienvenido sea, lo único que pido es que no me vuelvan a romper el corazón, porque no sería

capaz de venirme arriba otra vez. Con una, ya tuve suficiente —le expliqué.

—No pienses así, Marta. No todos los hombres son como el que te tocó en el pasado. Además, veo a Lucas completamente diferente a lo que me has contado de como era el otro —me dijo Carlos.

Terminamos de comer y nos sentamos en el sofá, con un montón de chucherías y dos litros de refresco de cola, pero que al final ni siquiera nos llegamos a servir, pues ambos nos quedamos dormidos nada más poner el trasero en el sofá.

—Joder, Marta, el refresco parece caldo de puchero, del tiempo que lleva fuera de la nevera —me dijo Carlos.

—Ni que lo digas, hemos caído en coma profundo los dos en cuanto nos hemos sentado —le respondí.

—Venga, vamos a preparar la cena, porque al final ni comemos, del cansancio.

—Si seguimos durmiendo, nos vamos a convertir en gusanos de seda —respondí, riendo.

Mientras me daba una ducha y me ponía el pijama, Carlos hizo una tortilla de patatas y una ensalada, que cenaríamos los dos. Menos mal que la tarde anterior dejé preparada comida para varios días, porque, de lo contrario, me veía comiendo fritos al día siguiente.

—Te prometo que hacía mucho tiempo que no me encontraba tan cansado. Estoy planteándome quedarme solo con el trabajo de la empresa de transporte, porque el mundo de la noche ya me está cansando demasiado.

—Yo también me lo he planteado, pero para que eso ocurra, tendré que encontrar algo más, porque con mi sueldo no me lo puedo permitir.

Capítulo 10



Lucas

Había llegado el tan ansiado jueves, al menos lo era para mí, y esperaba que para Marta también lo fuera. Tal y como aparqué mi coche, me fui directamente a la cafetería, porque hacía un día de perros, con un viento y una lluvia que calaba a pocos pasos que dieras, porque el paraguas no servía absolutamente para nada.

—Hola, Marta, ponme un café caliente y una tostada, por favor —le dije, nada más entrar.

—Espero que tengas otra ropa arriba, en el despacho, porque vas a terminar cogiendo una pulmonía como no te cambies. ¿Desde dónde vienes andando? —me preguntó ella, mientras me ponía el café encima de la barra.

—Desde la acera de enfrente, que es donde he dejado aparcado el coche.

—Madre mía, pues sí que llueve fuerte. Como el día está así, si no te importa…

—Ya, lo quieres dejar para otro día, no te preocupes, no pasa nada, entiendo que el día no está para ir por la calle alegremente —le dije, algo decepcionado.

—¿Me dejas terminar? Yo no quería decir eso, pero si tú lo prefieres, no pasa nada, lo dejamos para otro día —me respondió ella, con evidente cara de tristeza, como si no le gustase nada la idea.

—Perdón, yo y mi puñetera manía de adelantarme a los acontecimientos. ¿Qué es lo que me querías proponer? —le pregunté.

—Quería decirte, que, si no te importa, podíamos cenar en mi casa, y ver una película allí. Eso sí, yo me encargo de la cena, nada de pedir a domicilio, que está el día muy feo y no me gusta que nadie corra peligro en la carretera por mi culpa —me contestó.

—Me parece una idea fantástica. Yo llevo el postre —le contesté, con otro estado de ánimo que se notaba claramente en mi cara.

—Pues entonces, te espero a las nueve en mi casa. No te puedo garantizar que estemos solos, porque no sé si Carlos estará con Hugo en su casa o, por el contrario, estarán los dos allí —me explicó.

—Por eso no te preocupes, que no me molesta la compañía, mucho menos si son ellos dos —le dije, para hacerla sentir más cómoda.

Subí a mi despacho, y entré al baño a cambiarme de ropa. Por suerte, siempre tenía otra muda allí, porque no era la primera vez que me derramaban un café o llegaba completamente mojado por la lluvia, como era el caso de hoy. La que me quité, la colgué en una percha bajo la calefacción, para llevármela o dejarla allí, dependiendo de cómo oliera, no soportaba el olor a humedad en la ropa.

Me senté en el portátil para terminar un trabajo que tenía pendiente y que al cliente le urgía, y justo cuando terminaba de hacerlo y estaba a punto de enviarlo por correo electrónico, recibí una llamada de Hugo.

—Hombre, Huguito el perdido —le respondí a la llamada, poniendo el altavoz del móvil.

—Mira quién habla. Te recuerdo que el teléfono funciona en ambas direcciones —me respondió, como siempre, fingiendo indignación.

—Tienes razón, pero he estado tan liado con el trabajo, que cuando llego a mi casa lo único de lo que tengo ganas es de revolearme en el sofá con una cerveza y algo de comer.

—Ya, pero seguro que la visita a la cafetería no te falta ningún día. ¿A qué no? —me preguntó, y solté una carcajada.

—Tengo que desayunar bien, que luego la mañana se hace muy larga. Pero no creo que me hayas llamado para saber si desayuno o no. ¿Qué se te ha pasado por esa cabecita tuya? —le pregunté.

—Pues no, no te he llamado para eso. Verás, he pensado en invitar a Carlos esta noche a cenar a mi casa, y ver si podemos dar un pasito más en nuestra relación. ¿Le sentará bien o me estoy precipitando? —me contó.

—No lo conozco tan a fondo, pero no creo que le siente mal. Una vez que estéis cenando, pues tantea el tema, pero con delicadeza, por favor —le dije, pues sabía que, cuando estaba nervioso, podía ser más bruto que unos calzoncillos de esparto.

—Y tú, ¿tienes planes para este finde?

—Para este finde, no, pero para esta noche, sí que tengo. Había quedado para cenar con Marta, pero como está el día tan feo, en vez de irnos a cualquier restaurante, vamos a cenar en su casa —le dije, y sabía lo que me iba a contestar aun sin haberlo oído.

—Espero que lleves condones, porque como te vayas de allí sin acostarte con ella, no te vuelvo a hablar en lo que me queda de vida, que lo sepas.

—No pienso ponerme freno, pero tampoco forzar las cosas. Si surge, perfecto, y si no ocurre nada, seguiremos como hasta ahora —le contesté, sorprendiéndome de mis palabras.

—Así me gusta. Si no llevas, seguro que en la mesilla de noche de Carlos encontrareis alguno —me dijo, y solté una carcajada.

—Bueno, te dejo, que tengo que terminar de trabajar y no quiero salir muy tarde. Yo llevo el postre, y quiero hacer un flan de mango, de esos que tanto te gusta y, como siga al teléfono, voy a tener que entrar en el supermercado y comprar un paquete de yogures —le respondí, y ahora, el que se empezó a reír, fue él.

Eran las cinco menos diez cuando salí de mi despacho, directamente a casa. Seguía lloviendo, aunque ahora con menos intensidad, eso sí, el viento no había amainado ni un poquito, parecía que íbamos a salir volando.

Por suerte, tenía todos los ingredientes del flan de mango en mi despensa, por lo que no tuve que salir a buscar nada. Me quité la ropa, me puse otra de estar por casa, y me metí en la cocina, dispuesto a hacer el mejor flan que había cocinado nunca.

Media hora después, ya lo tenía listo para meter en la nevera, por lo que me pude meter en la ducha tranquilamente, pues iba perfecto de tiempo. No soportaba la impuntualidad, era superior a mí, prefería llegar cinco minutos antes y tener que esperar yo a que me tuvieran que esperar.

Eso era una cosa que no compartía con mi ex, pues Marisa llegaba siempre tarde a todos los sitios, le daba igual que tuvieran que esperarla. Ella decía que las cosas buenas se hacían esperar. Creo que al único sitio al que llegaba a tiempo era al trabajo, y eso porque, si no lo hacía, corría el riesgo de ser despedida.

Siempre me decía que era un maniático, que no podía vivir siempre pendiente del reloj, que había tiempo para todo, pero a mí no me parecía bien eso. Era unas de nuestras mayores discusiones, sobre todo cuando teníamos una reserva para cenar y por culpa de su indecisión a la hora de vestirse, la perdíamos y teníamos que esperar a que se quedara otra mesa libre. No sería la primera vez que nos volvíamos sin cenar, porque ella no quería hacerlo en otro lugar que no fuera ese, llegando, incluso, a discutir con el encargado porque no nos habían respetado la reserva, cuando sabía por descontado que eso solo lo hacían durante quince minutos de cortesía.

Me vestí con un pantalón vaquero y un jersey de cuello vuelto en beige, me puse mis botas marrones, a juego con el cinturón, y cogí mi chaquetón de plumas azul marino. La cartera, las llaves y, cuando iba saliendo, me acordé del flan. Volví a entrar y le puse la tapadera al recipiente. Había quedado de lo más bonito, tan solo esperaba que estuviera tan espectacular de sabor como de aspecto.

Me senté en el coche y coloqué el recipiente, que metí en una bolsa de papel, en el asiento del copiloto, y puse rumbo a casa de Marta. Decir que no

iba nervioso sería mentir, porque lo estaba, y mucho. No quería dar un paso en falso, pero tenía que reconocer que Marta me gustaba bastante.

Nada tenía que ver con Marisa, y eso era lo que más me asustaba. No es que estuviera buscando un clon de mi ex, porque, entonces, me habría quedado con ella, pero siempre me había gustado el mismo tipo de chica, de las que cuidaban hasta el último aspecto de su cuerpo.

No es que Marta fuera una mujer descuidada, ni mucho menos, pero sí que ella era más de zapatillas deportivas que de tacones, y más de vaqueros que de vestidos y precisamente eso era lo que más me gustaba. Quizás era que ya estaba harto de superficialidad, o quizás es que ya no me importaba el exterior, sino el interior de las personas.

Encontré aparcamiento casi en la puerta de su casa, y lo agradecí, porque estaban lloviendo a cántaros y con el viento, no podía abrir el paraguas, porque sería una lucha para nada. Me puse la capucha y salí corriendo hacia el portal, de donde salía una vecina, por lo que aproveché para entrar, sin tener que esperar a que me abriera el telefonillo.

Capítulo 11



Cogí una fuerte bocanada de aire y llamé al timbre. Esperaba que, al abrirme, Marta fuera con ropa de casa o, al menos un vaquero, pero no, me abrió con un vestido de lana precioso, y que le hacía una figura envidiable. No pude evitar mirarla de arriba abajo antes de poner mi mano en su cintura y darle un beso en la mejilla.

—Si sigues mirándome así, me voy a tener que esconder debajo de la mesa — dijo ella, completamente roja por la vergüenza.

—Estás realmente preciosa, no he podido evitarlo —le dije.

—Anda, pasa, que ya tengo la mesa puesta en el salón —me dijo.

Entré y era una casa realmente preciosa, decorada con muy buen gusto. La mesa la había puesto de manera muy elegante, con una rosa en el centro que le daba un aspecto especial.

—Espero que te guste el pescado, porque he hecho una dorada al horno que está para chuparse los dedos —me dijo, entrando en la cocina.

—Yo traigo un flan de mango que también tiene un aspecto espectacular, y una botella de vino blanco, que he dejado enfriar mientras me duchaba y me vestía —le dije, levantando la bolsa de papel que llevaba en mis manos.

Nos sentamos a cenar, en un ambiente de lo más tranquilo y cómodo. La conversación fluía entre los dos sin tener que forzar nada. Me contó que estaba echando currículos por todas las guarderías de la ciudad, así como por todos

los colegios privados y concertados, ya que en la pública no podía hacerlo, pues ella renunció a una plaza, por lo que aquellas oposiciones que aprobó ya no le servían de nada.

—Esta mañana, justo cuando tú te fuiste, me llamaron de uno de los colegios en los que envié mi currículo. El lunes tengo una entrevista de trabajo —me contó, y me alegré por ella, y así se lo hice saber.

—¿En serio? Pues ojalá tengas suerte. Hombre, me dará mucha pena no verte por las mañanas mientras desayuno, porque me alegras el día, pero bueno, ya miraremos la manera de que podamos vernos —le dije, dejándole clara mis intenciones.

—Todavía no tengo nada hecho, tan solo es una entrevista. Pero me hace muchísima ilusión, porque es el comienzo de algo bueno que está por venir, lo tengo claro.

—Por supuesto que sí, verás como a partir de ahora, todo lo que te venga será bueno, te lo mereces —le contesté.

—¿Te apetece una copa? —me preguntó, mientras recogíamos la mesa porque, a pesar de que insistió en que no me moviera, que era su invitado, no me quedé quieto, no me salía.

—Solo si te la tomas conmigo —le respondí.

En un momento determinado, me situé a su espalda, no recuerdo el motivo, y no me pude reprimir, la abracé y olí su cabello. Era una mezcla de cítricos y algo dulce, no sé describirlo, pero era adictivo. Giró la cabeza para mirarme, y la besé. Fue un beso lento, dulce, que ella me respondió de la misma manera. No me podía creer que estuviera besando a otra mujer que no fuera Marisa y no sintiera remordimientos.

—Voy a preparar las copas —me dijo, algo avergonzada, pero no quería que ese momento tan mágico terminara así.

—Marta… —le dije, levantando su cara con mi mano, y dejando otro beso, más un pico que otra cosa, pero ante el que ella sonrió.

No quería que pensara que era algo insignificante para mí, pues para nada lo era. Se había quedado el sabor de su boca en mis labios, en mi lengua, y no paraba de saborearla.

Preparó dos copas, un cuenco de frutos secos, y puso una película en la televisión, pero a modo de acompañamiento, porque ambos teníamos claro que no le prestaríamos la menor atención.

—Me gustas mucho, Marta —le dije, en un arrebato de sinceridad.

—Tú también, Lucas. No me había pasado esto con nadie antes, no sin apenas conocerlo —me contestó.

—A mí me ha pasado lo mismo. Pero antes, quisiera contarte mi historia, no quiero que haya malentendidos entre nosotros, ni que pienses que te quiero utilizar para quitarme a mi ex de la cabeza —le dije.

Empecé a contarle como conocí a Marisa, como me enamoré de ella como un tonto, y como me había tratado durante todos estos años en los que estuvimos juntos. Su cara se iba transformando conforme yo avanzaba en mi historia.

—Me da mucha vergüenza contar mi historia, la verdad, pero pienso que debes saberla —le dije, agachando la cabeza, como siempre me ocurría cuando se trataba de hablar de Marisa.

—No tienes de qué avergonzarte, Lucas. Y entiendo que debes haberla querido mucho para aguantar tanto —me contestó.

—No sé si la quería o me acostumbré a ella. Poco a poco me fue alejando de todo el mundo, excepto de Hugo, que permaneció a mi lado contra viento y marea. Hoy en día, pienso que, si no hubiese sido por él, mi vida en estos momentos sería otra. Él fue el que me ayudó a abrir los ojos. No te voy a decir que no he tenido tentaciones de llamarla o de volver con ella, porque las he tenido, pero también he sido capaz de retroceder y empezar a pensar en mí —le continué explicando.

—Me pareces un hombre fantástico, y no entiendo como esa mujer se comportó contigo de esa manera.

—Hombre, un príncipe azul no soy, ya te lo digo, porque todos tenemos fallos, pero ella tampoco era mi princesa, más bien era la bruja del cuento.

Después de mi confesión, nos miramos a los ojos, y algún tipo de fuerza nos enganchó, haciendo que nos besáramos de nuevo, pero esta vez de manera más pasional.

Casi sin darme cuenta, situé a Marta a horcajadas sobre mi regazo, y pudo notar la dureza de mi miembro. Desplacé mis besos de su boca hasta su cuello, aspirando su olor, que me estaba volviendo loco, y acariciando sus piernas, hasta terminar con mis manos en su trasero.

—No sé si deberíamos, Marta, pero te deseo como hacía mucho tiempo que no deseaba a nadie —le dije.

—No pensemos en el mañana, hagamos lo que nos apetezca aquí y ahora —me respondió, y entonces dejé salir todo lo que estaba reteniendo.

Metí mis manos bajo su vestido, pues me moría por tocarla, por sentirla piel con piel. Ella levantó los brazos, para que pudiera sacar su vestido por la cabeza. Cuando la tuve delante de mí, en ropa interior, mi miembro alcanzó una dureza que no había sentido en mi vida.

Me levanté sin ponerla en el suelo, llevándola con sus piernas enroscadas en mi cintura hasta su habitación, esa que ella me indicó donde se encontraba. Una vez que estuvimos allí, la deposité en la cama, y me dediqué a contemplarla, con una mirada que era puro fuego. Sin dejar de mirarla, me situé entre sus piernas y fui besando su cuerpo, sin dejar ni un centímetro de él sin besar.

A mi paso, me fui deshaciendo de toda su ropa. Yo tan solo estaba con el bóxer, pero no os puedo decir en qué momento me lo había quitado, o si había sido yo, o, por el contrario, Marta había sido la encargada de desnudarme. Cuando la tuve completamente desnuda, abrí sus piernas y enterré mi cara en su sexo, haciendo que tuviera el primer orgasmo en menos de un minuto.

—Ahora me toca a mí —me dijo, y me tumbó en la cama, bocarriba, para lamer mi pecho y mis abdominales.

—Dios, me vas a matar, preciosa —le dije, entre jadeos.

Ella misma, y una vez que estuve desnudo por completo, al igual que ella, Marta sacó un preservativo de un cajón, me lo puso y se subió a cabalgarme, cual amazona en un concurso de hípica. Primero lo hizo de manera lenta, tortuosa, pero, llegó un momento en el que aumentó el ritmo de tal manera que, si seguía así, no iba a durar mucho más, por lo que invertí las posiciones de un solo movimiento.

Puse sus piernas a la altura de mis hombros, para llegar hasta el fondo y que me notara en mi plenitud. En esta ocasión fue ella la que jadeaba y gemía y ese sonido era como la mejor de las músicas para mis oídos.

—No puedo más, Lucas, me voy a correr —me dijo, serpenteando en la cama por el placer que estaba teniendo.

—Hazlo, preciosa, hazlo y llévame contigo —le respondí, porque yo es que tampoco aguantara mucho más.

Pocos segundos después alcanzamos el orgasmo casi al unísono. Con Marisa no me había pasado eso nunca, y me resultó de lo más sorprendente, pues la sensación fue espectacular.

Decir que la noche terminó ahí sería mentir como un bellaco, pues lo hicimos varias veces más, y cada vez mejor que la anterior. Era como si nuestros cuerpos se reconocieran, como si se hubieran estado esperando. Cuando sonó el despertador de Marta me quise morir, pues no habíamos dormido más de una hora.

Capítulo 12



En cuanto sonó el despertador nos tuvimos que levantar. A mí todavía me quedaba un par de horas para entrar a trabajar, pero aprovecharía para darme una ducha en mi casa y cambiarme de ropa.

—Buenos días, Lucas —me dijo, cuando abrió los ojos.

—Buenos días, preciosa —le respondí, dejándole un beso en los labios que la cogió completamente por sorpresa.

Me levanté y comencé a vestirme, pues pensé que ella necesitaba su espacio y su tiempo para procesarlo todo, a juzgar por la manera en la que le había sorprendido ese beso de buenos días.

—¿Ya te vas? —me preguntó, como con incertidumbre.

—Sí, aprovecharé para ducharme y cambiarme de ropa en mi casa, pero amenazo con ir a desayunar, así que, más te vale que me lo tengas preparado cuando llegue, porque necesitaré dosis triple de cafeína para poder trabajar —le respondí.

—Dímelo a mí. Tú, al menos, podrás dormir esta noche, pero a mí me toca trabajar —me dijo, poniendo carita de cachorro abandonado.

Solté una carcajada por la manera en la que me lo dijo, y ella me dio una colleja en el cogote, de la que se arrepintió en el acto, pues se lo noté en su rostro.

—Lo siento, Lucas, yo…

—No tienes nada que sentir. Has hecho lo que te ha salido en ese momento, y no quiero que te reprimas por lo que te he contado de mi vida. Te prometo que sé distinguir cuando algo es en broma, como este caso, a cuando se hace con maldad. Ahora, dame un beso que me dure todo el camino, porque, hasta que llegue a desayunar, pasará mucho tiempo —le dije, y la atraje hacia mí, cogiéndola por la cintura.

—Lucas, no quiero que te sientas obligado a estar conmigo…

—Marta, estoy en un punto de mi vida que hago lo que me apetece, demasiado tiempo he estado haciendo las cosas obligado como para hacerlo ahora también —le respondí, dándole un beso antes de coger mi chaquetón y salir de allí.

Os prometo que iba como flotando en una nube, pues me sentía tan bien junto a ella, que me parecía mentira. Por fin la vida me estaba dando la oportunidad de volver a ser feliz, y yo, lejos de acobardarme como había hecho hasta ahora, me había permitido vivir el momento.

Llegué a casa, me di una ducha, tal y como tenía pensado y metí toda la ropa en la lavadora, ya la pondría cuando volviera del trabajo. Me cambié de ropa y, con más de una hora por delante para empezar mi horario laboral, me metí de nuevo en el coche para ir a desayunar con Marta.

—Pero bueno, ¿te has puesto un petardo en el culo? —me dijo ella, en cuanto me vio entrar por la puerta.

—No, pero era salir de mi casa y venir a desayunar o quedarme dormido y no llegar al trabajo, y opté por la primera opción —le contesté, sonriendo.

—Anda, siéntate, que ahora mismo te pongo tu desayuno —me respondió, negando con la cabeza.

Lo cierto es que me podía haber sentado en el sofá y poner la alarma para no llegar tarde, pero mi ansia por verla pudo más que el sueño. Otra cosa sería cuando ahora me encerrara en el despacho, entonces, solo el tiempo diría de lo que sería capaz.

Como apenas había clientes y los que había estaban atendidos, Marta se sirvió un desayuno y se sentó conmigo en la barra, por si acaso entraba alguien que le diera tiempo a atenderlo, pero justo entonces, entró Sebas.

—Marta, iros a una mesa, estaréis más cómodos —le dijo Sebas, guiñándome un ojo.

—¿Tú te encargas mientras desayuno? —le preguntó ella.

—Pierde cuidado, y desayuna tranquila, que yo me ocupo.

A pesar del tiempo que me llevé junto a Marisa, nadie de mi entorno laboral la conocía, excepto Juan, que lo hizo un día y de pasada, pues fue un encontronazo en el centro comercial, y no le hizo ni caso, nos dejó allí, hablando y entró en una tienda a mirarse un modelito. Jamás me acompañó a una de las fiestas o cenas que se organizaba, y a las que yo, poco a poco, dejé de acudir por no ver su cara de amargada cuando volvía. Ella era como el perro del hortelano, que ni comía ni dejaba comer.

El desayuno transcurrió entre sonrisas cómplices y roces de manos que hacíamos pasar como casuales, pero que estaban hechos con toda la intención del mundo. En un momento, ella me miró, como dudando si me lo preguntaba o no.

—Habla, Marta, es peor quedarse con la duda —le dije.

—Me preguntaba… ¿Qué somos, Lucas? ¿Qué vamos a ser a partir de ahora? No me gustaría hacerme ilusiones ni pensar en algo que no somos y darme el batacazo. Ya he sufrido bastante, por lo que prefiero ser realista desde el primer momento —me dijo, y me cogió fuera de juego.

—No lo sé, Marta. Me gustaría decirte que somos pareja, novios o como quieras llamarlo, pero no sé si estoy preparado todavía para eso. Lo que sí tengo claro es que no quiero perderte, y que me gustaría seguir conociéndote. Por ello ¿qué te parece si dejamos que la cosa fluya sin ponerle etiquetas? —le dije, hablando desde el corazón.

—Me parece bien, pero siempre y cuando exista exclusividad entre nosotros. No quiero estar con un hombre que está con otras a la vez.

—No soy de esos, créeme. Por lo que, a mí, también me parece perfecta esa opción —le contesté.

Cuando quise darme cuenta era la hora de volver al trabajo. Bueno, de volver no, de empezar a trabajar, aunque a mí me resultara tan pesado que parecía que llevaba allí desde el día anterior.

—Hablamos luego, preciosa —le dije, dándole un beso en los labios antes de marcharme.

—Sí, te llamo o escribo antes de irme a trabajar —me respondió.

Sebas nos miraba con una sonrisa en los labios, feliz de ver en lo que nos habíamos convertido, como habíamos cambiado la manera en la que nos mirábamos desde que Marta llegó a la cafetería a trabajar.

Llegué al trabajo con una sonrisa en los labios, una que no lucía ahí desde hacía mucho tiempo, y Juan, mi jefe, se dio cuenta inmediatamente, por lo que no dudó en comentármelo.

—No sé qué ha pasado esta noche, pero no lo pierdas, porque te hace tener una sonrisa de lo más bonita —me dijo.

—Gracias, Juan. Poco a poco voy recuperándome de todo lo pasado.

—Y, si no me equivoco, en todo el tema de esta recuperación tiene mucho que ver una mujer, una preciosa y que pone unos desayunos de muerte —me dijo, y solté una carcajada.

—¡Vaya, no se te va una! —exclamé.

—Ya sabes eso que dicen de que más sabe el diablo por viejo que por diablo, pues aplícalo a mi persona —me respondió, y ambos reímos.

La mañana se me hizo eterna. Los ojos se me cerraban sin querer, y las letras se me montaban una encima de otra en el portátil. Por eso, en cuanto que dieron las tres de la tarde, que era mi hora de salida, ni me lo pensé, apagué todo y me puse el chaquetón, dispuesto a llegar a mi casa, comer algo y acostarme a dormir hasta que el dibujo del sofá se me tatuara en la mejilla.

Tenía intención de pasar por la cafetería para despedirme de Marta, pero estaba completamente seguro de que, si lo hacía, terminaría pasando la tarde con ella, y los dos necesitábamos descansar, así que lo descarté, le enviaría un mensaje cuando llegara a mi casa.

Aparqué en el primer hueco que vi, me daba igual que estuviera en la calle de atrás, pues tardaría menos si iba andando que buscando otro que estuviera más cerca. En cuanto tuve el coche aparcado, cogí el móvil del bolsillo de mi chaquetón, y le escribí a Marta, no quería que se me pasara con el sueño.

Lucas: *Buenas tardes, preciosa. Ya he llegado a casa. Pensé en entrar en la cafetería, pero si lo hacía corríamos el riesgo de que no pudiéramos descansar, y ambos lo necesitamos, aunque tú mucho más que yo. Escríbeme en cuanto llegues a casa del trabajo de la discoteca, así me quedaré tranquilo, da igual la hora que sea. Un beso.*

Debía seguir trabajando, porque no me contestó, ya lo haría cuando saliera. Me puse el chaquetón, porque hacía un frío de muerte, y tomé el rumbo a mi casa. A lo lejos vi a Hugo con Carlos, que iban de la mano y riendo por alguna tontería que le estaba diciendo mi amigo, por lo que no los quise interrumpir y entré en mi portal. Cuando estaba entrando en el ascensor, me llegó la contestación de Marta.

Marta: *No sabes cuanto te lo agradezco. No porque no quiera pasar tiempo contigo, ni mucho menos, sino porque desde aquí estoy escuchando como me llama mi almohada. No dudes de que lo haré, te avisaré en cuanto llegue. Otro beso para ti.*

Capítulo 13



Era sábado por la mañana, y Marta no me había enviado ese mensaje que me dijo. No me atrevía a llamarla, puesto que pensé que estaría durmiendo y que se le habría olvidado por el cansancio.

Me dirigí hasta la cocina, donde me preparé un café y una tostada con mermelada de fresa, que era la que más me gustaba. Era demasiado temprano hasta para mí, que me gustaba levantarme pronto para aprovechar el día, pero el día anterior, después de comer, me acosté y había estado durmiendo hasta ahora mismo.

La noche que había pasado con Marta fue tan perfecta, que me daba miedo pensar que no se volvería a repetir, y no lo digo solo por el sexo, que fue maravilloso, sino por todo lo que conllevó esa noche, la cena, las risas, la complicidad.

Cuando estaba recogiendo los cacharros del desayuno, escuché mi teléfono vibrar, ya que por la noche lo ponía de ese modo, para que no molestara. Era Hugo, y me resultó extraño, pues me dijo que saldría la noche anterior, iba a ir a la discoteca de su chico a tomar algo y a esperar a que terminara su turno para acompañarlo a casa.

—Dime, Huguete, ¿cómo tú en el mundo tan temprano? —le pregunté, en tono de broma, pero, al no escuchar su risa ni comentario sarcástico alguno, empecé a preocuparme.

—No he podido dormir desde que llegué a casa, y aunque me cueste una bronca con Carlos, no me puedo quedar callado —me dijo.

—¿Qué ocurre?

—No quiero hablarlo por teléfono, por eso me gustaría que vinieras a mi casa, si no tienes ningún otro plan. Aprovecharé para hablar contigo mientras que Carlos duerme —me dijo.

—Está bien, dame veinte minutos y estaré allí —le contesté.

Corté la llamada y fui hasta mi habitación, donde hice mi cama y me cambié de ropa. Tenía que ser algo importante, porque, de lo contrario, Hugo no me habría llamado un sábado tan temprano.

Sin saber a lo que me iba a enfrentar, me dispuse a llegar a casa de mi amigo, que vivía muy cerca de mi casa, por lo que no tardaría más de un par de minutos en llegar. Llamé al timbre, pues el portal estaba abierto, y esperé a que me abriera la puerta.

—Lucas, pasa, por favor, voy a por dos cafés —me dijo, demasiado serio para como él era.

—Déjate de cafés y dime ya que coño es lo que pasa, me estás asustando —le reclamé.

—Carlos me contó que entre Marta y tú surgió algo el otro día. Quiero que seas completamente sincero conmigo y me digas que es lo que hay entre vosotros —me dijo, sin quitarse la seriedad de la cara.

—No lo sé, tan solo hemos decidido dejar que las cosas fluyan. ¿Por qué me lo preguntas? —le dije extrañado, porque no me había dado tiempo a contarle nada.

—Como sabes, anoche fui a tomar una copa y a esperar a que mi chico terminara el turno. Mientras estuve allí, llegó un tipo que no me gustó nada, y empezó a decirle cosas a Marta, que cada vez estaba más nerviosa. Le pregunté a Carlos y me dijo que no sabía quién era, pero, al cabo de unos minutos, se acercó a mí, bastante enfadado, pero no me pudo explicar el motivo.

—¿Ese enfado tenía que ver con ese hombre? —pregunté, porque seguía sin entender que era lo que había pasado.

—Sí y no. Te explico. Según me contó cuando salimos de allí, ese hombre era el tipo por el que Marta había tenido que marcharse de su ciudad, por el que lo había perdido todo, y estaba allí, esperando a que saliera. Cuando nosotros nos fuimos, vimos como ellos dos se marchaban juntos —me dijo, justo cuando Carlos aparecía por la puerta del salón.

—No has podido quedarte callado, ¿verdad? Te dije que no te metieras en nada, puesto que no sabemos para qué puede haber venido —le dijo Carlos, enfadado.

—¿Te hubieras callado tú si hubieses visto a Lucas con su ex? Ya veo que no, pues yo tampoco he podido. Para mí, él no es mi amigo, es mi hermano, y lo que le duela a él, me duele a mí —le respondió Hugo.

No dije nada, pues sabía lo que tenía que hacer. Tan solo esperaba que Carlos no la avisara de que yo conocía todo lo que había pasado, pues entonces le daría tiempo para fabricar una excusa perfecta.

Me monté en el coche y puse rumbo a casa de Marta, tenía que comprobar por mí mismo que todo lo que me habían dicho era cierto, pues no creía que se hubiera marchado tan pronto de su casa, si es que había pasado la noche allí.

Tuve suerte y no tuve que llamar al telefonillo, pues salía un vecino con su perro, y entré. Subí por las escaleras, pues la adrenalina no me dejaba esperar el ascensor. Al llegar a la puerta de su piso, no me lo pensé, y llamé insistentemente.

—¿Dónde está Marta? —le pregunté al tipo que me abrió la puerta.

—Si no se ha movido de ahí, debe estar en su habitación, durmiendo. ¿Se está quemando algo? —me preguntó él, con cierta sorna y os juro que me tuve que contener para no darle un puñetazo en ese momento.

—¿Quién ha llamado de esa manera? —preguntó Marta, que, al verme, se quedó con la boca abierta.

—He sido yo, y ya veo que todo lo que me han contado es cierto —le dije, muy dolido por la situación.

—Esto no es lo que parece… —dijo ella, como a media voz.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es lo que parece, si me lo puedes explicar? —le dije, en un tono que no era el más amigable, precisamente.

—Darío tan solo ha venido a pedirme disculpas, entre nosotros no ha pasado nada. Estuvimos hablando hasta tarde y mientras que me preparaba una leche con cacao, se quedó dormido en el sofá, no quise despertarlo para que se marchara a su hotel —me dijo ella, mirándome a los ojos.

—¿Se ha hecho tantos kilómetros para eso? Venga ya, eso no hay quién se lo crea. Otra cosa es que tú no hayas caído rendida a sus encantos, pero sus intenciones eran otras, te lo aseguro —le dije, mirando al tal Darío con furia, mientras que él lo hacía con una sonrisa de lo más sibilina.

—Fueran cuales fueran mis intenciones, entre nosotros no ha pasado nada. Pero no me gustas para ella, no le van los hombres posesivos —me dijo, como si la conociera mejor que nadie.

—Me importa un carajo si te gusta o no, a quién tiene que gustarme es a mí. Ahora entiendo por qué lo has hecho, te has enterado de que estaba con alguien y has venido a joderme la vida. Lárgate ahora mismo de mi casa —le dijo Marta.

Me quedé allí, de pie, sin saber que creer o no, sin saber si marcharme y dar todo por zanjado o quedarme y aclarar las cosas. Tan sumido estaba en mis pensamientos, que ni siquiera me di cuenta de que Darío ya se había marchado.

—Lucas, te prometo que entre nosotros no ha pasado nada —me dijo, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Por qué no me lo has contado tú? ¿Por qué he tenido que enterarme por los demás? Tan solo te pedí una cosa, y ni siquiera eso has sido capaz de hacer. Está claro que ese tipo nubla tus sentidos, hasta tal punto, que no te acuerdas de mí —le dije, y no sabía si estaba hablando yo o mi resentimiento.

—No me parece justo eso que estás diciendo. Simplemente estaba cansada y se me olvidó —se justificó.

—Sí, pero no estabas lo suficientemente cansada como para atenderlo y escucharlo a él. Mira, Marta, no sé si estamos en el mismo punto. Quizás puedes pensar que soy un tío celoso, pero para nada lo soy. Es tan solo que no me gustan que me tomen el pelo, ya me lo han tomado durante mucho tiempo —le dije, como con resentimiento.

—No todas las mujeres somos iguales, y hasta que no te metas eso en la cabeza, ninguna relación va a prosperar. Me gustas mucho, Lucas, pero no quiero pagar por el fantasma de otra. Será mejor que lo dejemos aquí —me dijo, y eso fue como si me arrancaran el corazón, pero no dejé que lo viera.

—Si es eso lo que quieres, será mejor que me vaya. Que te vaya bien, Marta —le dije, y salí de allí como alma que lleva el diablo.

Capítulo 14



Salí de allí con el corazón completamente destrozado, y no entendía el por qué. Creo que me dolió más esa “traición” de Marta que el hecho de separarme de Marisa.

Me fui dando un paseo hasta la playa, que lucía desierta debido al frío y al mal tiempo que hacía, pues el viento arreciaba con fuerza y el cielo amenazaba con llover, no cuatro gotas, ni mucho menos, pero a mí todo eso me daba igual.

Recibí varias llamadas, pero no me apetecía hablar con nadie, quería estar solo, necesitaba pensar en lo que había mal en mí para que todas las mujeres me trataran de la misma manera, unas por una cosa y otras por otras, pero, al final, era yo el único que salía mal parado en todo esto.

Ni siquiera me había dado cuenta de que había empezado a llover, y bastante fuerte. El día se había mimetizado con mi estado de ánimo, me sentía tan a gusto en este momento, que poco me importó la mojada que estaba cogiendo. No sé el tiempo que permanecí allí, lo que sí sé es que lloré como hacía tiempo que no lo hacía. Dejé salir todo mi dolor, grité como si me fuera la vida en ello y cuando me desahogué del todo, cuando por fin me relajé, me levanté para ir hasta donde tenía aparcado el coche.

En ese momento, me volvió a sonar el móvil, y no tuve más remedio que cogerlo, no quería preocupar más a nadie. Era Hugo.

—Dime, Hugo —le respondí.

—¿Dime Hugo? ¿En serio? Me cago en tu puta vida, Lucas. ¿Sabes el susto que nos has dado? —me dijo, medio preocupado, medio furioso.

—Necesitaba tiempo para estar a solas, y me senté en la playa —le dije, llegando a donde había estacionado el coche, cuando los vi desde lejos.

Ellos también me vieron a mí, y vinieron hasta donde yo estaba. Hugo venía con la cara descompuesta, al igual que Carlos, mientras que Marta traía los ojos rojos de tanto llorar.

—No te doy un puñetazo ahora mismo porque das pena verte —me dijo Hugo, para darme un abrazo.

—Lo siento, de verdad, necesitaba estar solo —le dije.

—Lucas, ¿podemos hablar, por favor? —me preguntó Marta.

—No, Marta, ahora no puedo, no tengo fuerzas para eso. Me marcho a casa a darme una ducha caliente, ya hablaremos en otro momento —le respondí, pues estaba demasiado dolido como para hablar con ella ahora, y terminaría diciendo cosas que no quería.

—Yo me marcho con él, no te preocupes. Será mejor que habléis en otro momento, o terminareis haciéndoos más mal que bien —le dijo Hugo, que me quitó las llaves del coche para conducir él.

—Llámame en cuanto que lleguéis, por favor —le pidió Carlos, y él asintió.

La verdad es que la tarde se había puesto de lo más fea, en todos los sentidos. El viento y la lluvia no daban tregua, y el camino hasta mi casa era un poquito largo, por lo que estaríamos en riesgo. Ahora que lo pensaba, debería de haberme ido para mi casa y haber permanecido allí, pero el desahogo que había tenido en la playa, no lo podría haber conseguido en mi casa, pues, al primer grito, mis vecinos habrían llamado a la policía.

Hugo no me dirigió la palabra en todo el trayecto, era como si quisiera que fuera yo el que rompiera el hielo, pero todavía no podía, no me salía. Aparcó

en la misma puerta del edifico, y nos bajamos de la misma manera en la que nos subimos, en completo silencio.

—Entra a darte una ducha, te estaré esperando en la cocina con una buena taza de caldo caliente —me dijo Hugo.

—¿Qué hora es? —pregunté, pues ni siquiera había mirado el reloj para ver la hora que era.

—Son las cinco menos cuarto de la tarde, y ninguno de los dos hemos comido. Entiendo que no tengas hambre, pero no te puedes quedar todo el día sin comer nada —me dijo.

—Está bien, en el horno hay una tortilla de patatas que preparé esta mañana para el almuerzo, y que no me he comido. Podemos compartirla, lo que no tengo es pan —le dije, pues a Hugo le encantaba ponerse la tortilla en pan.

—No te preocupes por eso, mientras te duchas y te cambias bajaré a comprarlo —me respondió.

Me dolía la cabeza horrores, y no sabía si era de la mojada que había cogido, del frío que había pasado en la playa o de tanto llorar. Sentir el agua caliente sobre mi cuerpo hizo que me terminara de derrumbar, arrodillándome en el suelo de la ducha, hecho un ovillo y llorando como había llorado en la playa. En esta postura me encontró Hugo cuando subió de la panadería.

—¡Eh, eh, amigo! ¡Ya vale, ya estoy aquí, no estás solo! —me dijo Hugo, entrando conmigo en la ducha.

—No entiendo que tengo de malo, Hugo. Al final, Marisa va a tener razón y no voy a valer para nada —le respondí, sin parar de llorar.

—No digas eso ni en broma, ¿de acuerdo? Eres un tío de puta madre, leal, simpático y guapísimo. Ahora sí que afirmo que necesitas terapia, Lucas, y cuanto antes mejor. Creo que lo más conveniente sería que te pillaras una baja por depresión y te centraras en recuperarte —me aconsejó mi amigo.

—No, eso sí que no. El trabajo es lo único que me hace evadirme de los problemas, en lo único en lo que me siento útil y valorado, no puedo dejarlo ahora, ni siquiera por un tiempo —le contesté.

—Está bien, si es eso lo que quieres, si eso te hace bien, no cojas la baja, pero con lo de la terapia no hay nada que discutir. Ahora mismo vamos a buscar un terapeuta con el que recuperes tu dignidad.

Me levantó como pudo del suelo del baño, me ayudó a secarme y a vestirme, pues no era capaz de hacer ni siquiera eso. Me encontraba sin fuerzas, como si me hubiera tomado un tranquilizante, por lo que me llevó sujeto por la cintura hasta la cocina, donde ya estaba todo preparado.

—Tienes que comer algo, Lucas, o terminarás enfermando —me dijo, muy serio y preocupado.

—Lo sé, y por eso lo voy a hacer, no porque me apetezca. Eso sí, en cuanto termine, me voy a la cama, necesito descansar —le contesté, mientras que él asentía con la cabeza.

Dicho y hecho, con el último bocado todavía en la boca, enfilé el pasillo que me llevaba hasta mi habitación, destapé la cama y me metí dentro, cayendo en un profundo sueño. El tiempo que estuve así no os lo puedo decir, tan solo que, cuando abrí los ojos ya entraba la luz del día por la ventana. De lejos oía a Hugo hablando con alguien, y por la forma en la que lo hacía, no era otro que Carlos.

—No, Carlos, no tienes razón. Lucas es un tío sensible, al que tu amiga ha terminado de hundir con su forma de actuar —le decía.

—Hugo, no quiero que discutáis por mi culpa. Por favor, dejad lo que nos ha pasado a Marta y a mí a un lado de vuestra relación, que es demasiado bonita como para que la ensucies con algo que es solo nuestro —le dije.

—Está bien, Carlos, Lucas tiene razón. Dejemos que sean ellos los que lo arreglen. Al fin y al cabo, ni los buenos son tan buenos ni los malos son tan malos, ha sido un cúmulo de cosas, de fantasmas del pasado que ambos arrastraban —le dijo Hugo a su chico, al que no escuché en su respuesta, pero, al ver la cara de mi amigo, supe que lo habían solucionado.

Me dirigí hasta la cocina, donde preparé el desayuno, pues, a pesar de que eran casi las once de la mañana, estaba seguro de que Hugo no lo había hecho sin mí. Mientras, lo dejé hablando con su chico y que aclararan sus diferencias.

Esa noche, no sé si fue por la tensión que llevaba acumulada, por el llanto que se apoderó de mí, o porque Hugo me había dado algo, dormí como un bebé, sin despertarme ni una sola vez y sin tener sueños de esos que te hacen estar mal al día siguiente.

—Ya estoy contigo. ¿Cómo te encuentras? —me preguntó antes de sentarse delante de una taza de café.

—Como si me hubieran tirado desde lo alto de la azotea y me hubiera atropellado un camión —le contesté.

—Si te sirve de consuelo, Marta no está mejor que tú. Según Carlos, está hecha una mierda, y repitiendo que no debía haberlo dejado entrar en su casa —me dijo.

—No me sirve de consuelo, puesto que no me gusta que las personas lo pasen mal. Pero estoy con ella en que nos podíamos haber ahorrado muchas cosas si no lo hubiera dejado pasar —le respondí, para dar un sorbo de café a continuación.

Capítulo 15



Marta

Cuando vi a Darío acercarse a la barra de la discoteca, no sé lo que me entró por el cuerpo, pero desde ya os digo que nada bueno. ¿A qué venía? ¿Pretendía rematarme? Me puse de lo más nerviosa, y Carlos lo notó, por lo que no dudó en acercarse a mí para preguntarme.

—¿Qué te ocurre, Marta? ¿Quién demonios es ese tipo? —me preguntó, directamente.

—Es Darío, el hombre que me ha arruinado la vida —le respondí.

No pudimos hablar más, porque la barra se llenó de gente, pero no tuve más remedio que acercarme a preguntarle que quería tomar, por muy poco que me gustara.

—Hola Darío, ¿qué te pongo? —le dije.

—No te digo lo que me pones porque no estaría bien, no después de lo que pasó entre nosotros. Pero de beber, me apetece un ron con limón, por favor —me dijo.

Me giré para ponerle la copa, y puse los ojos en blanco, pues no me apetecían sus bromas ni nada parecido. Cuando me acerqué a dejársela, me cogió de la mano, para que no me fuera.

—Marta, venía a hablar contigo. He tenido que acudir a esta ciudad por un tema de trabajo, me marcho mañana por la tarde, pero no me gustaría irme sin pedirte disculpas —me dijo, y me pareció sincero.

—Está bien, pero hasta que no termine mi turno no podré hacerlo. Si no te importa esperarme…

—Para nada, será un honor para mí esperarte si con eso consigo hablar contigo —me respondió, cogió su copa y se marchó de la barra.

No tenía ni idea de cómo había dado conmigo, pues nadie de mi entorno sabía dónde estaba viviendo, ni mucho menos, donde trabajaba. Pero no era eso lo que me preocupaba, lo hacía más lo que quisiera hablar conmigo, pues me había hecho mucho daño.

Carlos me miraba negando con la cabeza, y no pudo reprimir sus ganas de venir hasta mí para decírmelo.

—No te entiendo, Marta, de verdad que no. Estás bien con Lucas. ¿Qué necesidad tienes de dejar entrar en tu vida a este hombre otra vez más? —me dijo.

—No lo voy a dejar entrar, eso te lo aseguro. Dice que ha venido por un tema de trabajo, y que quiere hablar conmigo. Necesito saber qué es lo que quiere para poder pasar página, para cerrar esa historia de una puñetera vez —le contesté, esperando a que me entendiera.

—Pues lárgalo lo antes posible, porque Hugo no está muy contento y no dudo en que se lo contará a Lucas. No quiero que pierdas eso tan bonito que estáis creando por culpa de alguien que te arruinó la vida —me respondió, y no me sentó bien ese comentario, la verdad.

—Hablaré con él, y me da igual lo que piense o diga tu chico. Es mi vida y seré yo la que le cuente a Lucas todo lo que ha pasado esta noche, cuando le envíe el mensaje en cuanto llegue a casa.

—Yo esta noche me quedaré con Hugo en la suya, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—¡Qué pesadito eres, por favor, con el arrepentimiento! Como si yo no supiera lo que tengo que hacer —le dije, enfadada por la poca confianza que me tenía.

Entré al vestuario a cambiarme de ropa y al salir, ahí estaba Darío, esperándome en la puerta, apoyado en la pared.

—¿Dónde podemos hablar tranquilamente? —me preguntó, y no sé por qué le contesté lo que dije.

—Yo vivo a dos calles de aquí, si quieres, podemos ir allí. Eso sí, no te extiendas mucho, que estoy agotada —le pedí.

—No te preocupes, que no tardaré mucho en decirte lo que he venido a decirte.

Entramos en el portal y subimos en el ascensor, hasta llegar a mi planta. Cuando abrí la puerta de mi casa, le invité a pasar y a que se sentara en el sofá.

—Tú dirás —le invité a que empezara a hablar.

—Verás, Marta. En primer lugar, venía a pedirte disculpas, no debí mentirte de esa manera. Tenía que haberte contado la verdad desde el principio, pero tenía tanto miedo a perderte a ti como a perder a mi familia. Sé que no me vas a creer, pero estaba tan enamorado de ti como lo estaba de mi mujer —me dijo, con toda su poca vergüenza.

—No se puede estar enamorado de dos personas a la vez, Darío. Con tu mujer tenías la seguridad, y conmigo lo prohibido, lo secreto, el morbo de que te pudieran descubrir. Si me lo hubieses dicho desde el principio, no habría estado nunca contigo —le respondí.

Estuvimos hablando un buen rato, así que le ofrecí una leche calentita con cacao, y mientras yo me iba a la cocina a prepararlo, se quedó dormido en el sofá, por lo que le eché una mantita por encima, y me fui para mi habitación. No me gustaba la idea de dejarlo ahí, pero tampoco quería despertarlo y que se fuera al hotel, me parecía una faena que tuviera que salir con el frío que hacía, sobre todo cuando me había estado esperando a que terminara mi horario laboral.

Estaba medio dormida cuando oí como llamaban al timbre de manera insistente, y por un momento me olvidé de que Darío estaba en el sofá, por lo que me levanté para abrir, pero ya lo había hecho él. Cuando vi a Lucas allí, me quise morir. Por mucho que intenté decirle que no había pasado nada entre nosotros, la risa de Darío no ayudaba nada.

Terminé por echarlo de mi casa, e intenté hacer entrar en razón a Lucas, pero de nada sirvió porque, al final, tanto él como yo acabamos diciendo cosas que no queríamos.

Media hora más tarde, me llamó Carlos, pues Hugo no localizaba a Lucas, y quería saber si estaba aquí conmigo o si sabía algo de él. Me quise morir, pues ya debería de haber llegado a su casa.

—De aquí se fue hace un buen rato. Discutimos por culpa de Darío, y salió de aquí bastante afectado —le dije a Carlos.

—Espero que no hayas cometido un error, Marta, porque no te lo perdonaría. Vamos a buscarlo…

—Por favor, venid a recogerme, no me puedo quedar así —le dije.

—Ve bajando que estamos cerca de casa —me respondió Carlos, que cortó la llamada.

Estuvimos horas y horas buscando a Lucas, sin encontrarlo. Empezábamos a desesperarnos, pues no dábamos con él. No atendía al teléfono, habíamos buscado por todos los sitios a los que solía acudir, y nada.

—Voy a intentarlo de nuevo, si no me contesta al teléfono, me voy a la policía. En el estado en el que está, puede haber cometido una locura —nos dijo Hugo, y empecé a llorar de manera desconsolada.

—No me digas eso ni en broma, Hugo, por lo que tú más quieras —le dije, sin poder parar mis lágrimas.

—Te lo advertí, Marta. Ese hombre te ha estado vigilando, si no él, alguien a quien haya contratado, y ha venido a arruinar tu vida otra vez —me dijo Carlos, y ahora veía que era cierto.

Lucas contestó a esa llamada, y justo cuando estaba hablando, lo vimos venir por mi calle. Ni cuenta nos habíamos dado de que su coche seguía aparcado allí. Corriendo fuimos hasta donde estaba él, y vi como Hugo le daba un abrazo que me llegó al alma.

Tenía que hablar con él, necesitaba hablar con él, no podía perderlo, y ahora me había dado cuenta, pues pensar que algo malo le había podido pasar, hacía que me muriera por dentro. Estaba enamorada de él, por mucho que me lo había intentado negar a mí misma.

—Lucas, ¿podemos hablar, por favor? —le pregunté, sin consuelo, esperando a que accediera a mi petición.

—No, Marta, ahora no puedo, no tengo fuerzas para eso. Me marcho a casa a darme una ducha caliente, ya hablaremos en otro momento —me respondió, con mucho dolor, y entonces me di cuenta de todo el daño que le había causado con mi decisión de escuchar a Darío, que se marchó de mi casa con una sonrisa triunfante, del que se sabía vencedor de la batalla.

—Yo me marcho con él, no te preocupes. Será mejor que habléis en otro momento, o terminareis haciéndoos más mal que bien —me dijo Hugo, quitándole las llaves del coche, pues no estaba en condiciones de conducir.

—Llámame en cuanto lleguéis, por favor —le pidió Carlos, y él asintió.

—Creo que has metido la pata hasta el cuadrejón, Marta, y solo espero que puedas remediarlo, porque de lo contrario, habrás perdido a un gran hombre —me dijo mi amigo en cuanto entramos en casa.

—¿Piensas que no me he dado cuenta? Jamás debí haber escuchado a Darío, porque ha demostrado que tan solo quería hacerme daño, y lo peor es que lo ha conseguido —le contesté.

Capítulo 16



Lucas

Otra vez lunes, pero esta vez un lunes distinto, pues no podía ponerme delante de Marta, no después de lo que había pasado ese fin de semana, por lo que no entraría en la cafetería a desayunar, sino que lo haría en mi casa, aunque eso supusiera pasar más tiempo en mi despacho.

Prefería sumergirme entre montañas de papeles que tener que ver la cara de Marta, esa que tanto daño me había hecho. No ya porque no la creyera cuando me dijo que entre ellos no había pasado nada, sino por la manera en la que me habló delante de él, por el simple hecho de olvidarse de mí, con un simple "me voy a la cama" me hubiera bastado, pero prefirió darle su tiempo a ese hombre que tanto daño le había hecho.

Entré en la oficina sin saludar apenas a nadie, no me apetecía, por lo que me encerré en mi despacho y me puse con todos los temas que tenía pendientes y organizados para el día de hoy. Como no había salido para nada, cuando dieron las dos y medias de la tarde, recogí todo para marcharme a casa.

Al salir de la oficina, tropecé con alguien, con tan mala suerte de que era ella, Marta, y tuvo que notar como mi rostro cambiaba de color, porque no le salían las palabras.

—Perdona, no te había visto, iba distraído —le dije, intentando marcharme.

—¿En serio, Lucas? ¿Eso es todo lo que me vas a decir? —me dijo, sujetándome por el brazo, con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué quieres que te diga, Marta?

—Pues no lo sé, pero deberíamos hablar. De hecho, te estaba esperando para hacerlo, pues pretendía que habláramos esta mañana en el desayuno, pero no has aparecido —me dijo, en un tono triste.

—No me apetecía, he desayunado en mi casa. Y ahora, si me disculpas, tengo prisa —le dije, aunque era mentira.

—Venía a despedirme. Ya puedes volver a desayunar en el bar de Sebas a partir de mañana, porque yo ya no estaré —me dijo, y os juro que fue lo que necesité para pararme en seco y volverme.

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando? No quiero que pierdas tu trabajo por mi culpa, ni mucho menos —le dije con pena, porque el simple hecho de entrar ahí y no verla iba a ser muy duro para mí.

Sí, sé que estoy siendo un poquito contradictorio con mis palabras y mi manera de actuar, pero es que tenía claro que esto sería temporal, me refiero a mi enfado actual, y que volvería más pronto que tarde, a desayunar allí, aunque solo fuera por verla.

—No voy a perder mi trabajo por tu culpa, nada tiene que ver lo que ha pasado entre nosotros, aunque veo que tampoco tú me tenías en tus pensamientos, o te habrías acordado de que hoy iba a la entrevista al colegio —me contestó, como apenada.

—Es cierto, y te pido disculpas, pero tengo la cabeza tan embotada que no soy capaz de saber ni en el día en el que vivo —me justifiqué.

—Ya, yo tampoco estoy bien —me respondió.

—Entonces, deduzco que todo ha ido bien y que te han cogido para el puesto.

—Pues sí, empiezo mañana. De momento no voy a dejar el trabajo de la discoteca, porque no me quiero quedar sin nada de la noche a la mañana. De momento estaré en periodo de prueba hasta que termine el curso. Si gusta mi trabajo, entonces me renovarán el contrato para el siguiente curso y podré dejar la discoteca, también —me contó.

—Vamos a comer juntos, por favor. No quiero que nos despidamos así, de esta manera. Vayamos a mi casa, donde estaremos más tranquilos —le pedí, y ella asintió con la cabeza.

La guie hasta mi coche, que estaba a pocos metros de donde nos encontrábamos, y pusimos rumbo a mi casa, donde aparqué muy cerquita de la puerta. Empezaba a llover de nuevo, y no pude evitar pensar que el tiempo se había vuelto a aliar con mi estado de ánimo.

—Pasa, ponte cómoda, voy a cambiarme de ropa —le dije.

Entré en mi habitación, y justo cuando me estaba cambiando de ropa, apoyando mis brazos en mis rodillas, noté que ella se arrodillaba delante de mí, y no pude resistirme, la besé.

—Perdóname, Lucas. Te prometo que entre nosotros no pasó nada, pero también admito que no debí escucharlo, no debí dejarlo entrar de nuevo en mi vida, porque perdí lo único bueno que me ha pasado en mucho tiempo —me dijo, llorando.

—Perdóname tú a mí también, porque no debí ponerme así, pero no sabes lo que me dolió verlo ahí, en el salón de tu casa, como si fuera la suya propia —le dije, pues necesitaba que me comprendiera.

—Me lo imagino, de tan solo pensar en la situación inversa, en que fuera yo la que viniera a tu casa y encontrara a tu ex aquí, durmiendo, siento como si me arrancaran el corazón. Me he enamorado de ti, irremediablemente, aunque te parezca mentira —me dijo ella.

—No me puede parecer mentira porque yo siento lo mismo —le respondí.

Me levanté y me la llevé conmigo, pues necesitaba abrazarla y volver a besarla. Nada más, pero también, nada menos. Puse mis manos en su cuello, y

acerqué su cara a la mía, para volver a besarla con dulzura, aunque con pasión, en ese beso quería demostrarle todo lo que sentía por ella, sin palabras, porque esas, todavía no podía decirlas. Me costaba un mundo verbalizar mis sentimientos, por eso, cuando de mi boca salía un "te quiero" podías apostar lo que quisieras a que era cierto, a que no lo había dicho por decir.

—Venga, vamos a comer y me cuentas todo con detalle —le dije, cogiéndola de la mano para ir hasta la cocina.

—Sí, porque ni siquiera he desayunado hoy, estaba esperando a que aparecieras para hacerlo —me respondió.

Justo en ese momento recibí una llamada de Hugo, que contesté al instante, pues no quería que se preocupara de nuevo por mí y pensara que había hecho una locura.

—Dime, amigo —le respondí, ante la sonrisa de Marta.

—¿Cómo te encuentras hoy? —me preguntó, y mi chica, soltó una carcajada, porque sí, le iba a decir que formalizáramos lo nuestro, porque no quería más sobresaltos.

—Como puedes ver, a las mil maravillas —le dije, y automáticamente, me colgó la llamada, lo que me dejó completamente desconcertado.

—¿Qué le ha pasado? —me preguntó Marta, tan desconcertada como yo.

—Pues no tengo ni idea. Lo mismo y se ha quedado sin batería en el móvil y por eso se ha cortado —le respondí.

—O sin cobertura, seguro que ahora cuando recupere la señal te vuelve a llamar —me dijo ella.

Empezamos a preparar la mesa, pues tenía la comida hecha. Había hecho unas patatas guisadas con chocos que me encantaban y que me quedaban de vicio. Lo hice la tarde anterior, cuando Hugo se fue de mi casa y me quedé a solas. Solía cocinar cuando me encontraba mal anímicamente, era algo que me relajaba bastante, solo que, cuando vivía con Marisa ella no me dejaba hacerlo, y me tenía que ir a casa de Hugo, que me lo agradecía enormemente,

pues así él no tenía que hacerlo. Ahora, cuando lo hacía, le enviaba un táper para dos, por si quería compartirlo con Carlos o, por el contrario, lo guardaba para dos días.

—Eso tiene una pinta estupenda —me dijo Marta, a la que se le estaba haciendo la boca agua, justo cuando llamaron a la puerta.

—Voy a abrir a ver quién es —le dije, dándole un breve beso en los labios.

—¿Se puede saber qué hace Marisa aquí? Amigo, no puedes volver con esa mujer, recuerda el daño que te ha hecho, además, sabes que no va a cambiar en la vida…

—Para, para, ¿de dónde te sacas que Marisa está aquí, conmigo? —le interrumpí, porque no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

—Escuché unas risas y como cuando llegué a mi casa, la vi merodeando por aquí, pues pensé que era ella —me contestó, dejándome asombrado.

—No sé lo que haría por aquí, pero conmigo no ha contactado. La que está aquí conmigo es Marta. Hemos hablado y volvemos a estar juntos —le conté.

Entró en la cocina, seguido de Carlos, al que ni siquiera había visto llegar, pero sé que lo hizo después de Hugo, porque al abrir la puerta solo estaba él. Miró a Marta, con una sonrisa, que le fue devuelta por ella, y me abrazó.

—Espero que haya comida para cuatro, porque ni mi chico ni yo nos pensamos mover de aquí. Eso huele que alimenta —me dijo Carlos, y solté una carcajada.

—Por supuesto, pero después de comer, os marcháis, que mi chica y yo queremos estar a solas. Todavía no hemos terminado de reconciliarnos —le dije, y ahora la carcajada la soltaron ellos, pero no por lo que yo había dicho, sino por la cara que había puesto Marta.

Capítulo 17



Todo había vuelto a la normalidad, y Marta y yo estábamos mejor que nunca. Comíamos juntos todos los días, excepto los lunes, que tenía tutoría y reunión de profesores, y lo hacíamos por separado. Ese día aprovechaba para adelantar trabajo en la oficina, y por ello, solía pedir la comida a la cafetería.

Luego, nos veíamos en mi casa, de la que ya tenía una llave. Ese día hacíamos dos meses juntos, por lo que quise sorprenderla con una cena especial, compré un ramo de rosas y todos los ingredientes para hacer un pastel de carne, que sabía que a ella le encantaba, así como un flan de mango, para rememorar nuestra primera cena juntos.

Estaba entrando en mi casa, cuando me sonó el móvil. Sabía que era ella, porque el día que no comíamos juntos, en el momento en el que se quedaba a solas, me llamaba para ver que tal me iba el día.

—Dime, amor —le respondí, como hacía siempre.

—Hola, cariño mío. ¿Qué tal va todo? —me preguntó.

—Pues ya en casa, hoy no he comido en la oficina, he preferido venirme aquí y hacer varias cosas que tenía pendientes. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido con tus monstruitos? —le pregunté.

—Son adorables. Muy cansinos, eso sí, pero completamente achuchables. Les estoy cogiendo muchísimo cariño… Pero no te he llamado para eso, quería preguntarte algo —me dijo.

—Pues adelante, dime en qué puedo ayudarte —le respondí.

—Verás, tengo que coordinar un trabajo con una compañera, justo cuando terminemos las tutorías, y en casa, Carlos ha decidido, justo hoy, hacer limpieza general y pintar el salón, aprovechando que estaba libre…

—Veniros aquí, prometo no molestaros. Yo estaré en la cocina, preparando algo para la cena —le dije, interrumpiéndola, pues estaba viendo que le estaba costando trabajo preguntarlo.

—No, hombre, faltaría más. Además, no creo que nos lleve más de una hora tenerlo todo listo. Pero, si te viene mal o te incomoda, nos vamos a una cafetería. Es que ella vive en la otra punta de la ciudad, y sin coche, para volverme, sería una odisea.

—No te preocupes. Además, ya te he dicho mil veces que esta es tu casa, que no tienes que pedir permiso para nada.

Colgué la llamada, pues ya tenía que entrar a la primera tutoría, y me dispuse a meterme en la cocina, ya que la cena era un poquito laboriosa. Tenía que cocinar, primero, la carrillera al vino, para rellenar el pastel, y mientras se iba guisando, preparar el puré de patatas que servía de base.

Cuando me metía entre fogones, perdía la noción del tiempo, y ni siquiera escuché que se había abierto la puerta hasta que no me habló Marta.

—Amor, ya estamos aquí —me dijo, entrando en la cocina.

—Hola, preciosa. Termino esto y ahora mismo salgo —le dije, pues tenía que darle los últimos toques a la carne.

—Perfecto, nos sentamos en el sofá —me respondió.

No tardé más de dos minutos, pero si llego a saber lo que me iba a encontrar en mi salón, jamás hubiera salido de la cocina.

—Mira, cariño, te presento a mi compañera, María Luisa —me dijo Marta, y cuando se giró, menos mal que no llevaba nada en las manos, porque habría terminado en el suelo.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo tú aquí? —le pregunté, y ella soltó una carcajada.

—Llevo un montón de tiempo intentando entrar en mi casa, y he utilizado a la pánfila de tu novia para hacerlo —me dijo, y noté como la cara de Marta mudaba de color.

—Largo de aquí. Esta no es tu casa, ¡es mía! —grité, mientras ella se reía a carcajadas.

—Ni siquiera se ha dado cuenta de que soy de otro centro, que estaba ahí para coordinar una actividad entre los dos centros. Qué fácil ha sido engañarla —dijo, pero al levantarse me di cuenta de algo que me heló la sangre.

—¿Estás embarazada? ¿De cuánto? ¿De quién? —le pregunté, rezando a todos los santos que no fuera hijo mío, porque entonces sí que la habíamos cagado.

—Sí, estoy embarazada, pero no tengo por qué decirte ni de cuanto estoy ni quién es el padre. Digamos que es mío, jamás consentiría que mi hijo tuviera un padre como tú. Ahora que ya he visto que la casa está tan hortera como tú, me voy tranquila. Tienes todo lo que te mereces, una novia mediocre para un tipo mediocre —dijo, y os juro que no me salieron las palabras, tan solo me fijé en como se marchaba de allí.

No me fijé en la cara de decepción de Marta, mucho menos en como cogía sus cosas para marcharse, hasta que no estuvo casi en la puerta.

—¿Dónde vas? Tú no has tenido la culpa de nada, ella te manipuló, como hace siempre con todo el mundo —le dije, pensando que se marchaba porque se sentía culpable por haberla traído a mi casa.

—Eso no hace falta que lo digas, no me voy por eso. Por traerla aquí tan solo te puedo pedir disculpas, ni la conocía ni sabía que era tu ex. Me voy por otra cosa, me marcho porque me ha insultado y no has sido capaz de sacar la cara por mí, de defenderme ante ella —me dijo, y me di cuenta de que había sido así.

—Lo siento, de verdad. No te marches —le dije, apenado.

—Necesito saber si puedo continuar con alguien que sigue pensando en su ex. Dime qué no has pensado que ese hijo no es tuyo, dímelo y me quedo —me dijo.

—No te puedo decir eso porque sería mentira, y no quiero mentiras entre nosotros. Lo que sí te puedo asegurar es que no lo he pensado en el sentido que tú crees, sino más bien todo lo contrario —le dije, tomando su mano —No te vayas, vamos a hablarlo, por favor te lo pido.

Otra vez había vuelto para arruinarme un día especial. Tenía clarísimo cuál había sido el motivo por el que había estado merodeando por mi calle, para espiarme y saber dónde atacarme para hacerme daño y destruirme la vida, de nuevo.

Marta me miró, con una mezcla de pena y dolor. Nuestra historia estaba plagada de zancadillas que nos estaba poniendo la vida, pero sabía que, si nos uníamos y no permitíamos que el pasado entrara en nuestras vidas otra vez, podíamos ser felices.

—Si he pensado en ese niño ha sido para pedirle a todos los santos que no fuera mío. No quería que nada me uniera a Marisa, ni siquiera eso, porque estoy completamente seguro de que me iba a hacer la vida imposible. Si ese niño hubiera sido mío, ten por seguro de que iba a luchar por él, aunque sin querer a su madre cerca —le dije, y ella pareció entenderme.

—¿Por qué no me has defendido cuando me ha insultado? —me preguntó.

—Porque no soy capaz, todavía, de enfrentarme a ella. Es tenerla delante y mi voluntad se anula. En mi cabeza se suceden miles de imágenes y de palabras que quisiera decirle, pero mi boca es incapaz de pronunciarlas. Pero no te asustes, que no será siempre así, porque ya tengo cita para empezar la terapia que me llevará a librarme de ella de una vez por todas.

—Eso espero, porque si no es así, y por mucho que me duela, tendremos que dejarlo. No quiero ponerte en una encrucijada, porque tampoco sería justo para ti, pero no quiero a mi lado a un hombre que no me dé la prioridad en su vida, que no me trate como me merezco —me dijo, y no pude evitar levantarme y abrazarla.

No solo fue un abrazo de cuerpos, también lo fue de almas, porque ambos habíamos puesto encima de la mesa nuestras necesidades y nuestros miedos, todo lo que esperábamos el uno del otro, y eso nos iba a servir para unirnos todavía más.

—He preparado una cena especial, hoy hacemos dos meses juntos —le dije, y ella me miró sorprendida.

—Es verdad, ni me había dado cuenta —me dijo, con tristeza.

—Me da exactamente igual, ya lo he hecho yo por los dos. Además, ahí tienes un detallito —le dije, señalándole en ramo de flores, con una nota que me salió del alma.

"Espero que estos dos meses sean los primeros de muchos más a tu lado. Ya no sé vivir sin ti, mis pensamientos giran en torno a tu persona desde que me levanto hasta que me acuesto. Por eso, quería pedirte que te vinieras a vivir conmigo, pues mi mayor deseo es dormir a tu lado cada noche y despertarme contigo cada mañana. ¿Qué me dices?"

Marta me miró como si no supiera que contestarme, y eso me dolió un poco, pero también la entendía, no quería tomar una decisión precipitada.

—No tienes que contestarme ahora si no lo tienes claro, tenemos toda la vida por delante —le dije, tranquilizándola.

—No me tengo que pensar nada. Sí quiero vivir contigo, me muero por hacerlo, de hecho —me contestó, y ambos nos besamos de nuevo.

Capítulo 18



Marta

Ese mismo fin de semana hice la mudanza de mis cosas, que no eran más que ropa y algunos libros. Carlos se alegró muchísimo por mí, y decía, medio en broma, medio en serio, que el día que Hugo se lo pidiera a él, ponía su piso en venta, para que no tuviera oportunidad de arrepentirse.

En el trabajo también me iba de lujo, pues con mis compañeros congeniaba a la perfección, hasta que llegó ella, la última persona que pensaba encontrarme ahí.

—Buenos días, Marta. ¿Qué tal te va con el mediocre de mi ex? —me preguntó, en la sala de profesores y delante de todo el mundo —¿Sabéis que está viviendo con el hombre con el que he pasado los últimos años de mi vida?

—Buenos días a todos. Marisa, te rogaría que te abstuvieras de comentar mi vida personal, que es eso, personal y no le incumbe a nadie más que a mí —le respondí, enfadada.

—Si tuvieras un hombre en condiciones a tu lado, no te importaría que se hablara de él —insistió, ante el mutismo de todos los demás.

—Mira, da la casualidad de que tengo a mi lado al mejor hombre que se puede tener, porque no solo es guapo por fuera, que lo es, y mucho, sino que es más bonito todavía por dentro. Así que, si no quieres que te conteste cuatro cosas bien dichas, será mejor que me ignores, como yo pienso hacer contigo —le contesté, y ella soltó una carcajada.

—Chica, pues no va a ser posible, entre otras cosas porque empiezo a trabajar aquí desde hoy mismo. Seré la nueva profesora de inglés de infantil. Desde que me enteré que estaba embarazada, tan solo me pide el cuerpo estar rodeada de niños, y en el otro centro les daba clase a los mayores de primaria.

Cuando me dijo eso, algo en mi interior se revolvió. ¿Tendría que verla a diario? ¿Tendría que trabajar codo con codo con ella? Me podía dar algo si eso era cierto. No conocía a nadie que tuviera tanta mala suerte como yo, pero no pensaba consentir que eso afectara en mi trabajo.

—Pues entonces, tan solo nos tocará ser profesionales, tú en tu parcela y yo en la mía. A partir de ahí, no quiero tener contacto con una persona con tan mal corazón como tienes tú —le respondí tal y como me salió.

—¡Qué equivocada estás con respecto a Lucas y a mí! Pero bueno, ya te darás cuenta —dijo, sembrando la duda en mí.

Esa mañana tan solo me la crucé dos veces por el pasillo y una en el cambio de clase, en la que yo salía y ella entraba. Me quedé observando desde la ventana del patio su manera de actuar con los niños, y me resultaba curioso que, una persona capaz de hacer lo que había hecho con Lucas, tratara así a los niños, que eran mucho más vulnerables que los adultos.

Hugo me había contado muchísimas de las cosas que Lucas había tenido que soportar de ella, y que se suponía que él había presenciado, pero seguía sin verla en esa tesitura. Sí que lo había insultado, pero… ¿y si esos insultos eran producto del despecho? ¿Y si era el iceberg de algo que él había provocado?

Todo eso giraba en mi cabeza como una peonza, pues, por un lado, no tenía por qué desconfiar ni de Lucas ni de Hugo, pero por otro, me resultaba muy difícil ver a Marisa en la postura en la que ambos me la describían.

—Hola, cariño, he terminado pronto una visita que tenía cerca de aquí y he decidido venir a buscarte —me dijo Lucas, que me estaba esperando en la puerta.

—Hola, mi amor. Pues no sabes lo que te lo agradezco, porque estoy deseando llegar a casa, darme una ducha y ponerme cómoda, la mañana ha

sido de locos —le respondí.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —me preguntó.

Le conté que su ex había venido a trabajar a mi colegio, que pidió el cambio porque le apetecía tratar con los niños pequeños. Que la había visto actuar con ellos y que me encantaba la forma en la que les hablaba y los trataba, y noté como la cara de Lucas iba mudando de color.

—Marta, no quiero que mi experiencia con ella te condicione a tratarla de otra manera, pero también te digo que no te dejes absorber por ella, que no te convenza de nada, porque tiene esa habilidad, de manejar a todo el mundo sin que ni siquiera se den cuenta —me dijo Lucas, bastante serio.

—No es que me condicione, pero, sabiendo lo que te hizo, no puedo tratarla como al resto de mis compañeros, de los que no sé absolutamente nada de su vida. De todos modos, no tomaré café con ella para que me convenza de nada, tan solo tendré un trato profesional —le respondí, y parece ser que se quedó convencido.

Llegamos a casa y nada más hacerlo, recibí un mensaje de Marisa, y noté la incomodidad de Lucas, pero tenía que entender que yo era la tutora del curso, y que me tenía que poner al tanto de todo lo que ocurriera con mis alumnos.

Marisa: *Perdona que te moleste, Marta, pero es de vital importancia que hable con los padres de Santiago Muriel, y me gustaría que tú estuvieras presente. Tiene claros síntomas de maltrato psicológico, y me preocupa muchísimo ese tema.*

Marta: *No te preocupes que no es molestia, puedes contactarme cuando lo necesites, siempre que sea un tema laboral, claro. Yo me encargo de citarlos mañana por la tarde, porque sé que por la mañana ambos trabajan. Gracias por avisarme.*

Marisa: *Gracias, Marta. Espero equivocarme, pero mi experiencia me dice que no voy a hacerlo.*

—No te jode, en eso tiene ella experiencia de sobra —me dijo Lucas, que había leído los mensajes casi a la vez que yo.

—Lucas, no te enfades, pero esto es un tema laboral, que nada tiene que ver contigo y con lo que has vivido con ella —le dije, y noté como se enfadaba.

—No te preocupes, que no opinaré más. Ahora, si no te importa, he quedado con Hugo, vuelvo más tarde —me dijo, cogió su chaquetón y salió de la casa, dejándome allí sola.

Entendía su postura, pero también tenía que entenderme él a mí. Si tan seguro estaba de haber sido maltratado psicológicamente, lo que tenía que haber hecho es denunciarla, y de ese modo, y con una sentencia en firme, yo podría decir algo en el colegio, advertirles, al menos. Pero así, tal y como estaban las cosas, era su palabra contra la de ella.

Cogí mi portátil y busqué el teléfono de los padres del niño, una vez que lo tuve, me limité a llamarlos, pero no cogían el móvil, por lo que decidí enviarles un correo electrónico, citándolos a los dos a las cinco en el colegio al día siguiente. Una hora después, recibí una llamada de uno de los números de los padres.

—Buenas tardes, soy Marta, la profesora de su hijo…

—¿Qué ha hecho el inútil ese ahora? —me contestó el padre.

—Caballero, no creo que esa sea la manera adecuada para dirigirse a un niño de cinco años, mucho menos cuando es su hijo. Y precisamente de eso quería hablaros, de que presenta signos de maltrato psicológico, aunque ahora veo de donde viene. Le aconsejo, por su bien, que acuda mañana a la cita, porque lo siguiente que haré será dar parte a las autoridades —le dije, muy enfadada.

—Perdón, es que estoy cansado y este niño tan solo me da problemas. Su madre se fue cuando tenía un año, y lo estoy criando yo solo, con la ayuda de mi madre, pero ella es una persona mayor —me dijo, y deduje que el otro número sería el de la abuela.

Corté la llamada realmente preocupada, pero no solo por lo del niño, sino porque habían pasado más de tres horas desde que Lucas se fue y todavía no había vuelto. Ni siquiera me había enviado un mensaje para decirme que iba a tardar. Estaba a punto de llamar a Hugo, cuando escuché la cerradura, era él.

—Espero que hayas solucionado todo el tema del colegio, y quiero pedirte algo. No quiero saber nada de lo que ocurra allí, sobre todo si tiene algo que ver con Marisa —me dijo, dejándome a cuadros.

—¿En serio me estás pidiendo que no te cuente como me ha ido el día en el trabajo? Porque me parece de lo más injusto —le respondí.

—Has sido tú la que me has dicho antes que son temas laborales, que no me metiera, y para que eso ocurra, lo mejor es que no sepa nada, o terminaré metiéndome, aunque no quiera —me dijo, dando por concluida la conversación.

Capítulo 19



Que Marta estuviera dudando de mi experiencia con Marisa, me mataba, sobre todo cuando le llegaban mensajes como los que había recibido hoy. Por ello, preferí marcharme antes de decir o hacer cualquier cosa de la que me pudiera arrepentir más tarde.

—¿Qué pasa, Lucas? ¿Por qué traes esa cara? ¿Problemas en el paraíso? —me dijo Hugo, en cuanto que me vio al otro lado de su puerta.

—Marisa, que sigue intentando joderme, y lo que es peor, creo que lo va a conseguir —le conté.

—¿A qué te refieres? No te estoy entendiendo —me dijo él.

Le expliqué todo lo que había hecho ella, desde el traslado de colegio hasta como había sembrado la duda en Marta sobre todo lo que yo le había contado, y que era lo que más me jodía.

—No creo que Marta caiga en su trampa, hermano —me dijo él.

—Ya ha caído, Hugo. Ha llegado diciendo que le extraña muchísimo que una persona que ha hecho eso conmigo, trate así a los niños. Para, después, cuando ha recibido un mensaje de ella y lo he comentado, decir que no tengo que meterme en eso, que es un problema del trabajo que nada tiene que ver conmigo y con lo que ella me hizo —le respondí.

—¿En serio te ha dicho eso? No me lo puedo creer, de verdad que no. ¿Qué coño quiere esa mujer, verte hundido por los suelos? —me dijo Hugo,

refiriéndose en esta última frase a Marisa.

—Pues no sé qué es lo que quiere, pero sí lo que va a conseguir, que es que Marta no me crea y se ponga de su lado, ya verás como no me equivoco —le contesté.

Estuvimos un montón de tiempo hablando, tanto, que ni me había dado cuenta de que hacía más de tres horas que había salido de mi casa y no le había enviado a Marta ni un mensaje, y debía estar preocupada.

—Me voy, Hugo. Gracias, una vez más por escucharme —le dije, dándole un abrazo.

—Para eso estamos los amigos, para sostener al otro cuando se viene abajo —me contestó.

En cuanto llegué a mi casa, hablé con Marta, y le dije lo que pensaba de todo lo que había pasado, aunque le costó entenderme, al final reconoció que era lo mejor.

—No he comido nada en todo el día, y me muero de hambre —me dijo, cuando aclaramos todo.

—¿Cómo que no has comido? Pero si tenías la nevera llena…

—Ya, pero pensaba hacerlo contigo, y como te has marchado. Aunque veo que tú sí que lo has hecho en casa de Hugo, por lo que voy a coger algo de la cocina, me duele la cabeza, así que me iré a la cama en cuanto que termine —me contestó, dando por hecho algo que no era así.

—Yo tampoco he comido nada, pero cada vez tengo menos ganas. Me voy al despacho a terminar un trabajo que tengo pendiente —le dije, enfadado por su manera de actuar conmigo.

Era nuestra primera discusión desde que empezamos a vivir juntos y lo que más me jodía de todo esto era quién la había provocado. No había sido nada que hubiéramos provocado nosotros con algo que le molestara al otro, no, habían sido los comentarios dañinos que había ido soltando Marisa, como

quién no quería, para sembrar la duda en mi chica y hacerme quedar como el malo de la película.

Estaba cansado de todo esto, de que siempre estuviera ella en los peores momentos de mi vida, cansado de tener que luchar con algo que no me correspondía hacerlo a mí, mientras que Marisa seguía viviendo su vida como si no hubiera hecho nada. Me arrepentía muchísimo no haberla denunciado en su momento, pero contra eso, ahora no podía hacer nada.

Cuando me metí en la cama, Marta ya estaba dormida, y es que eran más de las doce de la noche. Entre papeles y pensamientos, el tiempo se me fue volando. Me fui a acurrucar detrás de ella, abrazándola, como hacía todas las noches, pero ella, en cuanto me notó, se dio la vuelta y se puso bocarriba, privándome de la posibilidad de hacerlo, por lo que me giré hacia el otro lado, y fue la primera noche que dormimos espalda contra espalda.

Me levanté temprano, preparé el desayuno para los dos, porque, aunque yo entraba una hora antes que ella al trabajo, siempre se levantaba a la vez mía y desayunábamos juntos. Luego, ella aprovechaba ese tiempo extra para darse una ducha y vestirse con tranquilidad. Lo tenía todo listo, pero ella todavía no se había levantado, por lo que fui a buscarla.

—Marta, mi amor, el desayuno está listo —le dije, mientras la despertaba.

—Lo siento, Lucas, pero me duele mucho la cabeza y prefiero seguir durmiendo. Cuando llegue al colegio ya me tomaré un café —me dijo, y se dio la vuelta para seguir durmiendo.

¿En serio no me iba a dar ni un beso? ¿Esa iba a ser la tónica a partir de ahora? Pues el que lo sentía era yo, porque no pensaba entrar en otra relación que estuviera repleta de desprecios.

La dejé en la cama durmiendo, y salí de mi casa, dejando todo tal y como lo había preparado en la cocina, para que se diera cuenta de que me había hecho daño, pues no era un dolor de cabeza lo que tenía, sino las dudas y el resentimiento de lo que había ocurrido la noche anterior. Jamás me podía imaginar que Marta fuese así de rencorosa.

Esa mañana volví a desayunar en la cafetería de Sebas, que se alegró mucho de que volviera por allí.

—Ya te echaba de menos, desde que tienes a la camarera en casa, ya ni vienes por aquí —me dijo, sonriendo.

—Será por eso… Anda, ponme un desayuno completo que he salido sin tomar ni café —le respondí.

—Marchando un desayuno de campeones para un campeón —me contestó él, con una sonrisa.

Sobre todo, así me sentía, como un campeón, por los cojones. Me sentía como un fracasado al que nada en la vida, excepto en el tema laboral, le salía bien. Desayuné charlando con Sebas, obviando los problemas que tenía con Marta, por supuesto, porque eso no le importaba a nadie. Cuando fue mi hora de entrar a trabajar, me despedí de él, prometiéndole que volvería más a menudo, y es que tenía la leve intuición de que sería antes de lo que él se imaginaba.

No sabía si Marta vendría a comer a casa o no, por lo que le envié un mensaje, que tardó más de una hora en contestar, cuando ella solía contestarme, si no al momento, porque estuviera haciendo algo, sí en cuanto que tenía la oportunidad, y no de forma tan escueta.

Lucas: *No es lunes, pero no sé si vendrás a comer a casa, porque me dijiste que tenías algo que hacer por la tarde en el colegio. ¿Me lo puedes confirmar, por favor? Para saber que hago. Te quiero, un beso.*

Marta: *Tengo una tutoría importante a las cinco, no sé a qué hora llegaré.*

Nada más que eso, ni un te quiero, ni un beso, ni un gracias por preocuparte. Me dolía más la indiferencia que todo lo demás, y no pensaba quedarme de brazos cruzados, en cuanto que llegara a casa pensaba hablar con ella de todo esto.

Como no iba a venir, quedé con Hugo para ir al centro comercial, pues tenía que comprar varias cosas y así comeríamos juntos, ya que Carlos tenía trabajo por delante. Ni él ni Marta habían dejado de trabajar en la discoteca los

fines de semana. Algunos de ellos, Hugo y yo salíamos a cenar y a tomar una copa allí, hasta que daba el horario del cierre, en el que nos marchábamos juntos para casa. No era eso lo que me molestaba, pero es que, entre unas cosas y otras, no teníamos tiempo de calidad para pasarlo juntos, para planear una escapada o algo por el estilo.

—Necesito comprarme unos vaqueros y unas zapatillas, pero antes, vamos a comer, pues me muero de hambre —le dije a mi amigo, en cuanto que estuvimos juntos.

—Venga, que yo también tengo hambre —me contestó.

Entramos a comer en una pequeña hamburguesería que había allí y que nos encantaba a los dos, y justo cuando estábamos terminando, vi una imagen que ni por asomo me hubiera imaginado nunca, Marta y Marisa iban juntas y riendo, y fue como si me hubieran dado una patada en los testículos, os lo prometo.

—¿No se suponía que tenía que trabajar y por eso no comíamos juntos? Porque me parece que el centro comercial queda un poquito lejos del colegio, casi más que nuestra casa —dije en voz alta, y fue cuando Hugo giró la cabeza.

—¿De qué va esta tía? —fue lo que dijo Hugo, y no supe a quién se estaba refiriendo de las dos.

Capítulo 20



Lo lógico es que la hubiera parado y le hubiera pedido explicaciones, pero no quise hacerlo, iba a esperar a ver que me decía cuando volviera a casa. Eso no era una relación de dos compañeras de trabajo, como me había hecho creer que era, sino más bien una de amigas y cómplices, y eso era lo que no entendía.

Yo jamás podría tomarme ni siquiera una cerveza con el hombre que le destrozó la vida, mientras que ella iba por el centro comercial con mi ex como si fueran amigas de toda la vida, parándose en cada escaparate que tenía ropa de bebé, y entrando en alguna de ellas.

—Venga, será mejor que nos vayamos a comprar lo que necesitas, o terminarás volviéndote loco. No sé cómo no te has enfrentado a ella, no por el hecho de que esté aquí, sino por la compañía que ha elegido —me dijo Hugo.

—Te voy a pedir una cosa, no quiero que le digas nada a Carlos, o ella sabrá como contestarme, pues su amigo la pondrá en sobre aviso —le pedí.

—De todos modos, les he hecho fotos, por si es capaz de negarlo —me dijo, y me las pasó por WhatsApp.

—Me da igual que me deje por mentiroso, yo sé lo que he visto, y no me ha gustado nada. Al final, va a conseguir lo que está buscando, que entre nosotros se forme una brecha que sea casi imposible de cerrar —le dije, mientras Hugo asentía con la cabeza.

Hice las compras necesarias y me marché a casa en cuanto terminé, quería enfrentarla con calma, con tranquilidad, y para eso, antes tenía que relajarme, por lo que me daría una ducha calentita y me prepararía una infusión antes de que se me pusiera delante.

¿Una ducha y una infusión? Me hubiera dado tiempo a tomarme un cubo, porque eran más de las diez de la noche y no había aparecido. Pensé en llamarla o enviarle un mensaje, pero no quería parecer el tipo de pareja posesivo, aunque empezaba a preocuparme. Lo hice, pero no me cogía el teléfono, por lo que llamé a Carlos, a ver sí él sabía algo. Era jueves, por lo que no estaba trabajando en la discoteca porque se le hubiera hecho tarde.

—Carlos, soy Lucas. ¿Sabes algo de Marta? —le pregunté.

—No, pensaba que ya estaría en casa. Hablé con ella este mediodía, me dijo que no iría a comer a casa porque tenía una tutoría importante esta tarde y quería prepararse para ella, por lo que comería algo ligero en el trabajo —me dijo, y supe que a él también le había mentido.

Justo estaba hablando con Carlos por teléfono, cuando sentí la llave de la puerta girar. Venía como si no pasara nada, y la sangre me hervía en las venas, os lo prometo.

—Ya está aquí, gracias, Carlos, te dejo, quiero hablar con ella lo antes posible, mañana hablamos —le dije, cortando la llamada tras despedirme de él.

—Buenas noches —me dijo, como si nada.

—¿Buenas noches? ¿Estamos en un hotel y no me he enterado? —le pregunté, porque me sentía como el chico de la recepción de uno de ellos.

—¿Perdona? ¿Es que ahora tengo toque de queda o algo? —me respondió, con mucha chulería.

—Por supuesto que no, pero no creo que la tutoría haya durado hasta esta hora. Por lo menos, podrías haberme enviado un mensaje y decirme que te ibas a retrasar —le contesté.

—Pues no me he dado cuenta, lo siento. Cuando salimos de la tutoría, nos fuimos unas compañeras y yo a tomar algo y se me ha hecho tarde. Estaba tan a gusto que ni me he fijado en la hora que era —me dijo, entrando a la habitación.

No quería abordar el tema de manera brusca, por lo que la dejé que se cambiara, mientras preparaba la cena. Se lo diría mientras cenábamos, a ver si me decía la verdad.

—Lo siento, pero yo ya he cenado —me dijo, cogiendo una botella de agua para irse a dormir.

—Un momento. Vale que ya hayas cenado, no seré yo el que te diga nada, pero, al menos, podías acompañarme y charlar conmigo un rato —le dije.

—La verdad es que no me apetece, vengo muy cansada y prefiero meterme en la cama.

—Pues a mí sí que me apetece, entre otras cosas porque tengo que hablar contigo. ¿Dónde has comido? —pregunté, así de forma inocente.

—Un bocata en el centro, mientras esperábamos a que vinieran los padres de mi alumno —me dijo, y se quedó tan pancha.

—Entonces debes tener una doble por ahí, deberé tener cuidado no vaya a darle un beso pensando que eres tú —le dije, y su rostro mostró algo de miedo, y no entendía por qué, pues no me la iba a comer, la verdad es que hoy no me apetecía, en ninguno de los sentidos.

—¿Qué dices de una doble? Será mejor que comas algo antes de beber cerveza, porque te está afectando al cerebro.

—A mí lo único que me afecta al cerebro es ver como la mujer que amo se ríe y actúa con total complicidad con la mujer que tanto daño me ha hecho. No me lo vayas a negar, porque os he visto y tengo pruebas —le dije, completamente dolido.

—Pues sí, he estado con Marisa en el centro comercial, y si no te lo he dicho es precisamente para evitar esto, una escena de celos infundados.

—¿Celos infundados? ¿Realmente crees que no tengo razón?

—Pues no, no la tienes. Marisa me parece una mujer muy inteligente y coherente, y creo que todo lo que me has dicho ha sido una apreciación tuya, un malentendido —me dijo, y me tuve que sentar, os lo prometo.

—Es tan inteligente que te está poniendo en mi contra y no te estás dando ni cuenta.

—Eso es justo lo que ella me ha dicho que dirías. Mira, Lucas, te quiero muchísimo, pero no quiero a una persona como tú en mi vida, manipulador y controlador. Por eso, será mejor que lo dejemos aquí y ahora. Mañana mismo cogeré mis cosas y me marcharé —me dijo, de una manera tan fría y calculadora que me revolvió el estómago.

—No, recoges ahora y te marchas. Me da igual, pero ahora soy yo el que no te quiere en mi vida. La persona manipuladora no soy yo, es la que te está comiendo la cabeza y poniéndote en mi contra. Ojalá y cuando te des cuenta no sea demasiado tarde para ti —le dije.

En condiciones normales habría cedido e intentado que no se marchara al día siguiente, pero si algo había aprendido de todo lo que me había sucedido con Marisa, era que me tenía que dar prioridad ante todo y ante todos, y eso es lo que estaba haciendo.

—¿Tarde para mí? Sinceramente, no sé a qué te refieres, pero si es a que pueda volver contigo, no creo que esa sea la mejor opción para mí —me dijo, completamente convencida.

—No me refiero a eso, porque no sé si sería capaz de volver a estar junto a una mujer que no me valora lo suficiente. A lo que me estoy refiriendo es a que te mine tanto la autoestima que no seas capaz de levantar cabeza. Ahora es tu mejor amiga, y así se comportará durante un tiempo, para luego empezar a decirte que deberías vestir de otra manera, que no tienes estilo y ella te podía ayudar. Luego, empezarán las descalificaciones —le dije, y noté que la primera parte ya había empezado a ejecutarla, pero me daba igual.

—No me puedes echar ahora, es de noche y no tengo a donde ir —me dijo, como arrepentida, pero no iba a ceder.

—Pues llama a tu amiga y que te deje quedarte en su casa hasta que encuentres algo. Te rogaría que lo hicieras a la mayor brevedad posible, pues estoy cansado y me quiero ir a la cama —le dije, y me giré para entrar en la cocina, donde me senté a cenar.

La escuchaba abrir y cerrar los cajones y las puertas del armario, mientras yo masticaba lentamente el filete con patatas que me había hecho para cenar. Al otro lado de la mesa estaba el plato y el cubierto que había puesto para ella, y que había despreciado.

—Me voy, que te vaya bonito, Lucas. Y ponte en manos de profesionales, porque te va a hacer falta —me dijo, y solté una carcajada.

—Que te vaya bien, Marta, seguiré tu consejo, tan solo le pido al cielo que no tengas que aplicártelo a ti misma, pues esa persona es un lobo con piel de cordero —le dije, viendo como salía de mi casa.

Capítulo 21



Me quedé allí sentado en la cocina, pensando que lo había conseguido, nos había separado, pero no me había hundido, ni lo iba a hacer. La terapia que llevaba haciendo desde que Hugo me consiguió la cita, y que no sabía nadie que estaba recibiendo, me estaba viniendo bien. Si no hubiese asistido a ella, si no hubiera pedido ayuda en su momento, estoy seguro de que me lo habría tomado de otra manera.

No voy a decir que no me dolía, porque sí que lo hacía, más que si me hubieran arrancado el corazón y lo hubieran pisoteado, ya que estaba completamente enamorado de ella y eso no se podía cambiar de un día para otro, pero sí que me lo tomé con una calma que no sabía que tenía.

Mi teléfono sonó, no sabía la hora que era, ni el tiempo que llevaba allí sentado, pero no dudé en contestar, era Hugo.

—Dime que no lo ha conseguido, por favor —me dijo, nada más descolgar el teléfono.

—Si te refieres a separarnos a Marta y a mí, sí que lo ha hecho, pero no solo tiene la culpa Marisa, pues mi novia tenía que haber dicho que no y no hacerle caso. Tan solo espero que no la destroce como me destrozó a mí —le respondí.

—Esa mujer es gilipollas, perder al amor de su vida por una tía que no conoce de nada —dijo Carlos, y supe que Hugo tendría el altavoz puesto.

—No seré tanto amor de su vida cuando ha hecho eso, cuando se ha marchado sin mirar atrás —le contesté, pues era así como lo sentía.

—Te veo muy entero, amigo, con mucho raciocinio, me esperaba encontrarte peor —me dijo Hugo.

—La terapia me ha enseñado a ver la vida de otra manera, Hugo. No es que no me haya dolido, porque lo ha hecho, pero estoy convencido de que el tiempo pone a cada uno en su sitio. ¿Sabéis dónde ha ido? —le pregunté.

—Quiso venir a mi casa, pero le dije que mientras que estuviese junto a esa mujer, mientras que la tratara como a su mejor amiga, que lo sentía, pero no. Como comprenderás, me llamó de todo, desde mal amigo hasta interesado, pero me dio igual. Tiene que aprender que todo acto tiene sus consecuencias —me dijo Carlos.

—No lo hagas por mí, Carlos. Entiendo que es tu mejor amiga, y que no te gusta dejarla en la calle —le respondí.

—Por supuesto que no me gusta dejarla fuera, pero no de mi casa, de mi vida, pero es lo que hay. Cuando ese tipo la destrozó, fui el primero en abrirle mis puertas, en buscarle trabajo para que empezara de cero, pero no en este caso. Tú no te merecías eso, y yo no voy a ser cómplice de un acto tan repulsivo —me contestó él.

Cuando quise darme cuenta era demasiado tarde, así que terminé la llamada y me fui a la cama. Las sábanas todavía tenían su olor, y para mí fue como acostarme sobre brasas ardiendo, pero no me levanté, no cambié las sábanas, tenía que acostumbrarme a que ella ya no estaba ni estaría, al menos de momento, pues no negaba que deseaba que volviera y me pidiera disculpas, que quisiera apartar a Marisa de su vida, pero tenía la impresión de que no sería así.

Volví a desayunar cada mañana en el bar de Sebas, y dos veces por semana, acudía a mi terapia, esa que me estaba devolviendo al verdadero Lucas, al que fui antes. El que me estaba haciendo sentir de nuevo humano, con mis fallos, como todo el mundo, por supuesto, pero no ese despojo que me sentía cuando terminé mi relación con Marisa.

El resto del día lo pasaba entre el trabajo, el gimnasio al que me había apuntado para eliminar el estrés, tal y como me había aconsejado el psicólogo, y tomar algo con Hugo y Carlos, que no me habían dejado ni un solo minuto.

—Esta noche salgo a cenar con una compañera del gimnasio —les dije ese día, mientras comíamos juntos.

—Espero que te pases luego por la discoteca, pues quiero darle el visto bueno —me dijo Carlos, y me salió una sonrisa.

—No sé si querrá ir, Blanca no es mucho de discotecas, pero lo intentaré —le respondí.

Entre Blanca y yo no había ni habría nada nunca, entre otras cosas porque ella era lesbiana, y así me lo hizo saber desde el primer momento, pues habíamos congeniado tan bien que pensó que yo le estaba tirando los tejos. Lo que nos reímos ese día fue poco, cuando le dije que no la veía más que a una hermana.

—Mientras que no sea una hermana de ninguna congregación de monjas, vamos bien, porque vestida así, de verdad que no me veo —me contestó con mucho arte, mientras yo me doblaba de la risa.

Llegué a casa, me di una ducha y me cambié de ropa. Me vestí algo más elegante que de costumbre, pues ella me dijo que le gustaba salir de punta en blanco, por si acaso le salía algún plan. Era así, espontanea, divertida, con ese punto canalla que tan bien me venía en este punto de mi vida.

Había quedado en recogerla en un taxi, pues no pensaba coger el coche, ya que pensaba beberme más de una copa hoy. Me lo merecía y me apetecía, quería divertirme, pues hacía mucho tiempo que no lo hacía. Esa semana, en mi sesión de terapia, había aprendido que los problemas, en algunas ocasiones, tenía que dejarlos en casa y disfrutar de lo que la vida me estaba ofreciendo, y pensaba cumplirlo al pie de la letra.

Lucas: *Voy saliendo para tu casa, ya montado en el taxi. No me hagas esperar o tendrás que pagarlo tú.*

Le envié ese mensaje para avisarla de que iba a recogerla, pero con ese tirito que sabía que me contestaría de la misma manera en la que yo lo había hecho.

Blanca: *No te lo crees ni tú. Ya quisieran muchos tener el privilegio de tener un pibón como yo a su lado esta noche. De todos modos, ya llevo un rato arreglada y esperándote, por si acaso cumples tu amenaza y tengo que pagar yo el taxi.*

Montado en el taxi solté una carcajada, porque tenía razón. Blanca era una de esas mujeres que te volvías a mirar por la calle, puesto que lo tenía todo. Era bonita, elegante y andaba como si flotara por el suelo, además de tener una simpatía que pocas mujeres conocía que la tuvieran.

Venía realmente espectacular, con un vestido cuya falda le quedaba por debajo de la rodilla, era estrecho y color azul noche, y lo había acompañado de unas botas altas en color beige, al igual que una especie de abrigo de pelo por delante y de lana en las mangas y en la espalda, y del mismo color que las botas, el bolso era azul, como el vestido. Llevaba su melena de rizos negra suelta, tan solo sujeta en un lateral por un pasador de color beige, máscara de pestañas y los labios de un rojo que invitaba a morderlos y besarlos.

—Si no fueras lesbiana, te pedía matrimonio ahora mismo —le dije, sonriendo.

—Si no fuera lesbiana, no estaría aquí contigo esta noche, porque ya estaría casada y con dos hijos, por lo menos —me contestó, y solté otra risotada.

Llegamos al restaurante en el que había reservado mesa, y que tenía unas vistas al mar preciosas, sobre todo en noches como esta, en la que se veía el cielo completamente despejado y estrellado y la luna reflejándose en el mar.

—Todo esto es precioso, Lucas —me dijo cuando entramos.

—Tan preciosa como tú, y no, no te estoy tirando los tejos, tan solo estoy diciendo la verdad —le respondí.

—Lo sé. Si sospechara que tenías intenciones ocultas, no habría venido aquí contigo, te considero un buen amigo, y como tal, quiero pasar una noche divertida —me respondió, cogiendo mi mano.

—Por cierto, el chico de mi amigo trabaja en una discoteca de aquí cerca, y me ha pedido que vayamos luego a tomarnos una copa, pero también te tengo que advertir que nos encontraremos con mi ex, que también es camarera allí —le dije, pues no quería que pensara lo que no era.

—Me encanta la idea de darle celos. ¿Me vas a dar el permiso para hacerlo? —me preguntó, juntando las manos de manera suplicante.

—Por mí, no hay problema, pero desde ya te digo que no va a surtir efecto —le respondí.

—Ah, no, aquí la que conoce a las mujeres soy yo, y si te digo que a esa hoy le sale una ulcera, ten por seguro que le va a salir —me contestó, y tuve que reírme con ella, por la manera en la que me lo dijo.

—Pues nada, lo dejo en tus manos —le dije, encogiéndome de hombros.

Capítulo 22



Del restaurante nos fuimos a la discoteca. Era temprano y no había mucha gente para entrar, pero, de todos modos, en la puerta nos encontramos con Hugo, que venía a tomar una copa. Carlos le había dicho al portero que cuando llegara su chico, aunque viniera acompañado, que lo dejara pasar, y por eso entramos los tres juntos.

—Mira, Blanca, él es Hugo, mi mejor amigo, casi como mi hermano —los presenté.

—Hola Blanca, encantado de conocerte —le dijo Hugo, dándole dos besos.

—Hola Hugo, igualmente —le respondió ella.

Mientras que Blanca dejaba su chaqueta y la mía en el guardarropa, Hugo me hacía gestos de que era guapísima, y yo le dije que luego le contaba. Cuando mi amiga se acercó a nosotros, nos dirigimos a la barra en la que estaba Carlos, pero en la que también se encontraba Marta, a la que saludé con un gesto de la cabeza, y al que ella no supo cómo responder.

—No hace falta que me digas quién es tu ex, por su cara ya lo he adivinado. Prepárate, porque vas a verla sudar gotas de sangre —me dijo, con una sonrisa en sus labios que me hizo reír a carcajadas.

—Eres mala, ¿lo sabías? —le dije, cogiéndola por la cintura.

—Uy, claro que lo sabía, el que no se había dado cuenta eres tú, me parece a mí —me respondió.

Entre nosotros había una amistad de esas bonitas y a la que no pensaba renunciar por nada en el mundo, me lo pidiera quién me lo pidiera.

—Vaya pibonazo que te has agenciado, Luquitas —me dijo Carlos, a propósito, para que Marta lo escuchara.

—¿Has visto? Ella es Blanca, una amiga. Blanca, él es Carlos, el chico de Hugo —le contesté con una sonrisa.

—Bueno, algo más que amigos, Lucas —contestó, inclinándose para darle dos besos a mi amigo.

—Lo cierto es que tu cara me suena mucho, pero no te ubico, aunque ya lo haré —dijo él, y sabía que la había reconocido de alguno de los bares de ambiente a los que, tanto Hugo como él, acudían algunas veces, pero también estaba convencido de que no diría nada.

—Tengo una cara muy común, será que me confundes con alguien —le dijo, dejando claro que estos dos se conocían.

—Será eso. ¿Qué os pongo de beber? —nos preguntó.

—Para mí, lo de siempre —le dije, al igual que Hugo.

—Yo quiero una ginebra con tónica, pero no le eches alfalfa, por favor, que me da cosita bebérmelo con eso ahí flotando —le dijo, y Carlos soltó una carcajada.

—¿Alfalfa? —preguntamos Hugo y yo a la vez.

—Sí, todas esas modernidades que le ponen ahora a las copas, especias y esas cosas, que parece que en vez tomarme una copa, estoy desayunando All Bram para el tránsito intestinal —contestó.

Toda la noche fue así, me dolía la mandíbula de reírme, al igual que a Hugo, pues Blanca tenía cada ocurrencia que hacía que te doblaras de la risa con ella. En ese momento empezó a sonar una canción que bailábamos juntos en el gimnasio, y nos lanzamos a la pista.

"Que hubiera sido,
Si antes te hubiera conocido
Seguramente
estarías bailando ésta conmigo
no como amigo…"

—Dame un beso, pero no en la mejilla ni un pico —me pidió, con una sonrisa.

—¿Cómo te voy a dar un beso? —le pregunté, sin dar crédito a lo que me había pedido.

—Hijo mío, como va a ser, juntando tus labios con los míos —me contestó, como si me estuviera diciendo algo evidente, y solté una carcajada.

—Ahora, ahora, que nos está mirando. No puede quitarnos la vista de encima —me dijo, acercando su cara a la mía.

¿Me lo pensé? Pues no, la pegué a mí y la besé, me dejé llevar, en mi mente era a Marta a la que besaba, por lo que me entregué como siempre lo hice con ella. Cuando nos separamos en mis pantalones había evidencia de lo que me estaba sucediendo.

—¡La madre qué me parió! ¿Cómo te ha dejado esa mujer besando de esta manera? Te juro que me he planteado hasta cambiarme de acera —me dijo Blanca, abanicándose con la mano.

—Anda, vamos de nuevo con Hugo y vamos a pedirnos dos copas, para el sofocón, y a ver si me pasa el calentón. Y, antes de que me digas nada, no ha sido por ti, sino porque he cerrado los ojos y he pensado que era a Marta a quién estaba besando —le dije, y puso las manos en la cintura.

—Gracias por la parte de que me toca. Qué manera de bajarle la autoestima a la gente —me contestó, fingiendo indignación, para soltar una carcajada a continuación.

—Nada más lejos de lo que pretendía, pero no quería que me confundieras con otro tipo de hombre y no quieras volver a salir conmigo otro día —me justifiqué.

—Ni muerta hago yo eso, me tendrías que hacer una putada muy gorda para que no saliera más contigo, con lo bien que me lo estoy pasando —dijo, y le di otro abrazo con un pico en los labios.

—Ese sí que era para ti, como tu amigo.

Llegamos a la barra, y la cara de Marta era un poema. Blanca tenía razón, estaba tragando bilis y yo lo estaba disfrutando como un enano, sobre todo cuando vi llegar a Marisa con un tipo que nada tenía que ver con ella, y saludó a su amiga desde lejos, con un gesto con la mano, como si no quisiera que la relacionaran con ella. Ya empezaba con sus desprecios.

—Chicos, yo me marcho ya, me duelen los pies como si me estuvieran clavando cristales —dijo Blanca.

—Espera, voy al baño y me marcho contigo —le dije, dándole un beso en las mejillas.

En cuanto enfilé el pasillo donde estaban los baños ubicados, noté como alguien me seguía, pero di por hecho que sería Carlos para contarme lo de Blanca, lo que él no sabía es que yo era conocedor de todo, pero me equivoqué, pues era Marisa la que me agarró del brazo.

—Qué poco tiempo has tardado en buscarte una sustituta. Está comprobado que, para ti, las mujeres somos como los pañuelos de papel, de usar y tirar —me dijo, conocedora de que Marta venía tras ella.

—Yo no he tenido que buscarle sustituta a nadie. Si no te hubieras metido entre Marta y yo, ambos seguiríamos juntos. Si no te inventaras las cosas que te has inventado…

—No me eches las culpas a mí, como siempre has hecho. Eres un controlador, un manipulador y un sinvergüenza, que vas haciendo creer a todo el mundo que la víctima eres tú, cuando las víctimas somos siempre las mujeres. Y a esa que viene hoy contigo la pienso advertir, como hice con Marta —me dijo, con toda la maldad del mundo.

—Piensa y haz lo que quieras, el tiempo me dará la razón. Si no ¿por qué no te has acercado a Marta cuando has llegado? —le pregunté, con toda la

mala leche del mundo, y no me supo contestar —Ya te lo digo yo, porque ahora le dirás que no querías que nadie viera que era amiga de una camarera, y menos vestida así, que debería dejar este trabajo y quedarse con el de profesora solamente, y cambiar de forma de vestir. Te recuerdo que me lo hiciste a mí, que me obligaste a dejar mi trabajo de monitor por las tardes, porque no era de recibo que atendiera a niños desfavorecidos, que me apuntara a una ONG si quería colaborar.

—A mí no me ha dicho nada de eso, ni siquiera lo ha sugerido —dijo Marta, en defensa de su amiga.

—Tranquila, que ya lo hará de una forma tan sutil que ni te darás cuenta de que lo ha hecho —le dije.

Salí de allí y fui a recoger a Blanca, que conocía toda mi historia desde el primer día. Mi terapeuta me aconsejó que lo contara abiertamente, que no tenía nada de lo que avergonzarme, pues no era yo el verdugo de la situación, sino la víctima, y la primera con la que me abrí fue con ella, tomando un café.

—No me digas que esa hortera es la amiguísima —me dijo, cuando me vio llegar.

—La misma que viste y calza, y ha amenazado con abrirte los ojos —le respondí.

—La cabeza es lo que hay que abrirle a ella, por mala persona. Pobrecito de ese niño, ojalá y su padre se pueda hacer cargo de él, porque, de lo contrario, le espera un futuro demasiado negro —me dijo.

La cogí de la mano y nos dispusimos a salir de la discoteca, pero al llegar al guardarropa, allí estaba Marisa, como si nos estuviera esperando.

—Ahórrate de decirme nada, pues me importa tres carajos lo que tú me digas. Y ella, debería de haber hecho lo mismo que yo voy a hacer ahora, pasar de ti —le dijo, dándose media vuelta, sin hacerle caso, y yo solté una risotada.

Capítulo 23



Marta

Ni siquiera Carlos me había abierto las puertas de su casa. Para todo el mundo, yo era la mala, la que no lo había creído, pero es que, cuanto más conocía a Marisa, más inverosímil me resultaba su testimonio de esos años que vivió con ella.

Al final, esa noche me fui a un hostal, y al día siguiente, me busqué un pequeño apartamento de un solo dormitorio, ya amueblado y que podía pagar con mi sueldo. Ahora sí que no podía dejar mi trabajo en la discoteca, o tendría que comer piedras molidas, pues del sueldo de profesora me quedaría nada y menos a final de mes.

Esa noche me tocaba trabajar como camarera, y así se lo hice saber a Marisa, que me había invitado a cenar con unos amigos.

—Hoy no puedo, tengo que trabajar —le dije.

—Hija, que ganas de hacer doblete, con lo bien que lo ganas en el colegio. Bueno, tú sabrás, eso sí, si no me acerco esta noche a saludarte, no te lo tomes a mal, por favor, pero es que mis amigos son un poquito clasistas y no quiero que se burlen de ti cuando puedas quedar con nosotros, será mejor que tan solo te conozcan como mi compañera del colegio —me dijo, y asentí con la cabeza.

—Sí, sí, no te preocupes —le contesté, pero, aunque lo vi lógico hasta cierto punto, también me sentó mal, para que negarlo.

Mi relación con Carlos estaba fría como un témpano de hielo. Nos limitábamos a un saludo casi protocolario cuando nos cruzábamos en el trabajo y poco más.

—Yo los atiendo —me dijo, señalando a una esquina de la barra, que, casualmente, era en la que se solían poner Lucas y Hugo.

—Perfecto —le contesté, pues no es que me apeteciera ni una pizca, la verdad.

En un momento determinado, giré la cabeza y lo vi, riendo y en actitud muy cómplice y cariñosa con una morena guapísima. ¿Ya me había reemplazado? Joder, que pronto se le había pasado el amor por mí, con todo el por culo que dio con Marisa. Estaba mirándolos, cuando Carlos se acercó a mí, con muy mala baba, todo hay que decirlo.

—¿Pensabas que se iba a meter a monje? —me dijo, señalando a Lucas.

—Ni mucho menos, es muy libre de hacer con su vida lo que quiera, que para eso está soltero y sin compromiso —le dije, pero mi voz no aparentaba la calma y el pasotismo que yo quería aparentar, más bien todo lo contrario.

—Claro, claro, por eso estás que te comes por dentro. Mira, Marta, podrás engañar a quién te dé la gana, pero a mí, no, que te conozco demasiado bien. Sigues enamorada de ese hombre, y te aseguro que como no te des prisa, como no le des una patada en el culo a esa tiparraca, lo vas a perder para siempre —me dijo mi amigo, se dio media vuelta y siguió atendiendo al personal.

No pude apartar la mirada de ellos, ni siquiera cuando entró Marisa con sus amigos me sentó mal que me saludara con un gesto de cabeza, como si yo fuera escoria y ella una reina. Las amigas de verdad no actúan de esa manera.

El instante en el que los vi besarse en la pista, mientras que sonaba la canción de Carol G, fue para mí como si me arrancaran el corazón, pero no tenía derecho a reclamarle nada, había sido yo la que no lo había creído, la que lo abandonó por culpa de los chismes, unos que ahora empezaba a entender que era todo mentira, pero ya no podía recular. Marisa estaba muy bien vista en el colegio, sus padres eran amigos de la directora, y si me enfrentaba a ella,

podría correr el riesgo de terminar sin trabajo, y eso sí que no me lo podía permitir.

Me fijé en que Lucas iba hacia el baño, y vi como Marisa iba detrás, por lo que le hice un gesto a Carlos de que iba para el almacén, que estaba en el mismo pasillo, y salí siguiendo los pasos de los dos, tenía que enterarme de más, tenía que ver como Lucas trataba a Marisa.

Lo que escuché entre ellos no me gustó nada, porque seguían en las mismas, echándose la culpa de todo el uno al otro, por lo que la versión de mi compañera empezaba a cobrar más credibilidad. ¡Dios mío, estaba hecha un lío! En un momento dado tuve que intervenir, pero no me gustó el resultado, pues la cara de decepción de Lucas me tocaba el corazón.

Salieron de la zona de la discoteca, directos al guardarropa, y vi como Marisa ya estaba allí, como si estuviera esperando a que llegaran, y como se acercaba a la chica, por lo que me situé detrás de una columna, no con el fin de esconderme, sino porque me estaba mareando de todo lo vivido esa noche.

—Ahórrate de decirme nada, pues me importa tres carajos lo que tú me digas. Y ella, debería de haber hecho lo mismo que yo voy a hacer ahora, pasar de ti —le dijo la chica, dándose media vuelta, sin hacerle caso, y, entonces, escuché a Lucas reír, como antes lo hacía conmigo.

No recuerdo más, tan solo que, cuando me desperté, estaba en una camilla, con un gotero puesto y camino del hospital, Hugo me acompañaba, a pesar de todo lo que había sucedido, él estaba ahí, porque Carlos se había tenido que quedar a terminar el turno.

—No me mires así, jamás te dejaría sola en este estado. Eso sí, que te quede claro que tu amiga del alma ha hecho como si no te conociera. Es más, sus palabras exactas han sido: “seguro que se ha metido algo, como todos los que trabajan en la noche” —os juro que una pena me inundó el pecho, y no pude parar de llorar.

Me hubiera gustado que fuera Lucas quién me acompañara, pero eso ya era pedir demasiado. Todo el dolor que le había provocado no podía quedar inmune, y si encima estaba empezando algo con esa chica, no sería de recibo que la dejara tirada para estar conmigo en el hospital.

Al llegar allí y bajarme de la ambulancia, los médicos me llevaron a un box, donde me hicieron infinidad de pruebas, para terminar, diciéndome que el desmayo había sido la consecuencia de la acumulación de estrés, que me había provocado una crisis de ansiedad. Me pusieron un tranquilizante y me hicieron prometer que bajaría el ritmo. Como había sido la primera vez que me ocurría, no me pusieron ningún tratamiento, con lo que, una vez que me relajé lo suficiente y volví a respirar con tranquilidad, me dieron el alta.

—Ha sido una crisis de ansiedad. Tengo que bajar el ritmo, por lo que voy a despedirme del trabajo de la discoteca, prefiero comer poco y estar sana a tener la nevera llena y no poder comer por la ansiedad —le dije, pues era evidente que, en estos meses, había perdido mucho peso.

—Venga, vámonos a casa, que tengo que hablar contigo. Puedes volver, pero con la condición de que con esa mujer tan solo tengas una relación de compañeras de trabajo —me dijo Carlos, que acababa de llegar.

—No puedo, Carlos, lo siento. Además, ya me he acostumbrado a vivir sola, me vendrá bien un poquito de descanso y tranquilidad —le dije, sin explicar los motivos, que no eran otros que desenmascararla para poder librarme de ella en dirección.

—Sigues eligiendo como el culo, pero allá tú. Si no estás dispuesta, será mejor que nos vayamos. Ya te ha aislado de todo el mundo, como es su tónica habitual. Que te vaya bien, Marta, espero no tener que lamentar nada más gordo que una crisis de ansiedad —me dijo Carlos, que se levantó de la silla y cogió a su chico de la mano para salir de allí.

—Espera, no es lo que piensas…

—Lo que tú digas, Marta. Para ti, nunca es lo que piensan los demás. Te va a hacer daño, uno del que te va a costar salir, pero yo no soy nadie para obligarte a nada, ya has elegido y espero que no te arrepientas de tu elección.

Se giró y salió de allí, directos a coger un taxi que pasaba por allí en ese momento. Yo, no tuve fuerzas para moverme, me apoyé contra la pared y me fui dejando caer hasta sentarme en el suelo, con las rodillas encogidas y mi cabeza apoyada en ellas, y dejé salir todo lo que tenía dentro. Maldita la hora en la que creí las palabras de esa mujer, con lo feliz que yo era al lado de

Lucas, y lo había perdido todo, desde el amor hasta la estabilidad, pues en este momento me sentía perdida como nunca lo había estado.

Capítulo 24



Lucas

Iba de camino a mi casa, después de dejar a Blanca en la suya, cuando sonó mi teléfono, era Hugo, y me extrañó, puesto que nos habíamos despedido de él y había asegurado que se quedaba a esperar que Carlos terminara el turno.

—Lucas, es Marta, está en el hospital, pero no te alarmes que no es nada preocupante —me dijo.

—Justamente cuando se dice eso de no te alarmes, es cuando la persona se alarma más. ¿Qué ha pasado? —le contesté.

—Se ha desmayado. El doctor de la ambulancia dice que puede ser por el estrés, pero que lo determinarían mejor en el hospital, cuando le hicieran las pruebas pertinentes. Yo estoy aquí, con ella.

—Joder, ¿qué hago? ¿Voy para allá? —pregunté, pues una parte de mí me decía que fuera, mientras que la otra me decía todo lo contrario.

—No, será mejor que no lo hagas, yo te mantendré informado de todo, no te preocupes.

—Cualquier cosa me llamas, por favor. Estaré despierto, esperando tus noticias —le contesté.

Los minutos parecían horas, me había duchado, cambiado de ropa, preparado una infusión, y seguía sin saber nada. Dos horas después, Hugo me envió un mensaje, y entendí que ya me contaría todo al día siguiente.

Hugo: *Todo bien, ha sido el estrés. Le han recomendado bajar el ritmo. Nos volvemos a casa.*

Lucas: *Gracias, amigo. Llámame cuando te despiertes y hablamos.*

Hugo: *Mejor, prepara comida para tres y nos apalancamos en tu casa.*

Lucas: *Eso está hecho. Nos vemos mañana, que descanséis.*

Me metí en la cama con la tranquilidad de que no era nada, pero con un pellizco en el pecho que me decía que eso no tenía nada que ver con el estrés, pero sí que lo tendría, y mucho con la manera de tratarla de Marisa. Yo había empezado así, y no quería que ella terminara de la misma manera, por lo que se me ocurrió una cosa.

El lunes, a primera hora, llamaría a mi terapeuta, y le pediría que me enviara los videos que grabábamos en cada sesión. Se los enviaría a Marta, que ella decidiera si quería saber la verdad o no, pero que en mi conciencia no quedara que no la había ayudado.

El domingo transcurrió muy tranquilo, finalmente, Carlos y Hugo me avisaron de que no vendrían a comer, que estaban muy cansados y preferían quedarse en casa. Eso sí, me llamaron para contarme todo lo que había pasado en el hospital, y tuve más claro aún, si eso era posible, que tenía que hacer algo por Marta, antes de que terminara hundida en el fango.

Justo estaba terminando el día, cuando llamaron a mi puerta, era Marisa, y abrí la puerta casi sin dejarla ver el interior. Estaba seguro de que vendría para ver si Blanca estaba conmigo, pero no se lo iba a permitir, aunque mi suposición no tenía nada que ver con el motivo de su visita.

—Buenas tardes, Lucas. ¿Puedo pasar? —me preguntó, con demasiada amabilidad.

—Buenas tardes serán para ti, a mí se me acaba de agriar con tu presencia. Y no, no puedes pasar, lo que tengas que decir me lo dices aquí —le dije, dejándola en el descansillo de la escalera.

—Está bien, me da igual. Quiero que sepas que me lo he pensado mejor y no es justo que yo cargue sola con este bebé, cuando es de los dos. Mañana solicitaré una prueba de paternidad, para que no te quepa ninguna duda de que eres el padre, y quiero que tengamos custodia compartida —me dijo, dejándome a cuadros.

—¿De qué coño estás hablando, Marisa? Te pregunté y me dijiste que el niño no era mío —le dije, enfadado.

—Pues he cambiado de opinión, así de sencillo. Ya tendrás noticias de mis abogados.

Tal y como dijo eso, se dio media vuelta, se subió en el ascensor y se largó. Y yo me quedé en la puerta con cara de gilipollas, y una sensación de lo más desagradable. No era por el hecho de ser padre, para nada, porque me encantaban los niños, era porque ella era la madre, y eso me traería más de un quebradero de cabeza, lo tengo clarísimo.

Me fui a la cama con un terrible dolor de cabeza, de darle tantas vueltas a todo. Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados, y no sabía si era para bien o para mal, eso tan solo el tiempo lo diría.

Lunes por la mañana y yo seguía igual con el dolor de cabeza, y me daba la impresión de que me duraría más de un día, porque no paraba de darle vueltas a todo. Lo primero que hice fue llamar a mi terapeuta, para ponerlo al día y pedirle los videos.

—Si estás completamente seguro, no tengo ningún inconveniente en enviarlos todos ahora mismo. Dame un minuto y los tendrás en tu correo electrónico —me dijo.

—Con el tema del bebé. ¿Qué hago? Porque no quiero tener que verla constantemente, la verdad —le pregunté.

—Es tu hijo, y él no tiene la culpa de lo que ha sucedido entre su madre y tú. Aunque hay muchas opciones para no tener que verla en el intercambio del niño, pero no te preocupes, que todo eso lo puedes mirar cuando nazca el bebé —me dijo, dejándome algo más tranquilo.

Efectivamente, en diez minutos tenía los vídeos en mi correo electrónico. Pensé en reenviárselos, pero entonces decidí que sería mejor llevárselos en persona y dárselos en mano. Tal vez no me quisiera escuchar, pero prefería decirle todo cara a cara.

Me fui directamente al trabajo, en la oficina los pasaría a un pendrive y se los llevaría por la tarde. No sabía dónde vivía, pero sí donde podía encontrarla, aunque eso supusiera tener que verle la cara a Marisa, pero me daba exactamente igual.

—Buenos días, Sebas. Lo de siempre, por favor —le dije, y me notó bajo de ánimos.

—Buenos días, hoy con extra de azúcar, cortesía de la casa —me contestó, y le sonreí.

—Será porque me ves cara de amargado —le respondí, con cierta ironía.

—De amargado, no, pero de agobiado, muchísimo. ¿Me permites darte un consejo? Búscate una buena compañera de vida, no hay nada mejor como volver a casa, poder contarle tu día a una mujer, que ella te dé mimos y sentirse querido —me dijo, sin esperar mi respuesta.

—En ello estoy, pero todas me salen ranas, Sebas.

—Pues sigue besando sapos hasta que encuentres a la que se convierta en princesa —me dijo, y solté una carcajada, porque él era así, capaz de sacarte una en tus peores momentos.

La mañana, y contra todo pronóstico, se me pasó rapidísima. Cuando me quise dar cuenta, era mi hora de salida. Había llamado al centro en el que trabajaba Marta haciéndome pasar por un padre, para ver si esta tarde tenía tutorías, y me dijeron que tan solo tenía una que la había puesto a las tres de la tarde, por lo que me daba tiempo a llegar antes de que ella saliera.

Recogí mis cosas rápidamente, metí el portátil en mi mochila y salí disparado a mi coche. Últimamente solía llevármelo y seguía trabajando en mi casa, así me entretenía e iba adelantando trabajo. Como siguiera así, llegaría un momento en el que le tendría que pedir trabajo a mis compañeros, como me decía Juan, mi jefe.

Me planté en la puerta del colegio, hasta que la vi bajar las escaleras, que fue el momento en el que salí del coche, junto a ella venía Marisa, pero ya no veía a Marta tan contenta como en días anteriores. Me aclaré la garganta, respiré hondo y me dispuse a darle el encuentro.

—Buenas tardes, Marta, ¿podemos hablar un momento? —le pregunté, y vi como se sorprendía por mi presencia.

—Ella no tiene nada que hablar contigo, y si es por lo del niño, ya se lo he dicho yo — dijo la arpía de Marisa.

—¿Te llamas Marta y estoy hablando contigo? No, ¿verdad? Pues deja ya de anular a la gente de una puta vez —le respondí, y vi como se quedaba ojiplática por mi manera de dirigirme a ella, pues no estaba acostumbrada a que yo la enfrentara.

—Marisa, te veo mañana. Dime, Lucas, ¿en qué puedo ayudarte? —me contestó Marta, con el consiguiente enfado de la otra.

—Te vas a arrepentir de esto, te lo aseguro —le dijo, en tono amenazante y bajando las escaleras.

—¿Has comido ya? —le pregunté.

—No, no me ha dado tiempo, aunque tampoco es que tenga mucha hambre, la verdad —me respondió.

—No puedes seguir así, y por eso quiero mostrarte algo. Será mejor que lo hagamos en un sitio más privado, no quiero que esté a la vista y el oído de todo el mundo.

—Está bien, vayamos a mi casa, allí estaremos tranquilos y puedo preparar algo de comer.

—No, la comida corre de mi cuenta, ya la he encargado en un restaurante, tan solo tenemos que pasar a recogerla —le dije, indicándole donde tenía el coche.

Capítulo 25



Nos sentíamos cortados, pero no sé si realmente era esa la sensación o se trataba de los nervios que ambos teníamos. Mientras yo sacaba la comida de los recipientes, Marta puso la mesa. A ninguno de los dos nos entraba bocado alguno, pero teníamos que comer, ella cada vez estaba más delgada, justo como me pasaba a mí durante mi relación con Marisa.

—Tú dirás, ¿qué querías mostrarme? —me preguntó, justo cuando terminábamos de comer.

—Quiero que veas los videos de mis sesiones de terapia, como llegué y como me encuentro ahora. En ellos podrás comprobar que todo lo que te dije era cierto —le respondí.

—No hace falta si no quieres, Lucas. De todas formas, ya da igual, he tirado por la borda todo lo que teníamos, y ahora que sabes que el hijo que espera Marisa es tuyo, mucho menos. Ella dice que va a hacer todo lo posible por que volváis, me lo dijo esta misma mañana, a mí y a todo el claustro de profesores —me contó.

—Lo nuestro se puede recuperar, Marta, yo sigo enamorado de ti como el primer día, y con respecto…

—¿Y la mujer del viernes? ¿No significa nada? —me preguntó, interrumpiendo mi discurso.

—¿Blanca? —pregunté, y ella asintió con la cabeza —Se ha convertido en una de mis mejores amigas, y significa mucho en mi vida, pero no como estás

pensando. Lo de la discoteca fue para ponerte celosa, y lo ideó ella en el momento en el que te vio. Jamás tendríamos nada juntos, entre otras cosas porque ella es lesbiana.

—¿Me hablas en serio?

—Completamente, ¿por qué?

—Joder con la morena, pues cualquiera lo diría por la manera en la que te besó. Si hasta me di cuenta de que te excitaste, Lucas.

—Sí, claro que lo hice, pero porque pensaba que era a ti a quién estaba besando, y así se lo dije a ella, para que no hubiera equívocos entre nosotros.

Marta preparó un café y nos sentamos en el sofá de su minúsculo salón, pues su casa era como una cajita de cerillas. Le dije que sacara un portátil para poner el pendrive, y me dijo que podía ponerlo en la televisión, y así verlo y escucharlo mejor.

—Si quieres verlo a solas, te lo dejo y me marcho, no tengo ningún problema —le dije, pues no sabía si quería verlo a mi lado.

—Prefiero que lo veamos juntos, y así poder preguntarte las dudas que me surjan. Quiero que quede todo claro y que, si decidimos volver, no haya nada ni nadie que se interponga entre nosotros —me dijo, y lo entendí, por lo que asentí con la cabeza.

—Como prefieras, por mí no hay problemas. Tan solo quiero pedirte una cosa, escucha esos testimonios como si fuera un documental, como si no fuera yo el que estuviera hablando. Esa será la única forma en la que lo veas todo de manera objetiva —le dije, esperando que, con eso, tuviera suficiente para darle la patada a Marisa.

Durante más de dos horas estuvimos viendo las sesiones, pero llegó un punto en el que ya no pudo ver más. Sus ojos estaban anegados en lágrimas, y no pudo hacer otra cosa que abrazarme, donde rompió del todo.

—Lo siento, lo siento, de verdad que no me imaginaba que lo habías pasado tan mal —me dijo, entre hipidos por el llanto.

—No tienes nada que sentir, Marta. Ella es así, tiene la capacidad de anular la voluntad de las personas a las que quiere manipular, y tú has sido una de ellas —le respondí.

—Es una hija de puta, un lobo con piel de cordero, pero pienso desenmascararla —me dijo, muy convencida.

—No lo hagas, por favor. Es capaz de darle la vuelta a todo, otra vez. Déjalo estar. Y con respecto al niño…

—Pide la custodia completa, por lo que tú más quieras. No dejes que ella tenga ese poder sobre el niño —me dijo.

—Lo primero que pienso pedir es una prueba de paternidad, partiendo de ahí, y sabiendo como es, no puedo demostrar mi interés en ese niño, tengo que hacer como que me da igual, porque entonces, será peor y hará todo lo contrario de lo que quiero —le dije.

Casi sin darnos cuenta, era la hora de cenar y seguíamos charlando de lo mismo. Acordamos que volveríamos, pero poco a poco, como al principio, ya que no quería hacerlo de golpe, necesitaba que ella estuviera completamente segura de mí, que pudiera ir dejando a un lado su “amistad” con Marisa, pero que lo hiciera progresivamente, no de manera abrupta que le pudiera dar señales de lo que estaba pasando.

—No te vayas, por favor. Quédate esta noche a dormir conmigo, te necesito —me dijo.

—¿Estás completamente segura de eso? —pregunté.

—Más que nunca. Ahora mismo preparo algo de comer. Eso sí, no tengo ropa para que te puedas poner cómodo.

—¿Tienes una manta?

—Claro, en el armario hay alguna, y pantalones de pijamas que me quedan grandes, lo mismo puedes utilizar alguno —me respondió, con una sonrisa.

Hice eso, entré en el dormitorio, me quité la ropa y saqué una manta para taparnos en el sofá. En esa cama no cabíamos los dos ni de cachondeo, menos mal que me había dicho que el sofá se convertía en cama de matrimonio. Cogí uno de los pijamas, el más ridículo que encontré, pues mi intención era hacerla reír, ya que el ambiente se había enrarecido bastante después de ver los vídeos. Como parte de arriba, y gracias a Dios, me había puesto una camiseta interior debajo del jersey, pues hacía muchísimo frío esa mañana, así que utilizaría esa.

—¿De qué te has disfrazado? —me preguntó, soltando una carcajada cuando me vio aparecer por la cocina.

—¿No te gusta mi atuendo? Joder, pues pensaba bajar la basura así vestido —le contesté.

—Con todos los pantalones que había, y has tenido que coger precisamente ese, el más hortera y ridículo de todo el armario —me dijo, sin poder parar de reír.

—Eso era lo que pretendía. ¿O vas a decir que no te has echado unas buenas risas a mi costa?

—Y tanto que lo he hecho. Anda, vamos a cenar que llevamos un día de comida hoy, para matarnos a los dos —me dijo.

Con el pollo que había sobrado de la comida del mediodía, había hecho unos sándwiches que tenían una pinta estupenda, así como unas patatas fritas para acompañar.

—Esto está delicioso, me tienes que dar la receta. Yo, en mi casa, lo hubiera tirado sin pensarlo —le dije.

—Uy, tú no sabes lo que es llegar a fin de mes sin un céntimo y tener que improvisar varias comidas con las cuatro cosas que hay en la nevera —me respondió, y me dio una pena horrorosa.

—Quiero proponerte algo y que no te molestes. No quiero que trabajes más en la noche. Ese dinero te lo puedo dar yo, y así descansas y te centras en tu trabajo y en nosotros. ¿Qué me dices? —le propuse, con algo de miedo.

—Pensaba dejarlo, pero no quiero que me des nada. Con lo que cobro y lo que tengo ahorrado, puedo ir tirando.

—Está bien, pero solo si me prometes que, si algún día necesitas algo, me lo vas a pedir. Ah, y de la nevera, a partir de ahora, me ocupo yo —le dije, sin que tuviera opción a réplica.

Nos acurrucamos en el sofá, que abrimos en cuanto que terminamos de cenar, y pusimos una película en la televisión. Eso era todo lo que buscaba en la vida, tener momentos como esos, como si fuéramos una familia consolidada, esa que esperaba conseguir con el tiempo, y me había dado cuenta ahora. Me sentía completo por primera vez en mucho tiempo.

Tan solo hubo un par de besos, porque ninguno de los dos queríamos ir más allá, no por falta de ganas, sino porque queríamos que, cuando eso sucediera, ambos estuviéramos completamente seguros de que no nos volveríamos a separar.

A la mañana siguiente, cuando me sonó el despertador, que había puesto un poco antes para que me diera tiempo de ir a mi casa y de cambiarme de ropa, Marta abrió los ojos.

—Sigue durmiendo, yo me voy ya, que tengo que pasar antes por mi casa —le dije.

—Quiero que volvamos a desayunar juntos, como antes —me dijo.

—Lo empezaremos a hacer este fin de semana, pero en mi casa, por lo que tú más quieras, que voy hoy a trabajar como un muñeco de Playmobil, no puedo mover la espalda —le dije, y soltó una carcajada.

—No te preocupes que, a partir de ahora, las noches que pasemos juntos lo haremos allí, me llevaré algo de ropa para no tener que estar yendo y viniendo en todo el fin de semana —me aclaró, y me gustó la idea.

Capítulo 26



Ese día me habían citado en una clínica para hacerme la prueba de paternidad prenatal que ambos habíamos acordado realizar antes del nacimiento del niño. Lo hicimos todo a través de abogados y del juzgado, porque no me fiaba de ella y de que pudiera pagar para falsificar los resultados.

—Menos mal que apareces, vamos con diez minutos de retraso —le dije al verla llegar, pues ni siquiera en esto era puntual.

—Ay, chico, no me seas plasta con el tema de los horarios. Si no he venido antes ha sido porque no he podido. A ti te daba yo esta barriga para vestirte y moverte, cada día que pasa me arrepiento más de no haber abortado —me dijo, tanteándome para ver mi reacción, pero le mostré todo lo contrario a lo que pensaba.

—Chica, pues lo hubieras hecho, así me habrías ahorrado todo el disgusto —le dije, levantando los hombros, como si me diera igual.

No me contestó, simplemente se limitó a entrar en la clínica sin apenas mirarme, pero no le hice caso, entré detrás de ella, acompañado de mi abogado, al igual que ella.

No tardaron más de diez minutos en tomarnos las muestras. A mí me la cogieron del interior de la mejilla, y a ella le sacaron líquido del interior del vientre, a través del ombligo. Nos dijeron que nos enviarían los resultados en unos tres días mediante correo electrónico.

—En cuanto tenga los resultados, tendrás noticias de mi abogado —me dijo al salir.

—Me parece perfecto. Buenas tardes —respondí.

Cuando nos quedamos a solas mi abogado y yo, empezamos a programar todo lo que haríamos en el momento en el que supiera que el niño era mío.

—He decidido que esperes a que dé el primer paso, y sobre eso, miramos que decisiones tomar —me aconsejó el abogado.

—Creo que sé lo que va a hacer, pero ojalá me equivoque —murmuré, más para mí que para nadie.

Miré el reloj, pues había quedado con Marta para ir al cine esa tarde, y luego ir a comer algo por ahí, pero sin pasarnos de hora. Cada día nos apetecía menos salir de casa por la noche, no solo a mí, sino también a mi chica, que decía que ya estaba harta de trasnochar, que ahora lo que le gustaba era disfrutar de un plan tranquilo, preferentemente sin tener que salir.

—¿Qué tal ha ido todo? —me preguntó, en cuanto descolgó la llamada.

—Pues ni más ni menos que como esperaba que actuara Marisa —le dije y le conté lo que había hablado con el abogado.

—Sí, será lo mejor y así no adelantarse a los acontecimientos.

—Bueno, te llamaba para decirte que ya voy para mi casa, que te recojo en diez minutos, más o menos.

—Te iba a proponer un cambio de planes, pero si no te apetece, me visto ahora mismo y bajo.

—¿Quieres quedarte en casa?

—La verdad es que sí, estoy aquí tan a gusto…

—Sin problemas, compro palomitas y gominolas y me las subo. Podemos ver una película de las plataformas. Lo cierto es que a mí tampoco me apetece

salir, hace demasiado frío —le dije, y era verdad, prefería quedarme en mi casa, en pijama y con una mantita a tener que estar en la calle.

Entré en una pastelería que vi de camino al coche, y compré una bandeja de pasteles de los que nos gustaban a nosotros, así como croissants, que haría por la noche rellenos de tortilla y de ensalada de pollo. Al salir, vi una tienda de chucherías, y me hice con un buen surtido de gominolas, además de con dos paquetes grandes de palomitas, una con caramelo y la otra normal, que metería en el microondas para que estuvieran calentitas, refresco teníamos en casa.

—Ya he llegado —dije, pero no vi a Marta por ninguna parte y pensé que se había quedado dormida.

—Hola amor —me contestó, saliendo de la ducha tan solo con un albornoz.

—Ummm, que buen recibimiento —le dije, acercándome a ella y acercándola a mí.

—Sí, podía haber sido peor, aunque también puede ser mejor —me respondió.

Sin que ella se lo esperara, tiré del cinturón del albornoz, dejándola con él abierto y su cuerpo desnudo al alcance de mi vista. Sin prisas, pero sin pausa, ayudé a que cayera al suelo, deslizándolo por los hombros.

—Eres preciosa, y no tienes ni idea de lo que deseaba que llegara este momento —le dije, para besarla después.

—Claro que lo sé, porque yo llevo sintiendo lo mismo desde hace mucho tiempo —me respondió.

Ella ya estaba completamente desnuda, pero yo, aún llevaba la ropa puesta, aunque no me duró mucho, pues Marta se encargó de ir deshaciéndose de todas ellas, una a una. Sin pensarlo, y una vez que estuvimos completamente desnudos, la cogí en brazos, haciendo que enroscara sus piernas en mi cintura, sintiendo mi miembro, duro y erecto, sobre su sexo. En un solo movimiento,

consiguió que estuviera dentro de ella, por lo que, para no perder fuelle, la apoyé contra la primera pared que me encontré.

—Dios mío, esto es el paraíso —dije, lamiendo y besando su cuello, pues su clavícula era algo que me volvía loco.

—No pares, por lo que más quieras —me pidió, entre jadeos.

—Marta, no hemos tomado precauciones —le contesté, pero sin dejar de bombear en su interior.

—Tengo puesto un DIU desde hace mucho tiempo. Yo estoy limpia y tú también, no necesitamos nada más que nuestros cuerpos —me dijo, y ese fue el pistoletazo de salida para mí.

Salí de su interior en cuanto que noté que iba a tener su primer orgasmo. Me arrodillé ante ella, puse su pierna sobre mi hombro, y me lancé a saborearla, no había nada que me enloqueciera más que su sabor. Con dos o tres pasadas de mi lengua por su clítoris, llegó al clímax, entre gritos, por la intensidad que lo sintió.

Nos trasladamos a la cama, donde se situó de rodillas, apoyada en el colchón con sus manos y piernas, y mirándome como diciendo: "¿a qué estás esperando?" Esa ingenuidad disfrazada de descaro me volvía loco, y no la hice esperar. Me situé a su espalda y la penetré de una fuerte y certera embestida, que casi hace que se golpee con el cabecero de la cama, pero le dio igual.

Mientras yo entraba en su vagina, ella venía a darme el encuentro con su trasero, haciendo que la penetración fuera más profunda, llegando al fondo de ella y provocando que, en pocos minutos tuviera otro orgasmo.

Esta vez fue ella la que cogió las riendas de la situación, me tumbó en la cama y se sentó a horcajadas sobre mi cuerpo, inclinando el suyo hasta llegar a mi miembro. No me esperaba lo que iba a hacer, pero tampoco la detuve. Lamió mi pene desde la base hasta la punta, haciendo círculos con su lengua alrededor de mi glande.

Cuando noté que se lo introdujo en su boca, fue como tocar el cielo con las manos. Era la primera vez que lo hacía así, sin protección, y sentir su calor y

su humedad, hizo que no pudiera aguantar mucho más.

—No puedo más, Marta, si no quieres que termine ahí, será mejor que te apartes —le dije, pues recordaba que a Marisa le daba mucho asco que lo hiciera.

Ella, lejos de apartarse, la introdujo más adentro, y empezó a succionar de una manera que no aguanté su ritmo, corriéndome y derramándome en el interior de su boca. No era como tenía previsto terminar, pero la verdad es que me encantó, sobre todo cuando, a la hora de sacarla, ella lamió lo que quedaba de mi semen, de una manera de lo más seductora y caliente.

—Creo que nos debemos una ducha —me dijo, sonriente.

—Si, yo creo que también —le dije, tomando su mano para que me acompañara.

Había sido el culmen de la reconciliación, y no podía haber sido mejor. Una vez en la ducha, me enjaboné las manos y me dediqué a lavar su cuerpo, como si se tratara de una pieza de porcelana de incalculable valor, porque así la sentía, pero de una manera en la que la fui encendiendo poco a poco. Cuando ya la tuve en el punto que quería, le di la vuelta y la puse de cara a la pared, levanté sus caderas y la penetré por detrás.

No fue algo lento ni romántico, fue algo pasional, fuerte y duro, como nos gustaba a los dos hacerlo en determinados momentos, como era ese. No duramos mucho ninguno de los dos. Ella alcanzó el orgasmo pocas penetraciones después, y me dejé llevar, yéndome justo detrás de ella, y haciendo que su orgasmo se prolongara.

Salimos de la ducha y nos secamos mutuamente, pero sin dejar de mirarnos a los ojos. Ninguno de los dos se volvió a vestir, nos sentamos en el sofá tan solo con un albornoz limpio y seco, pues sabíamos que la noche tan solo acababa de empezar para nosotros.

Capítulo 27



Tres días después de esa noche, y estando en casa los dos después del trabajo, llamaron a la puerta. Fue Marta la que abrió, pues ya pasaba más tiempo en mi casa que en la suya y, poco a poco, se fue trayendo todas sus cosas.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —le preguntó Marisa cuando vio que era ella la que abrió la puerta.

—Es mi novia, ¿dónde va a estar? —le respondí.

—No me puedo creer que hayas vuelto con él, cuando, encima, estoy esperando un hijo de él. Pero bueno, allá tú con las consecuencias —le dijo Marisa, bastante enfadada.

—Ya estoy harto de que la amenaces en mi presencia, te rogaría que no te dirigieras a ella en esos términos —le dije, dejándola planchada, pues esperaba que me quedara callado, como había hecho siempre.

—Tengo que hablar contigo, ya tenemos los resultados —me dijo, entrando como si aquella todavía siguiera siendo su casa.

—No lo he visto, dame un minuto que lo compruebe.

Cogí mi teléfono móvil de encima de la mesa, que era donde tenía mi correo personal y, efectivamente, allí estaba el mensaje del laboratorio.

De: laboratoriosadnprofesional@gmail.com

Para: garcialagastalucas@gmail.com
Asunto: Resultados de prueba de paternidad.

Tras realizar los análisis correspondientes a las dos muestras con el fin de encontrar el porcentaje de coincidencia en ADN, tenemos a bien informales que los resultados que han arrojado indican que son padre e hijo a un noventa y nueve por ciento.

Laboratorios ADN Profesional.

Era mi hijo, y como tal, no lo iba a dejar tirado, pero no podía demostrar interés delante de Marisa, pues entonces lo tendría todo más negro que el sobaco de un grillo, porque utilizaría al niño para hacerme daño.

—Es mi hijo, ¿y? —le pregunté.

—Cómo que, ¿y? Digo yo que tendremos que ponernos de acuerdo en todo —me contestó, esperando a ver por dónde iba a salir yo.

—Mira, no tengo ganas de discutir. Tú pon en un documento todo lo que quieres, ya veremos si estoy de acuerdo o no.

—Esto no va así, no te vayas a pensar que con pasar la pensión alimenticia ya vas a tener bastante. No me pienso sacrificar por un hijo que ni siquiera he querido traer al mundo. Me quedan dos semanas para dar a luz, ya veré lo que hago.

—Lo que hagas, bien hecho está —le dije, y la dejé fuera de juego.

Ella esperaba que le contestara que quería ver al niño, que quería ejercer de padre, para manipularme de nuevo, para decir que éramos una familia que deberíamos de estar juntos, y luego, cuando me tuviera en el mismo lugar de antes, amenazarme con él, con que se lo iba a llevar lejos, que no servía como padre, y demás, pero le salió el tiro por la culata.

Todo esto ya lo había hablado con mi terapeuta, que me aconsejó que escondiera mis sentimientos por ese bebé hasta que todo estuviera en su lugar. Ni siquiera había preguntado si era niño o niña, o el nombre que iba a llevar, aunque me muriera de ganas por saberlo.

Con respecto a Marta ella estaba al tanto de toda mi estrategia, así que nos dejó a solas en el salón, mientras se fue a la cocina para preparar café. Su relación con Marisa se había limitado a las horas laborales y los temas escolares que tenían que tratar, nada más, y eso tenía a mi ex más furiosa que nunca.

La vi salir de mi casa con una sonrisa de lo más ladina, y supe al instante que algo estaba planeando para joderme, por lo que se lo advertí a Marta.

—Esta está tramando algo que nos va a joder. No sé lo que es, por lo que te pido por lo que más quieras que ni la escuches ni te pongas en peligro con ella —le dije, pues la vi capaz de todo.

—Eso lo he pensado yo también, aunque sé lo que puede ser. Va a hablar con la directora para echarme del trabajo —me dijo, algo preocupada.

—Ojalá y solo sea eso, perjudicarnos económicamente. Con mi sueldo y mientras que no encuentras nada, podemos vivir. Y hablando de todo eso, creo que ya va siendo hora de que dejes esa cajita de zapatos que tienes como casa y termines de trasladar tus cosas aquí. Te ahorras el alquiler, porque estás pagando para nada.

—Tienes razón en eso, en ambas cosas, en que, si solo es perjuicio económico, se puede salir, y en que estoy regalándole mi dinero al arrendatario, porque tan solo voy a por más ropa —me dijo, sonriente.

—Venga, vamos a aprovechar la tarde y nos traemos lo que te falta. Así podrás avisarle de que te vas y podrás recuperar la fianza.

Nos pusimos un chándal, pues para cargar cajas no nos íbamos a poner el traje de noche, cogimos un chaquetón y nos montamos en el coche, poniendo rumbo a su casa. Antes de llegar, paramos en un supermercado a comprar cajas de mudanza, de esas de cartón de usar y tirar, para poder transportar todo lo que le faltaba por traer.

—Listo, esta es la última caja para llevarnos al coche —me dijo, saliendo con una en las manos.

—¿Tiene algo que se pueda partir? —le pregunté, y negó con la cabeza.

Como me dijo que no se partía nada, se la quité de las manos y la lancé al suelo de cualquier manera, sin cuidado, la cogí en brazos y la besé como estaba deseando desde que cruzamos el umbral de su puerta.

—Creo que deberíamos despedirnos de esta casa en condiciones —le dije, levantando ambas cejas repetidamente.

—Sí, yo también lo creo —me dijo y, de un empujón, me sentó en el sofá.

Se puso a horcajadas sobre mi regazo, no sin antes bajarse el pantalón y quitarse la sudadera. No teníamos prisa, pero no queríamos demorarnos tampoco mucho, por lo que fue un aquí te pillo, aquí te mato de manual. Ambos estábamos listos, así que no nos hicieron falta preliminares. Marta levantó sus caderas y se penetró con mi miembro, que ya apuntaba erecto y duro como una piedra. Me cabalgó como la mejor amazona del mundo, mientras que yo me deleitaba con sus pechos y amasaba sus nalgas con mis manos, ayudándola a que cogiera el ritmo que nos gustaba a los dos.

—No aguanto más, preciosa —le dije, pues era cierto, estaba aguantando hasta que ella alcanzara el clímax de nuevo.

—Tócame —me dijo, y eso me terminó de desatar.

Pocos minutos después, ambos gritábamos de placer, hasta el punto de casi perder la voz. Cuando fuimos capaces de respirar con normalidad, nos miramos a los ojos, puesto que había sido igual de intenso para los dos. Nos besamos de nuevo y, sin decir una palabra más, nos levantamos para ir a asearnos y vestirnos para salir de allí.

—He llamado al casero, y me ha dicho que me devolverá la fianza hoy mismo. Quiere que deje las llaves en el buzón —me dijo Marta.

—No es lo más seguro, pero si él te lo ha pedido así, pues lo tendremos que hacer de ese modo —le respondí.

—Él vive en el bloque, tan solo que ha salido. No tardará mucho en recogerlas de ahí —me aclaró.

—En ese caso, me quedo más tranquilo.

Bajamos la caja que nos quedaba, no sin antes revisar que no se dejaba nada en su interior, y cerramos la puerta con llave. Era como cerrar el pasado y abrir una puerta al futuro, a uno que nos esperaba como pareja, como la familia que quería formar con ella.

Llegamos a casa, donde descargamos las cajas, que no eran muchas, la verdad. Las dejamos en el cuarto de invitados, donde Marta había ido guardando su ropa, pues decía que tenía mucha y que en el mío se iban a terminar arrugando. La vez anterior también lo hizo así. Eso sí, todo su maquillaje y productos de belleza lucían en el baño de mi habitación, ahí no le importaba que todo estuviera apretujado, pero a mí, todavía me importaba menos.

Por primera vez en mucho tiempo me sentía feliz. Ni que decir tiene que seguía acudiendo al gimnasio, al que Marta venía algunas veces, y que se partía de la risa con las ocurrencias de Blanca, que se había convertido también en alguien importante en su vida, al igual que lo era en la mía desde el momento en el que la conocí.

—Blanca me ha enviado un mensaje, nos invita a cenar a su casa —le dije a Marta.

—Dile que venga ella mejor, que estoy como loca por darme una ducha calentita y reconfortante…

—No, mejor le digo que lo deje para mañana, que ahora quiero compartir esa ducha contigo, y vamos a tardar en salir, ya te digo yo que sí, que no llegamos para la cena —le respondí, y ella empezó a reír.

—No puedo contigo, de verdad que no —me respondió.

Capítulo 28



Marta

Llegué esa mañana al colegio, pero tenía una sensación de lo más extraña, como cuando intuyes que algo va a pasar, pero no sabes qué va a ser. No le di la mayor importancia, me despedí de Lucas en la puerta, pues había conseguido entrar una hora más tarde y salir una hora antes, para así coincidir conmigo, esas dos horas, su jefe decía que las había trabajado ya de sobra con todas las veces que había salido más tarde o trabajado desde su casa.

—Nos vemos luego, preciosa. Ya sabes, mil ojos, por favor —me dijo, como hacía todos los días desde que Marisa estuvo en nuestra casa aquella tarde.

—Te quiero, te espero en la puerta a la salida —le respondí, dándole un beso en los labios.

—Yo te amo más a que nadie en el mundo —me contestó, como solía hacerlo siempre.

Lo vi como enfilaba la calle abajo del colegio, y subí las escaleras para fichar antes de bajar a mi clase, que se encontraba en la planta baja. Nada más pasar mi tarjeta por el lector, me saltó un mensaje para que pasara por el despacho de dirección.

Lo sabía, eso era lo que iba a intentar Marisa para desestabilizarnos, dejarme sin trabajo para ver mermada mi capacidad económica y que tuviera

que volver al mundo de la noche, pero no lo iba a conseguir, porque esa etapa ya había pasado.

—Buenos días, Rocío, me ha saltado que querías verme —le dije, tras llamar a la puerta.

—Buenos días, Marta. Sí, quiero hablar contigo y que me cuentes tu versión sobre algo que ha llegado a mis oídos —me dijo, muy seria, pero también muy amable.

—Pues, nada, tú dirás que es lo que quieres que te aclare —respondí, con la misma amabilidad y sonriendo.

—Verás, me han informado que estás viviendo con el padre del hijo de tu compañera Marisa. Me dicen que te has metido en esa relación y que, hasta que no la ha abandonado, no has parado. No es que me importe la vida personal de mis empleados, pero lo que sí me importan son los valores de cada uno de ellos. Si esto es cierto, no encajarías con lo que buscamos en el centro —me explicó, y supe lo que tenía que hacer.

—Quiero que veas los vídeos de este pendrive, y cuando lo hagas, me llames, y yo te aclaro todo eso que te han dicho, porque, a lo mejor la que no encaja con los valores del centro es mi compañera. Tan solo te voy a adelantar que, cuando yo conocí a Lucas, ellos ya no están juntos. Es más, mi novio se enteró de que iba a ser padre, hace poco tiempo.

Le puse el pen encima de su escritorio, mientras que ella me miraba como si no le cuadrara nada. Por supuesto, lo hice con el consentimiento de Lucas y con la condición de que aireara su historia solo si mi trabajo estaba en riesgo por sus mentiras.

Me bajé a mi clase con una sonrisa, pues esperaba que esta vez no ganara la maldad, sino la verdad. Justo cuando yo llegaba a la puerta de mi clase, me crucé con ella, que me miró con una sonrisa de lo más sarcástica, como si estuviera esperando a que yo le recriminara algo, pero no lo hice, tan solo le di los buenos días, y entré a ver a mis niños, que ya estaban llegando.

Di mis clases y a la hora del recreo, Rocío bajó a buscarme. Traía la cara descompuesta, y eso era signo evidente de que había visto los videos, aunque

no creo que le diera tiempo de llegar al final, pero estaba segura de que había visto los más importantes.

—¿Podemos hablar, Marta? —me dijo, señalando mi clase.

—Sí, por supuesto. Dame un minuto que avise a mi compañera para que saque a mis niños también —le dije.

—Ya lo he hecho yo, no te preocupes por eso. En primer lugar, quiero pedirte disculpas, pues lo que me habían contado no tiene nada que ver con la realidad. Jamás pensé que, tras la sonrisa y la amabilidad de Marisa, se escondiera una mujer con tan pocos escrúpulos —se disculpó.

—A mí también llegó a convencerme de que todo lo que me contaba Lucas era mentira, que era un hombre controlador y manipulador, y no puede estar esa definición más lejos de la realidad, pues no puede ser más bueno ni tener mejor corazón que él.

—Quiero decirte que esperaré a que dé a luz para comunicarle que vuelve a su anterior puesto, poniendo en antecedentes a mi compañera, por supuesto. Y también he de comunicarte que tu periodo de pruebas ha terminado, cuando tengas una hora libre, ven a mi despacho, pues te tengo ya listo el nuevo contrato —me dijo, y me salió una sonrisa de lo más sincera.

Salíamos al patio, cuando nos cruzamos con ella, que se pensaba que todo le había salido bien, pensé en no contestarle nada, pero quería desenmascararla delante de la directora.

—Espero que encuentres trabajo pronto, Marta, porque eres una excelente profesora —me dijo, con mucha maldad.

—¿Por qué voy a buscar trabajo si me acaban de ofrecer un contrato indefinido? ¿Sabes? Por una vez la maldad ha quedado tapada con la verdad —le dije, ante Rocío, que estaba justo a mi lado.

—¿Cómo qué un contrato indefinido? Rocío, eso no es lo que habíamos hablado —le dijo, furiosa.

—Claro, como tampoco era cierto todo lo que me contaste. Por tu bien, más vale que te quedes calladita o la que terminarás en el paro serás tú —le dijo la directora.

—No te creas que vas a vivir tan feliz con Lucas, porque yo me voy a encargar de que no sea así —dijo, acariciándose su vientre.

—Espero que no haga nada en contra de su padre, porque, entonces, sí que ya no tendré ningún motivo para mantenerla en la plantilla —dijo Rocío, que se había dado cuenta igual que yo.

El resto de la mañana lo pasé cantando con los niños, me sentía feliz, hasta que llegó la hora de la salida. Fui entregando a los niños a las personas encargadas de recogerlos y, cuando ya no había ninguno en la clase, salí para darle el encuentro a Lucas, que ya me había avisado de que estaba fuera esperándome.

—Te tengo que contar, lo ha intentado, pero no lo ha conseguido, más bien todo lo contrario —le dije, dándole un beso en los labios que me supo a poco.

—¿En serio me lo dices? No se puede ser más desgraciada que ella, te lo aseguro —me respondió.

Durante el camino a casa, le fui contando todo con pelos y señales, y sin dejarme nada en el tintero. Cada palabra que salía de mi boca era como un dardo a su corazón, no por él ni por mí, sino por el bebé que venía de camino, que sería un desgraciado en manos de su madre.

—Solo espero que no haga nada que perjudique al niño —me dijo, mientras aparcaba.

—No creo que sea capaz de llegar a tanto, o eso le pido a todos los santos del cielo —le respondí yo.

Entramos en casa, donde comimos tranquilamente. La tarde anterior, Lucas, había cocinado un pastel de carne que estaba para chuparse los dedos, así como un flan de frutas del bosque. Tenía unas manos en la cocina que eran espectaculares, tanto Hugo como Carlos nos dijeron que vendrían a comer, pero al final se les hizo tarde, por lo que mi chico les guardó un táper que

pasaron a recoger de camino a la casa de Hugo, que era donde pasaban la mayoría del tiempo.

—No entiendo como estos dos no se van ya a vivir juntos, si al final pasan más tiempo en casa de Hugo que separados —dijo Lucas en cuanto se marcharon.

—Eso mismo le digo yo a Carlos, y siempre me responde lo mismo, que cada uno tiene sus tiempos y que no quieren forzar nada. El final será que mi amigo se mude y ponga su casa en alquiler —le respondí.

Estábamos hablando, cuando a Lucas le llegó un mensaje de su abogado, que lo dejó con la cara blanca. No supe nada hasta que le quité el móvil de las manos y lo leí.

Abogado: *Marisa se ha puesto de parto, nos han avisado del hospital que quiere dar el niño en adopción, ya ha firmado la documentación. Ahora está en tus manos si quieres quedarte con él o si firmas tú también. Será mejor que nos veamos allí y hablemos cara a cara.*

Lucas: *En veinte minutos estamos allí.*

Fui yo la que tuvo que contestar a ese mensaje, pues mi chico no era capaz de reaccionar.

Capítulo 29



Lucas

Cuando recibí aquel mensaje me quedé como petrificado, sin saber lo que hacer o qué decir. Quería dar el niño en adopción… ¿se podía ser más cínica? Ahora lo entendía todo, ella se había quedado embarazada para tenerme atrapado, como no lo había conseguido, ese niño le estorbaba en su vida. Gracias al cielo, el hospital había avisado a mi abogado, pero no fue fruto de la casualidad, sino que, anticipándonos a todo lo que pudiera hacer Marisa, conseguimos una orden judicial para que nos avisaran en cuanto que entrara de parto en cualquiera de las clínicas u hospitales de la ciudad.

—¿Qué vas a hacer, Lucas? —me preguntó Marta durante el trayecto.

—¿Qué harías tú? —le respondí con otra pregunta.

—Eso es una decisión tuya, Lucas, ninguno de los que estamos a tu alrededor podemos decidir por ti. Lo que sí quiero que tengas claro es que yo no me voy a marchar de tu lado, y seré una madre para ese niño si es lo que tú quieres. En caso contrario, seré la novia de su padre —me contestó, y rompí a llorar de alivio. Menos mal que no iba conduciendo, sino que Marta tuvo la genial idea de pedir un taxi, o hubiéramos tenido un accidente.

—No sabes el alivio que he sentido, porque si me he planteado renunciar a él, ha sido por ti. No tienes por qué cargar con el hijo de otra —le dije.

—No es el hijo de otra, es el hijo de mi pareja, con el que vivo, y al que ya quiero sin siquiera conocerlo —me respondió.

Le di un beso y un abrazo, porque no me salía hacer otra cosa que no fuera esa. Nos bajamos del taxi, y en la puerta nos esperaba mi abogado.

—Buenas tardes, Lucas —me dijo.

—Buenas tardes, Luis. ¿Qué sabemos? —le respondí.

—Sigue de parto, ahora mismo la han bajado a paritorio. Según su abogado, que está ahí dentro, quiere darlo en adopción, renunciar al bebé definitivamente.

—Si yo me hago cargo de él… ¿qué posibilidades hay de que luego me reclame visitas o la custodia? —le pregunté, porque no quería que cuando me encariñara con el bebé, viniera a llevárselo.

—Ninguna, porque es adopción definitiva.

—Mira que esa mujer tiene tanta maldad que es capaz de decir que firmó coaccionada por Lucas o por cualquier otra persona —dijo Marta, cayendo en la cuenta de algo en lo que no habíamos caído nosotros.

—Le haremos que firme a través de su abogado, un documento de que lo hace libremente y sin coaccionar, y que se compromete a no acercarse al bebé nunca, ni le dirá quién es —nos dijo Luis.

—Me parece perfecto. ¿Tiene derecho a ver al niño en el momento que nazca? —le pregunté.

—Sí que lo tiene, pero ha renunciado a él. No quiere ni siquiera que se lo enseñen, dice que es producto de un fracaso y de un fracasado, y que no va a limitar ni a hundir su vida por ello —nos dijo su abogado, que se había unido a la conversación.

—Yo soy el padre de ese bebé, y quiero la renuncia por su parte. No pienso consentir que se acerque a él —le dije, lo que no me esperaba era la respuesta que el abogado me dio.

—Y es lo mejor que hace, a ese niño, con su manera de ser y de actuar, tan solo puede hacerle daño —recogió el documento que tenía que firmar y se lo

llevó a la sala de partos, para que lo firmara en el momento en el que diera a luz.

Como media hora después, salió la enfermera con un bebé en brazos, seguida por el abogado, que traía el documento firmado.

—Me han dicho que usted es el padre, pues aquí tiene, es una niña, tienen que pensar un nombre, para la inscripción de la pulsera. La pondremos en una habitación aparte de la madre, y si todo marcha como hasta ahora, mañana mismo podrán llevársela a casa —me dijo, poniendo a mi niña en mis brazos.

—Es igualita que tú, mi amor —me dijo Marta, con lágrimas en los ojos.

—Mira, María, te presento a tu mamá —le dije a la niña, esperando la aprobación de Marta con respecto al nombre.

—Me encanta ese nombre y sí, seré su mamá, aunque no haya salido de mis entrañas —me contestó, y se la di a ella para que la cargara.

Esa noche nos la pasamos en vela, mirando su carita mientras dormía. Efectivamente se parecía muchísimo a mí, y eso me dio un alivio tremendo, aunque los niños cambian mucho conforme van creciendo, pero al menos, durante los primeros días, mientras que nos acostumbrábamos a ella, no vería la cara de Marisa reflejada en ella.

Nos fuimos de allí con todo en orden. Ya era legalmente solo mía, y su madre no tenía derecho a reclamar absolutamente nada, ni ahora ni cuando fuera más mayor. Marta no podía pedir permiso, al no haberla ni parido ni adoptado, pues todavía no lo habíamos tramitado, aunque tenía claro que lo haríamos más pronto que tarde. Pero yo sí que lo hice, y me pedí el permiso de paternidad de dieciséis semanas que me correspondía por ley.

—No tenemos nada para ella —dije en un momento dado.

—Eso era antes de que tito Hugo y tito Carlos llegaran a este hospital —dijo mi amigo, que entraba por la puerta con un cochecito y un montón de bolsas de ropa.

—No nos ha dado tiempo a dejar nada en casa, venimos directamente del centro comercial —dijo Carlos, con una sonrisa.

Cuando ambos se acercaron a la niña, se quedaron prendados de ella, porque no es porque fuera mi hija, pero es que era preciosa. Tenía un pelo negro precioso, y unos ojos rasgados grises que iban a ser todo un peligro cuando fuera mayor, lo tenía claro.

—Mira que boca, si la tiene dibujada —decía Hugo, mientras que la cogía en brazos.

—Bueno, al menos tenemos donde ponerla a dormir ahora, porque ni cuna ni nada —les dije, dándole las gracias a los dos.

—¡Qué te lo crees tú! Aquí, su padrino, le ha encargado toda la habitación, pero lo primero que llegará será la cuna y la bañera, el resto, cuando le pintemos la habitación y saquemos los muebles que hay en ella —dijo Hugo.

En ese momento, llegó el pediatra para darnos el alta, dándonos una serie de recomendaciones, sobre todo en el tema de la alimentación, al no haberla parido Marta, tendría que alimentarse de leche de fórmula.

—No te preocupes por eso, Lucas, hay muchos niños que se crían con ese tipo de leche y crecen sanos y fuertes —me dijo el pediatra.

—Gracias, doctor —le contesté, dándole la mano en señal de agradecimiento.

Marta vistió a la niña con uno de los conjuntos que les habían traído Hugo y Carlos, con florecita para el pelo incluida. La envolvió en su saquito y la metió en el cochecito, que era una verdadera preciosidad, en color azul marino con toda la ropita en rosa.

—Ya estamos lista para irnos, papá —me dijo Marta, y esa palabra me supo a gloria.

—Pues nada, vámonos que tenemos que hacer una parada en la farmacia para comprar la leche y demás útiles que nos faltan —le dije, dándole un beso en los labios.

Salimos los cuatro de la habitación, Marta llevaba el cochecito y yo le pasaba el brazo por encima de los hombros. Cuando llegamos al ascensor, tuvimos la mala suerte de coincidir con Marisa, que no hizo ni por mirar dentro del coche, sino que ignoró a su propia hija. A quién no nos ignoró fue a nosotros, que nos miró con desprecio.

—Siempre te quedará que la niña que vas a criar no ha salido de tus entrañas, sino de la mía, a modo de recuerdo —le dijo a Marisa con altanería.

—Ya, pero seremos nosotros, sus padres, los que la veremos crecer, mientras que tú no podrás ni acercarte a ella —le respondió Marta, con mucha tranquilidad.

—Vamos, no merece la pena perder el tiempo con gente que no la merece —le dije a mi chica, empujando el coche para salir del ascensor.

Al llegar a casa, íbamos cargado con mil cosas y mientras Marta le preparaba a María el biberón, porque ya le tocaba y era una glotona, entre Hugo, Carlos y yo, desmontamos una de las habitaciones, para pintarla y dejarla lista en el momento en el que trajeran sus muebles.

No sabía cómo le iba a agradecer a todos lo bien que se estaban portando con nosotros, conmigo y con mi hija. Me fijé en la forma en la que Marta miraba a la niña, y en como ella le respondía con sus ojitos, y supe que no le iba a faltar el amor en la vida, que ella sería su verdadera madre, a pesar de no haberla parido.

Capítulo 30



En cuanto que Marta llegó al centro, a su puesto de trabajo, y le contó a Rocío lo que había sucedido, esta no se lo pensó dos veces.

—Marta, tú no has parido a esa niña, pero es tu hija, y como tal, te voy a tramitar el permiso de maternidad —le dijo la directora.

—Pero… no puedo presentar ninguna documentación, ya que no tengo nada que me relacione con ella de forma oficial, al menos de momento —le contestó ella.

—Me da igual, es tu hija y yo me hago responsable.

Eso fue lo que me contó en cuanto llegó a casa, con el permiso retribuido bajo el brazo. No voy a decir que no me alegré, porque sería mentira. La primera vez que le cambié el pañal a María, no sabía ni por donde cogerla. El miedo se apoderó de mí, y tuve que llamar a Blanca, que tenía dos sobrinos, para que me ayudara. Cuando se lo contamos a Marta, pues al llegar todavía estaba en mi casa, se doblaba de la risa.

—Debiste comprarle un muñeco Reborn para que fuera practicando —dijo Blanca.

—Dejaros de cachondeo que lo he pasado realmente mal, y no por el olor, precisamente —les dije, y ahí fue cuando estallaron en carcajadas. Creo que hasta la niña sonrió.

—Blanca, vamos a tener que abrir un canal de Youtube y subir tutoriales de como cambiar un pañal para padres primerizos, nos íbamos a forrar con las visualizaciones —le dijo Marta, con mucha guasa.

—Miedo me da que la niña crezca a vuestro lado, porque el cachondeito que va a haber conmigo, va a ser chico —les dije.

En ese momento llamaron a la puerta, eran los muebles de la habitación de la niña, pues sus titos postizos se encargaron de pintar todo para cuando llegara este momento.

La habitación quedó de dulce, no se podía describir de otra manera. Los muebles en blanco contrastaban con las cortinas y la colcha de la cama, que eran en color rosa fucsia con rayitas y topitos blancos. La cuna la habíamos puesto en nuestro dormitorio, pues así la teníamos más cerca, y ahí estaría hasta que la pasáramos a la cama.

—Bueno, chicos, yo me marcho ya. Que paséis buena tarde —nos dijo Blanca, que se había quedado para ayudarnos a ordenar y guardar todo.

—¿No te quedas a comer? —le preguntó Marta.

—No, que he quedado con una chica y tengo que ir a recogerla a la salida del trabajo —nos dijo, levantando las cejas a modo de insinuación.

—Pues entonces, que te aproveche, la comida y el postre —le dijo Marta, y ella soltó una carcajada.

Cuando nos quedamos a solas los tres, pensé que esto era lo que quería en mi vida, por primera vez en mucho tiempo me sentía completo y feliz.

—¿Sabes lo bueno de que no hayas parido tú a María? —le pregunté.

—No tengo ni idea, tú dirás —me respondió.

—Pues que no tenemos que esperar a que pase la cuarentena —le contesté y ella soltó una carcajada.

—Eso es verdad, tenemos lo mejor de las dos cosas. Una niña preciosa y el mejor sexo del mundo, ¿qué más se puede pedir?

—Tener a una mujer como tú a mi lado —le dije, tal y como me salió del alma.

Nos besamos con pasión y aprovechamos que la niña ya había comido para echar uno ligerito allí mismo, en el sofá del salón. Sentir su cuerpo bajo mis manos, notar sus besos por mi cuerpo, me hicieron sentir la libertad. Por primera vez no me veía atado a una relación, estaba porque quería, porque me valoraba como hombre, no me veía como un instrumento para engrandecer su ego, y eso me llenaba más que nada en el mundo. Si, además, le sumaba que teníamos a la niña más bonita del planeta, pues ya lo tenía todo.

—Anda, vamos a comer o caeremos desfallecidos. Entre lo poco que dormimos con la niña, y que el tiempo que tenemos para eso lo dedicamos a otros menesteres…

Solté una carcajada, porque tenía toda la razón del mundo, pero no lo podíamos remediar, en cuanto teníamos un segundo libre, nos amábamos como si no hubiera un mañana.

Nos sentamos en la cocina, con la niña en su minicuna, un regalo de su tita Blanca, que decía que no podía estar la pobre todo el día de brazo en brazo o en el coche. Allí podía estar cómodamente mientras nosotros comíamos o veíamos la televisión.

Habían ido pasando los días, y en esa mañana, Marta decidió que quería llevar a la niña al centro para que la conocieran sus compañeras. Ya nos habíamos enterado que Marisa había pedido el traslado de centro, pero no en el que trabajaba antes, sino a otro de una ciudad del norte. Su argumento era que necesitaba cambiar de aires y empezar de cero en otro sitio, y nosotros sentimos un gran alivio por su decisión. Cuanto más lejos estuviera de la niña y de nosotros, pues muchísimo mejor.

—Es preciosa, Marta —le dijo Rocío, que fue la primera que la vio.

—Voy a bajar a enseñársela a mis niños, que seguro que se vuelven locos —dijo ella, mientras la directora asentía con una sonrisa.

Cuando entramos en la clase, todos los niños se arremolinaron en torno a ella, yo me había quedado en la puerta con el cochecito, pues así me lo indicó su madre, tenía que hablar antes con ellos.

—Venga chicos, volved a vuestros sitios, que os voy a presentar a una personita muy importante para mí, y por la que no estoy aquí con vosotros —les dijo ella, todos lo hicieron obedientes, menos uno, que se cruzó de brazos al final de la clase.

—Pues si por su culpa no estás aquí, no quiero conocerla —dijo ese niño.

—Pero si voy a volver pronto, Santi. Mira, es mi hija, y se llama María —le dijo ella, permitiendo que se acercara a ella.

—Seño, ¿cómo va a ser tu hija si no tenías barriga? Mi madre se puso con la barriga gorda, gorda, cuando tenía a mi hermano ahí metido —dijo una de las niñas, y no pude reprimir la risa. Se lo tenía que pasar bomba con esos enanos.

—A ver, hay muchas formas de ser mamá. Una de ellas es como dice Susana, que la mamá lo tiene metido en su barriguita. Pero también hay otra, cuando ese niño o niña no tiene mamá, pues algunas mujeres los adoptamos como nuestros, y eso es lo que he hecho yo con María —les explicó.

—Mi mamá también hizo eso conmigo, porque la que me llevó en su barriguita se fue al cielo. Pero la que tengo ahora es muy buena conmigo, y la quiero mucho —dijo uno de los niños, y os prometo que se me saltaron las lágrimas.

—Claro, mi amor, no hace falta tener al bebé en la barriguita para quererlo como a un hijo. Estoy segura de que tu mamá te quiere igual que si te hubiera llevado, porque yo quiero a María más que a mi propia vida —le dijo Marta, y tuve que salir, porque ya no era que se me saltaran las lágrimas, ya lloraba a mares.

—Me encanta ver a un hombre tan sensible. Ahora veo que todo lo que me dijeron de ti era mentira —me dijo Rocío, que se sentó a mi lado.

—Supongo de quién venían esos comentarios, pero no me lo tomo a mal, es de esperar —le contesté.

Estuvimos hablando mientras que Marta permanecía dentro con la niña. Verla en su entorno laboral, de la forma en la que les explicaba a los niños las cosas, haciéndolas de la manera más sencilla para que ellos lo entendieran, me dejaron claro la clase de persona que tenía a mi lado.

—Es buenísima como profesora, pocas lo hacen con la vocación y la dedicación con la que lo hace ella —me dijo Rocío.

—La admiro por su manera de ver la vida, por su manera de ser y de querer a los demás —le dije.

—No es para menos, mucho más cuando se ha tenido al lado antes a una mujer como la que tuviste antes —me contestó ella.

Cuando llegó la hora del recreo, Marta se despidió de los niños, y volvió a mi lado, junto con nuestra hija, porque así era, a pesar de que no llevaba su apellido, pues teníamos que hablarlo con tranquilidad.

—Me lo he pasado pipa con estos enanos haciéndole gracias a María —me dijo Marta.

—Y yo me lo he pasado pipa viéndote interactuar con ellos. Tengo claro que serás una gran madre, sin ninguna duda —le respondí.

—Te amo, gracias por hacerme partícipe de algo tan bonito como es tener un hijo —me dijo, con lágrimas en los ojos.

—Gracias a ti, por hacerme tan feliz y cuidarme tanto —le respondí, dándole un beso.

Capítulo 31



María ya tenía dos meses, y era lo más bonito que me había pasado en la vida. Ya empezaba a hacer buen tiempo, por eso salíamos a diario, casi siempre por la mañana. Ese día íbamos a concretar los detalles del bautizo de la niña, pues no queríamos que pasara más tiempo ni fuera más grande.

—Todavía no le he dicho nada a Blanca, pero me gustaría que fuera ella la madrina de la niña —me dijo Marta.

—Estoy seguro de que dirá que sí, porque no hay nada que le guste más que un protagonismo —le respondí, riendo.

—Mira, justo viene por ahí. Vamos a decírselo —me contestó Marta, señalando hacia el lugar por donde venía andando.

—Hola chicos. ¿Dónde vais tan bien avenidos? —nos preguntó.

—Pues vamos a terminar de organizar el bautizo de María, y quería pedirte algo —le dijo Marta, algo cortada por si le decía que no.

—Dime, por favor que me vas a pedir que sea la madrina de la niña —le dijo ella, medio en broma medio en serio.

—Precisamente eso es lo que te quiere pedir, y no sabía cómo hacerlo —le dije yo, y la vi como se le formaba una sonrisa en la cara de lo más bonita.

—¿En serio? ¿Es eso?

—Pues sí, pero vamos, que sin compromiso. Si no te apetece o no te viene bien…

—¿Qué dices, loca? Pero si estoy encantada, no me podías haber pedido algo mejor. Eso sí, del atuendo de la niña me encargo yo —respondió ella, pegando saltitos como si fuera una niña a la que le han dicho que le van a comprar su muñeca preferida.

—Pues nada, ya María tiene padrinos. Pero, Blanca, por favor, no me vayas a vestir a la niña como si fuera a la presentación de los Óscar —le dije, para buscarle la lengua.

—Mira, chaval, ya quisieran muchas de las hijas de los famosos llevar el estilo que va a llevar tu hija. Va a hacer raya ese día —dijo ella, sacando su lado más macarra, uno que me encantaba, porque en el fondo, sabía que no era así, que todo era una fachada de protección ante la gente.

Si alguien conocía como era Blanca, ese era yo, pero no porque yo hubiera insistido, sino porque ella me había dejado verla, se había mostrado ante mí tal y como era. Yo la había visto reír, pero también llorar, había estado a su lado cuando tuvo aquel desengaño amoroso, al igual que permanecí a su lado cuando celebramos aquel ascenso en el trabajo. Para mí, en tan poco tiempo, se había convertido en esa hermana que nunca tuve, y era una persona muy importante en mi vida, una de las imprescindibles.

No había mayor honor que el que fuera la madrina de mi hija, y que, junto a Hugo, sabía que se ocuparían de consentirla y malcriarla, en el buen sentido de la palabra, porque tenía claro que, ni su madre ni yo, íbamos a dejar que fuera una niña engreída ni nada parecido.

Blanca nos acompañó a concretar con el local de la celebración. No éramos muchas personas, pues seríamos unos cuarenta más o menos, pero queríamos que no faltara de nada en ese día.

—Podemos poner una mesa de dulces, de eso me encargo yo. Quiero que sea una sorpresa para vosotros dos —dijo Blanca, cuando salimos del restaurante.

—Como sigas encargándote de cosas, al final, el bautizo nos va a salir como la declaración de la renta, a devolver —le dijo Marta, y ella soltó una carcajada.

—Mira, con mis sobrinos no me dejaron organizar nada. Según mis hermanos, yo era una excéntrica, que solo quería llamar la atención. Tan solo me llaman cuando necesitan una niñera gratis o de última hora, entonces la tía Blanca es la mejor del mundo, fuera de eso, ya no me dejan casi ni acercarme a ellos. A mi sobrina, que tiene seis años, este año, le compré por Navidad un maletín de maquillaje para niñas y un tocador, pues fue lo que me pidió…

—No me digas más, te dijeron que no era apropiado —le dije, viendo su carita de pena.

—No, mucho peor, me dijeron que yo quería hacer de mi sobrina un clon mío, que tan solo se preocupaba por el físico, y que ellos no querían tan mala influencia para su hija. Salí de allí llorando, y llevé los regalos a un centro de niños desfavorecidos que encontré en internet. Ver la cara de esos niños con los juguetes… no os podéis imaginar lo que eso supuso para mí. Desde entonces, no he vuelto a tener noticias de ellos —nos dijo, secándose las lágrimas de la cara.

—Con mi hija no vas a tener ese problema, porque nada me gustaría más que se convirtiera en una mujer como tú —le dijo Marta, dándole un abrazo.

—No se han preocupado en saber qué ha sido de mi vida. No saben que he terminado una carrera mientras que trabajaba, no tienen ni idea de que ahora soy la jefa de mi departamento. Para ellos, sigo siendo la niña superficial que tenía dieciséis años y que su única preocupación era que el color de sus uñas y de sus labios fueran a conjunto.

Empezó a llover y nos metimos en una cafetería, puesto que ya habíamos comido en el restaurante, nos pusieron el menú degustación que servirían en el bautizo de María.

—Bueno, Blanca, ¿qué nos cuentas de esa chica con la que estás saliendo? —le pregunté, intentando cambiar de tema y que ella se viniera arriba.

—Es ideal, Lucas, te lo prometo. Es directora de un centro escolar, y me encanta pasar tiempo con ella. Me entiende, nos reímos juntas, no ve en mí solo un cuerpo y una cara bonita —nos contó.

—Quiero que la invites al bautizo, pero si te apetece, dile que la invitamos a cenar esta noche en casa, estarán también Hugo y Carlos, y así terminamos de organizar lo que nos queda —le dijo Marta.

—Me parece una idea genial, de verdad que sí —respondió ella.

Nos fuimos a casa, pues teníamos que preparar todo lo de la cena. Cuando se lo dijimos a Hugo y a Carlos, no pusieron trabas, más bien todo lo contrario. A ellos, una juerga, una cena o una reunión era lo que más les podía gustar en el mundo.

—Nosotros nos encargamos del postre y del vino —nos dijo Hugo.

—Vale, pero yo no me pienso meter en la cocina, encargo algo al restaurante y listo —le contesté.

Llamaron a la puerta, mientras que Marta estaba bañando a la niña, por lo que fui a abrir. Lo que me encontré hizo que me saliera una carcajada, porque la novia de Blanca era la persona que menos me esperaba, os lo garantizo.

—No me lo puedo creer, cuando Marta termine de bañar a la niña y te vea, va a pensar que es una broma —le dije, sin parar de reír.

—¿Os conocéis? —preguntó Blanca.

—Y tanto que nos conocemos. Bueno, yo menos, pero Marta la conoce, y mucho —le contesté.

—Pues, como ya tenéis confianza, voy dentro a ver a mi ahijada —dijo Blanca, dejándonos en el salón.

—¿Quieres una copa de vino blanco? —le pregunté, justo cuando escuchaba que venían las dos por el pasillo.

—¿Rocío? ¿Qué haces tú aquí? —le pregunto Marta a su jefa, en cuanto la vio.

—Es mi chica, Marta. Y tú, ¿de qué la conoces? —le dijo Blanca.

—Como que es mi jefa. Es la directora del centro en el que trabajo, la que me arregló la baja de maternidad, aun sin pertenecerme —le contestó mi chica.

—Joder, que chico es el mundo. Menos mal que no he dicho nada malo de ella, porque si no, me hubiera tenido que meter debajo de las piedras —dijo Blanca, haciéndonos reír.

Cinco minutos después de que llegaran ellas, y mientras que estábamos en la cocina, llegaron Hugo y Carlos. Tras las presentaciones y las aclaraciones de quién era Rocío, pasamos a la mesa, donde servimos la cena. Las risas estuvieron aseguradas, así como los achuchones a la pequeña María, que cuando se despertó pidiendo el biberón, fue pasando de mano en mano, haciendo las delicias de todos los presentes.

—Esta niña, cada día está más guapa —dijo Hugo.

—Como que se parece a su padre —dije con guasa, pero luego me di cuenta de que mi comentario podía haber lastimado a Marta, la miré y me correspondió con una sonrisa.

—Pero, en cuanto crezca un poco, se parecerá a mí, porque la pienso educar igual que me educaron a mí, para que sea una mujer fuerte y valiente, y su padre le enseñará a que no se deje manipular por nadie, que tenga un criterio propio —dijo ella, haciendo que todos sonriéramos.

—Me encanta como te lo tomas todo, Marta —le dijo Rocío.

—No me lo puedo tomar de otro modo. No la llevé en mi vientre, pero es mi hija, aquí y en Pekín —respondió ella, sin dejar de mirar a la niña con todo el amor del mundo.

Capítulo 32



Llegó el día del bautizo, y ni que decir tiene que todo salió a las mil maravillas. Blanca hizo un trabajo excelente, tanto con la ropa y el atuendo de la niña, que iba que parecía una muñequita, como con la mesa de dulces que encargó, que no podía ser más bonita y elegante, en tonos blanco y rosa pastel.

—Me encanta como ha salido todo, no nos podía haber ido mejor y estar rodeados de mejores personas —me dijo Marta cuando llegamos a casa.

—Ni que lo digas, pero aún tengo una sorpresa para ti —le dije, tomándola de la mano para entrar en nuestra habitación.

Cuando abrí la puerta, se quedó con la boca abierta, pues no se lo esperaba, para nada. Había cubierto todo el suelo de pétalos de rosa, así como la cama, bajado la intensidad de la luz y puesto velas por todo el suelo.

—¿Cómo has hecho todo esto? ¡Si no te ha dado tiempo a nada! —me preguntó, con las manos en la boca, de la impresión.

—Digamos que he contado con un poquito de ayuda del exterior —le contesté.

Dejamos a la niña en su cunita, pues antes de salir de la celebración, y como ya era muy tarde, Marta la cambió de ropa y le puso su pijamita, así como también le dio el biberón, y venía completamente dormida. Nosotros nos dedicamos a darnos cariño y pasión.

Me situé a su espalda y con mucho mimo, le bajé la cremallera del vestido, hasta que cayó a sus pies. Empecé a besarle el cuello, los hombros, la espalda, hasta que llegué a su trasero. Se apoyó con las manos en la cama, y lo tuve claro.

Me arrodillé detrás de ella, aparté su tanga, y lamí su sexo desde allí. Verla retorcerse de placer, notar como se le ponía la piel de gallina, era algo que me sobrepasaba, y que me estaba poniendo como una moto. Cuando alcanzó el orgasmo, no me lo pensé, me levanté y la penetré así, en esa misma postura, y aún con los pantalones puestos, arremolinados en mis tobillos.

Fue rápido y duro, no hubo nada de dulzura, éramos todo pasión, y no solo porque yo hubiese querido, sino porque era lo que ella me estaba pidiendo. Alcanzamos el orgasmo juntos, sin premeditación, ya que nos llegó a los dos sin previo aviso y de una manera brutal.

Pero no quedaba todo ahí, porque le esperaba otra sorpresa más. Me deshice de mis pantalones, y la cogí en brazos para entrar en el baño, donde, en el espejo y con un lápiz labial, le había escrito algo. La dejé en el suelo, para que pudiera leerlo bien.

—¿Quieres casarte conmigo? —leyó ella del espejo y al girarse, ahí estaba yo, arrodillado y con el anillo en la mano.

—Bueno, ¿qué me dices? —le pregunté, pues se había quedado sin palabras.

—¿Qué te voy a decir? ¡Sí! —exclamó, pero a media voz, pues no queríamos despertar a la niña.

—No te voy a prometer que no cometeré errores, porque, aun sin ser consciente, los voy a cometer. Lo que sí te prometo es que procuraré remediarlos, y cuidarte todos los días de mi vida —le dije, pues quería que supiera que, tanto ella como la niña, eran los pilares fundamentales de mi vida.

—Yo también los cometeré, pero quiero que sepas que siempre estaré aquí —me dijo ella.

Le puse el anillo y la cogí en brazos para entrar con ella en la ducha. Sé que no es la pedida de mano más romántica del mundo, pues lo normal es que se lo hubiera pedido en el bautizo de la niña, rodeados de todos los nuestros, pero no lo quería hacer así.

Quería que este momento fuera tan solo de los dos, en la intimidad de nuestra casa y con todo el amor del mundo. Que pudiéramos celebrarlo con la pasión que nos caracterizaba, porque no podíamos estar más de dos minutos sin tocarnos, sin besarnos, sin que hubiera contacto entre nosotros.

Digamos que esa noche apenas dormimos, pues lo celebramos más de una vez. Al día siguiente no teníamos que madrugar, o eso pensábamos, hasta que María empezó a llorar y pensamos que tenía hambre.

—Sigue durmiendo, yo me encargo —le dije a Marta, que pensaba levantarse.

Preparé el biberón, pero al coger a la niña, la noté demasiado caliente, como que tenía fiebre, y me asusté muchísimo.

—Marta, mi amor, es la niña —le dije, despertándola.

—¿Qué ocurre? —me contestó, con un ojo abierto y el otro cerrado.

—La noto muy caliente, no sé qué hacer —le dije, siendo completamente sincero.

Marta se levantó, y al cogerla, puso mala cara. Se sentó con ella en la cama, y le puso el termómetro, que marcaba treinta y nueve con dos.

—Vamos a llevarla al hospital, tiene demasiada fiebre —me dijo, y os prometo que se me cayó el mundo encima.

—Joder, ¿a qué puede ser debido? —le pregunté, mientras me ponía un chándal que fue lo primero que encontré.

—No lo sé, pero esta fiebre tan alta no es normal, allí nos lo dirán. Seguro que no es nada de importancia, aunque me quedo más tranquila si es un médico el que me lo dice —me contestó Marta.

Cogí a la niña en brazos mientras mi chica se vestía, que cogió lo mismo que yo, un chándal y unas zapatillas. Metimos a la niña en su saquito, y salimos de casa. Mientras yo me vestía, ella había llamado a Hugo, que nos esperaba con el coche en la puerta.

—Tranquilo, amigo, verás como no es nada. Los niños se ponen malitos con mucha facilidad —me dijo Carlos, que tampoco había faltado ni nos había dejado solos.

—No sé qué haría sin todos vosotros, la verdad —les dije.

—Pues lo mismo, pero tardando más tiempo —me respondió Hugo, intentando quitarle hierro al asunto y sacándome una sonrisa.

En cuanto que llegamos al hospital, nos metieron en un box, nos tranquilizaron un poquito, hasta que llegó el pediatra. Examinó a la niña y le mandó a su enfermera a que le tramitara algunas pruebas.

—En principio no veo que es lo que puede estar causando esa fiebre, por lo que no puedo descartar nada. Puede ser desde una simple infección de orina a cualquier otra cosa. Para empezar, vamos a administrarle un antipirético, para bajarle la fiebre, y realizar unos exámenes de sangre y orina, cuyos resultados tendremos en un ratito —nos dijo, saliendo de la habitación.

Dos horas después, llegó el doctor con los resultados y miró a Marta con muy mala cara, como si ella fuera la culpable de algo, y entendí que Marisa había hecho algo que no debía, por lo que se lo aclaré al médico antes de que acusara a mi chica de algo que no le correspondía.

—Antes que nada, doctor, ella es mi pareja, pero no la madre biológica de la niña. Su madre, cuando nació nos la entregó, renunciando a ella —le dije, y noté como suavizaba su tono.

—Pues me alegro de que me haya hecho esa aclaración, porque entonces, las medidas a tomar serán otras. En primer lugar, quiero tranquilizaros, porque, aunque es algo molesto para la niña, no es nada grave ni que no tenga solución. La niña sufre un síndrome debido a la ingesta de alcohol de su madre durante el embarazo, y no me estoy refiriendo a que se tomara una copa de vino.

—¿En serio me está diciendo que todo lo que tiene María es culpa de su madre? —preguntó Marta, medio indignada.

—Pues sí, señorita, y no es la primera vez que lo veo, por desgracia. Esa fiebre ya está controlada y con un par de días que permanezca aquí, en los que le podamos suministrar la medicación necesaria, estará lista para irse a casa. Eso sí, los llantos en estos dos días serán continuos, pero no os desesperéis, porque no será por ninguna complicación —nos dijo.

—Supongo que nos pasarán a planta, ¿verdad? —pregunté yo, porque ese minúsculo espacio me estaba resultando demasiado agobiante.

—Sí, en breve se les asignará una habitación y podréis pasar a ella —nos contestó.

Dejé a Marta con la niña en el box, ya que se había quedado dormidita en sus brazos, y salí a contarles a Hugo y a Carlos lo que estaba sucediendo. Les parecía mentira que no hubiera dado la cara antes, pues ya habían pasado dos meses desde su nacimiento, pero todo tenía una explicación. Según el doctor, cuando nacen, algunos niños lo sufren desde el primer momento, pero otros tardan un poco más de tiempo en sufrirlo, siempre dentro del primer trimestre.

—Si me la ponen delante ahora mismo, soy capaz de cogerla por el cuello —dijo Hugo, completamente indignado por la situación.

Capítulo 33



Afortunadamente todo ese mal episodio quedó atrás, y ahora María se encontraba en perfectas condiciones. Había empezado su primer día de guardería, puesto que, tanto Marta como yo, habíamos agotado ya la baja maternal y paternal. Entró en el centro en el que trabajaba su madre, que tenía un aula de educación infantil hasta los tres años, que ya pasaban a la otra clase.

—Me va a costar menos trabajo hacerlo porque la voy a tener a tan solo unos pasos, y me escaparé a verla cada vez que pueda —me dijo Marta esa mañana, mientras nos vestíamos para ir al trabajo.

—Suerte la tuya, porque yo, hasta el mediodía no podré cogerla ni verla. Se me va a hacer la mañana eterna —le contesté, poniendo carita de pena.

—Uf, no me lo quiero ni imaginar —me respondió, poniendo cara de terror.

No sé el motivo, pero entre Marta y la niña había una conexión que era alucinante. Era escuchar su voz y ponerse a dar palmas y a saltar en el parquecito. Conmigo también lo hacía, pero no siempre, para que lo hiciera me tenía que dirigir específicamente a ella.

Aparqué el coche en la puerta del colegio, en un hueco que encontré, y entré con las dos, pues no quería que el primer día entraran las dos solas. Rocío nos estaba esperando en la puerta. Su relación con Blanca iba viento en popa, y nosotros éramos partícipes de ello.

—Hola parejita. ¿Listos para dejar a vuestra hija? —nos preguntó, con burla.

—No hagas preguntas evidentes de las que sabes las respuestas, Rocío. No estoy ni estaré nunca preparado para esto —le respondí, muy serio, y ella soltó una carcajada que le salió de lo más hondo de su alma.

—Mira que eres exagerado, Lucas. Además, piensa que así tienes más tiempo para ir preparando la boda —me contestó ella.

—La boda ya está lista, tan solo tenemos que esperar a que llegue el día. Menos mal que ya tan solo queda un mes de colegio, y luego podrá estar con su madre —le dije, pensando en que, si hubiéramos podido, Marta se hubiera cogido ese mes más libre, pero no pudo ser.

Las dejé allí y me fui al trabajo. Cuando entré por la puerta, Juan me estaba esperando, y con no muy buena cara, la verdad. Algo pasaba y no sabía como decírmelo.

—¿Qué ocurre, Juan? —le pregunté.

—Lucas, ven a mi despacho, tengo que contarte algo —me dijo.

Lo seguí hasta que llegamos a él. Se quedó unos minutos en silencio, como si estuviera pensando la manera de decirme lo que fuera. Cogió una bocanada de aire y empezó a hablar.

—Verás, Lucas. En primer lugar, quiero contarte los motivos, y luego, las consecuencias —me dijo, juntando las manos encima del escritorio e inclinándose hacia delante.

—Me estás asustando, Juan —le dije, pues no era normal en él tanta ceremonia.

—Lucas, me han detectado un cáncer, el doctor me ha dicho que todavía está a tiempo de ser tratado, pero que tengo que tomarme las cosas con más calma, por lo que he decidido jubilarme antes y poner todo mi empeño en salir adelante —me dijo, y os prometo que me quedé sin respiración.

—¿Necesitas algo, Juan? Lo que sea, aquí estoy para lo todo lo que te haga falta, a ti o a tu familia —le dije, como sin fuerzas y a media voz.

—Si que necesito algo. Me gustaría que tú te hicieras cargo de la empresa. Como sabes, no tengo hijos ni sobrinos, y creo que tú eres la persona más idónea para coger las riendas…

—Pero… tú no eres el propietario. Si lo que quieres es que me haga cargo de tu departamento, lo haré encantado, sin problemas —le dije, pensando que su enfermedad y su situación lo estaban haciendo desvariar, pero lo vi como soltaba una risa, y no entendí nada.

—Eso no lo sabe nadie, pero sí, yo soy el propietario de todo esto, desde el edificio hasta las patentes. Cuando el anterior dueño decidió poner a la venta la empresa, no me lo pensé, hipotequé mi casa y me hice con ella. Poco a poco y con el esfuerzo de todos vosotros, hemos llegado a donde estamos. No quise que nadie se enterara para que no me tratarais de otra forma a la que lo hacíais —me explicó.

—¿Me estás diciendo que quieres que dirija yo toda la empresa? —le pregunté, incrédulo.

—No, Lucas, quiero que te quedes tú con ella como propietario, y no, no quiero que me pagues nada. Con el dinero que tengo puedo vivir lo que me queda de vida, tan solo te voy a pedir una cosa a cambio. Si me pasa algo, si me tengo que marchar de este mundo, no dejes sola a mi mujer. Sabes que te quiere como a un hijo, igual que yo, y necesitará todo el apoyo del mundo —cuando lo escuché decir eso, dos lágrimas cayeron por mi rostro.

¿Por qué la vida se empeñaba en no dejarme ser completamente feliz? Era de lo más injusto, tanto para él como para mí, que lo quería como a un padre. Él me había ayudado cuando empecé, cuando estaba solo y sin trabajo, y ahora me tocaba a mí.

—Por supuesto que no la dejaré sola, al igual que tú tampoco, porque tendrás que ver crecer a mis hijos. Te quedan muchos cumpleaños y mucho que vivir junto a nosotros —le dije.

—Tengo toda la documentación preparada, y quiero que, durante este mes, estés a mi lado, pues te mostraré lo poco que te falta por aprender de esta empresa —me contó.

Nos levantamos y lo abracé como un hijo hace con un padre, con un dolor en el corazón que no podía, pero tenía que apoyarlo y para eso, no me podía ver débil, no podía dejarlo caer. Me ofrecí a acompañarlo al médico para enterarnos en qué consistía el tratamiento, y él lo agradeció con una sonrisa.

Esa mañana, lo primero que hicimos fue bajar al bar de Sebas a desayunar, pues ninguno de los dos lo había hecho. Sebas se alegró de volver a verme, y me dio la enhorabuena por la niña y por mi futuro matrimonio.

—Sabía que Marta era la mujer para ti. Desde el primer momento en el que la vi entrar, me dije a mí mismo: Sebas, de aquí sale un romance, cuanto menos —me dijo, y todos soltamos una carcajada.

—A ver si ahora te vas a tener que ganar la vida como adivino —le dije.

—O como consultor sentimental. Sebas, el gurú del amor —dijo Juan, causándonos una carcajada a todos.

Durante el desayuno, dejamos a un lado el tema de la enfermedad, puesto que mi jefe, mi amigo, mi padre, no quería que nadie más se enterara, y nos centramos en el tema de la niña y demás. Estaba enchochado con ella, como se solía decir, y no había un fin de semana que no llegara a verla con cualquier regalito, al igual que su mujer.

Después de que termináramos de desayunar, me indicó que nos estaba esperando el notario para firmar la cesión de la empresa. Había esperado a que me incorporara al trabajo para hablarlo conmigo, cuando lo sabía desde hace tiempo.

—No entiendo por qué no me lo has contado antes, Juan. Tendrías que habérmelo dicho —le dije, una vez que nos montamos en mi coche para ir hasta el despacho de la notaría.

—No podía, Lucas. Tenía que dejarte vivir tu felicidad plenamente. Te merecías vivir estos meses tranquilo, con tu mujer y tu hija —me dijo, y con

esas palabras me demostró el gran corazón que tenía, y que no se merecía otra cosa que seguir latiendo, por él y por todos los que lo queríamos.

—Te lo has tragado solo, y eso no está bien —le reclamé.

—Solo no, tenía a mi mujer a mi lado, que fue mi mayor apoyo, la que me ha enseñado que tengo que ser fuerte, que tengo que vivir lo que me quede sin miedo, exprimiendo hasta el último minuto con las personas que quiero y que me quieren —me respondió, y me tuve que callar, esa había sido su decisión y tenía que respetarla.

Entramos a la notaría, y cuando vi en la documentación la cuantía a la que ascendía su herencia, esa que me estaba donando en vida, me frené antes de firmarlo.

—Juan, ¿estás completamente seguro de que quieres dármelo a mí y a mi familia? ¿Seguro que no tienes a ningún familiar al que poder cedérselo? —le pregunté.

—No hay nadie mejor que tú para gestionar todo mi patrimonio. Así que, firma, por favor, que lo quiero dejar todo en tus manos —me dijo, dándome un bolígrafo para que lo hiciera.

—Está bien, pero quiero que quede claro que lo hace por su propia voluntad, no me gustaría que nadie pensara que yo lo he convencido para que haga eso —le dije al notario, que sonrió ante mi comentario.

Capítulo 34



Marta

Había llegado el día de nuestra boda, y estaba de los nervios. Nuestra niña ya tenía ocho meses, y era una verdadera monería. Teníamos un vínculo afectivo entre las dos que era fuera de lo normal, incluso cuando estaba en la guardería y me escuchaba por los pasillos, se ponía a tocar las palmas y a reír.

Para ese día había elegido un vestido un tanto clásico, de corte sirena y escote corazón. Era de encaje, y tenía unas falsas mangas, también del mismo tejido, que lo hacía lucir de lo más elegante. Apenas tenía cola, pues quería algo sencillo, nada de ornamentaciones ni nada que me hiciera parecer una tarta o una muñeca de esas antiguas de porcelana.

El pelo lo llevaba semirrecogido en la parte de atrás, donde llevaba el velo prendido. Como joyas, tan solo unos pendientes que me regaló Blanca para la ocasión, y una pulsera que perteneció a mi abuela. El maquillaje también era sencillo, ya que no solía maquillarme tampoco mucho. Un delineador en marrón marcaba el contorno de mis ojos, máscara de pestañas y los labios en rojo, eso sí que me gustaba, pues tenía unos labios carnosos que me gustaba remarcar.

—¿Estás lista? —me dijo Carlos, que iba a ser mi padrino.

—Sí, aunque también de lo más nerviosa —le respondí.

—Lo que sí que te puedo asegurar es que estás preciosa. Nunca te había visto tan radiante como en este momento, te lo prometo —me dijo, con

lágrimas en los ojos.

—Tienes que ser el resultado de la felicidad que me embarga. Jamás pensé que ese primer día que entré a trabajar con Sebas en la cafetería, encontraría al hombre de mi vida, y mucho menos que formaría con él la familia que hemos formado —le dije, emocionada.

—Quita, quita, no vayas a llorar, que Rocío me corta el cuello como te estropees el maquillaje —me dijo, y es que mi amiga había sido la encargada de mi maquillaje y mi peinado, pues, por mucho que probé con profesionales, cuando me miraba en el espejo no me veía a mí, era como si estuviera disfrazada.

Al final, una mañana en el recreo, sacó su neceser y me maquilló como ella pensaba que me sentiría cómoda. El resultado me gustó tanto que no me lo pensé, dejé de buscar y le dije a ella que le había tocado ser la encargada del maquillaje y la peluquería. Al principio, me miró horrorizada, como si no fuera a ser capaz, pero luego, cuando le dije que no me había visto tan guapa con ninguna de las pruebas, aceptó ante mis súplicas.

Salimos de camino a la iglesia y al bajar me encontré con algo que no me esperaba. Hugo había encargado un coche clásico, de estos que son descapotables y de color rojo pasión. Justo entonces, llamó a Carlos, que activó el altavoz para que yo también pudiera oírlo.

—No me vayas a decir guarradas, que tengo puesto el altavoz y te va a escuchar todo el mundo —le dijo, y Hugo soltó una carcajada.

—Desde luego, corazón, eres único. Te llamaba para saber si a la novia le ha gustado mi regalito, porque espero que ya lo haya visto —dijo él.

—Me ha encantado, Hugo. Es como si me hubieras leído el pensamiento, te lo prometo. Y este color que tiene, que resalta con la decoración de las puertas… No podía ser más ideal. Recuérdame, cuando llegue, que te lo agradezca en condiciones —le contesté.

—Me parece que no vas a poder agradecérmelo como nos gustaría a los dos, porque entonces, tu marido y mi chico nos partirían la cara —me respondió, y solté una carcajada.

—No sé cómo sigo diciéndote las cosas en el mismo tono, porque siempre le sacas punta a todo.

—De eso nada, que él tan solo le saca punta a mi lápiz. Al final, vamos a tener una boda y un funeral en el mismo día, ya verás —dijo Carlos, fingiendo enfado e indignación.

—Dejaros ya de tonterías y veniros ya para la iglesia, o a mi hermano va a terminar por darle un chungo. No os podéis imaginar lo nervioso que está. Ha dado ya no sé cuántas vueltas por el altar, creo que ya sabe todas las imperfecciones que tiene el suelo —nos dijo, y ambos soltamos una carcajada.

—Ya vamos para allá. Mientras que mantenemos esta conversación, el conductor ya ha puesto camino a la iglesia. Tanto que ya estamos casi en la puerta, si estás fuera nos verás llegar —le dijo mi padrino y, efectivamente, allí estaba.

Cuando me bajé del coche, todo el mundo se quedó con la boca abierta, y los piropos no tardaron en salir de sus bocas. Mis compañeras del trabajo me miraban con admiración, al igual que Rocío, pero lo que más me impresionó fue la mirada que me lanzó Juan, el jefe de Lucas, el que le había legado todo en vida.

Juan estaba en tratamiento contra el cáncer y, al parecer, estaba surgiendo efecto. Todavía le quedaba mucho por luchar, e iba en una silla de ruedas, empujada por su mujer, otra persona entrañable y encantadora, a la que mi chico veía como a alguien de su propia sangre.

—Te lo mereces, Marta. Te llevas a un buen hombre, pero no dudo de que él también se lleva a una gran mujer —me dijo, tomándome de mis manos.

—Gracias, Juan. Espero hacerlo todo lo feliz que él me hace a mí —le contesté.

Cuando levanté la mirada y lo vi allí, en el altar, con nuestra hija en brazos y acompañado por Blanca, mi felicidad fue completa. Las lágrimas corrían por sus mejillas, de la emoción, de lo felices que éramos, y yo tampoco pude reprimirlas.

—No se puede ser más bonita que tú, estás realmente deslumbrante —me dijo, secándose las lágrimas.

—Tú también estás guapísimo, mi amor. Y mi niña, que parece una princesita de cuento. Gracias, Blanca, por ocuparte de ella y de su atuendo —le dije a la madrina de nuestra boda.

—Si ya estamos todos, vamos a empezar con la ceremonia —dijo el párroco que nos iba a casar.

Lucas le dio la niña a Rocío, con la que la niña tenía verdadera devoción. También era a la que más veía, pues, en cuanto tenía un minuto libre, no dudaba en bajar al aula de la guardería para pasar tiempo con ella.

Había llegado el momento de nuestros votos, y el sacerdote nos dijo que uniéramos nuestras manos para decírnoslos mirándonos a los ojos.

—Yo, Lucas, te prometo a ti, Marta, darte todo mi amor, mi cariño y mi protección. Cuando empezamos esta aventura, no lo tuvimos fácil, pero con amor y constancia, lo hemos conseguido. Me sacaste del pozo en el que estaba metido, me enseñaste a quererme más que a nadie, y a respetarme. La primera vez que te vi pensé que tenías una sonrisa preciosa, pero que yo no era suficiente para una mujer como tú. Nada más lejos de la realidad, porque me has demostrado que nunca, nadie es más que nadie, y que, en el amor, todavía menos. Te amo y no cambiaría nada si el final es este —me dijo mi chico, mirándome a los ojos y con lágrimas en los labios.

—Yo, Marta, te prometo a ti, Lucas, darte mi vida entera. Junto a nuestra hija, eres el pilar de mi vida. No voy a hacer referencia a nada del pasado, porque no merece la pena, tenemos que mirar al futuro, ese en el que ver crecer a nuestra pequeña familia. Eso sí, como le vuelvas a dar un beso como el de aquel día a Blanca, duermes un mes en el sofá —dije, para quitarle tensión al momento y todos soltaron una carcajada.

—Amiga, lo corroboro —dijo Rocío, desde el primer banco, en el que estaba sentada con mi hija.

—Bueno, sigo, que se me pierde el hilo. Me dijiste en una de nuestras primeras conversaciones, que no eras un príncipe azul y ahora, después de

conocerte como lo hago, te tengo que decir que no es cierto. Eres mi príncipe azul, y yo solo quiero que me dejes ser tu princesa. Te amo y te amaré durante toda la vida —terminé mi discurso.

La ceremonia terminó poco después, con ese beso tan aclamado por todos los que estaban allí. De la iglesia nos marchamos al restaurante donde lo celebraríamos todos juntos, con los nuestros. No había nadie invitado por compromiso, estaban los que quisimos que estuvieran ese día con nosotros.

—La vida me lo puso muy difícil, pero, gracias a ti, no puedo pedir más de lo que tengo —me dijo mí ya marido después de besarnos.

—¿Ni siquiera otro hijo más? —le pregunté, pues me había enterado esa misma mañana, y todavía no lo sabía nadie.

—¿Estás embarazada? Dime que sí, por favor, porque me harías el hombre más feliz del mundo —me dijo, y asentí con la cabeza. Con un beso celebramos la noticia.

Epílogo



Marta

Cinco años después…

—Venga, corre, que no llegamos y al final, salen por el camino —me dijo Lucas, cogiendo la bolsa de los bebés.

—Mira que eres exagerado, si todavía tenemos tiempo —le contesté, cogiendo mi bolso.

Sí, tal y como estáis pensando, estaba otra vez embarazada y esta vez eran mellizos, pero mejor os cuento todo desde el principio, y así no os quedáis con la duda.

Aquel día, en la boda, todos se alegraron muchísimo de que estuviera de nuevo embarazada, en especial, Blanca, que decía que cada niño que viniera era una bendición. Siete meses después nacía Liam, nuestro pequeño terremoto que se llevaba con su hermana menos de dos años.

En la actualidad, María era mi hija de manera legal, pues, en cuanto que volvimos del viaje de novios solicité la adopción de la niña. María tenía ya seis añitos, y era una niña adorable y muy cariñosa. Desde el principio le explicamos que yo no la llevé en mi barriguita, pero que era mi hija, al igual que su hermano, y ella lo entendió. Jamás hice distinciones entre los dos, ni se me ocurriría hacerlas.

El parto de Liam fue muy complicado, hasta el punto de que el ginecólogo me dijo que mi útero había quedado tan dañado que era prácticamente imposible que volviera a quedarme embarazada. Desde ese momento, dejamos de tomar precauciones, y nos fue bien, hasta hace exactamente siete meses y medio.

Como no podía ser madre de nuevo, dejé de preocuparme por la fecha en la que me tenía que bajar la regla, por lo que no fui consciente de que hacía casi dos meses que no la veía. Esa mañana, en el colegio, me dio un mareo que casi perdí el conocimiento. Rocío, asustada, llamó a Lucas, que no dudó en llevarme al hospital, por mucho que le decía que sería una bajada de tensión, y menos mal que lo hizo.

—Enhorabuena, está usted embarazada, y son mellizos —me dijo la doctora que me atendió en urgencias, y casi me tienen que llevar a traumatología, porque me desmayé de nuevo, pero esta vez de la impresión.

—No puede ser… si yo ya no podía quedarme embarazada… —fue lo que salió de mi boca en cuanto que recuperé la conciencia.

—Y tanto que puede ser, mira la pantallita —me dijo ella, como si yo estuviera dudando de su palabra.

—Lo que mi mujer quiere decir no es que usted se haya equivocado, ni mucho menos. Es que, cuando nació nuestro hijo Liam, el doctor que le llevaba el embarazo, le dijo que su útero se había quedado muy dañado, y que era casi imposible que volviera a ser madre —le explicó Lucas, aguantando la risa por la cara de la médica.

—Pues su útero se ha regenerado a la perfección, hasta el punto de que, no es que albergue una nueva vida, sino que alberga a dos, y muy bien agarraditos que están. Estás de casi siete semanas, por lo que, todavía te queda alguna en la que tendrás que tener un poco más de cuidado, pero nada que no sea lo normal en otros embarazos —nos dijo.

Mi marido los llamaba sus pequeños milagros. Como sobra decir, ya no cabíamos en esa casa, por lo que nos tuvimos que trasladar. Nos compramos una cerquita de la de Juan y su mujer, porque así podrían disfrutar de sus nietos, que así era como los llamaban.

Juan superó el cáncer, pero no volvió al trabajo. Decía que ahora, el tiempo que tenía era de calidad, para cuidar a su familia y jugar con sus niños. No era nada extraño verlo sentado jugando a las casitas con María, o tirado en el suelo parando un chute que le hubiera lanzado Liam.

—Cualquier día tenemos que salir corriendo porque se ha partido una cadera —le decía Lucas a Santi, la mujer de Juan.

—Ay, hijo, no hay medicina que cure mejor y más rápido que la vitalidad de un niño —le respondía ella, con una sonrisa.

Los que también seguían a nuestro lado eran Hugo y Carlos, cada uno, por un lado, eso sí, porque ya no eran pareja. No buscaban lo mismo en la vida. Mientras que Hugo quería seguir siendo el novio eterno, Carlos quería formalizar la relación, viviendo juntos, al menos, y formar una familia, pero su chico decía que estaban bien así.

No fue un problema de infidelidad, ni nada parecido, sino que más bien fue un desgaste de la relación. Por supuesto que seguían viéndose, porque eran parte de nuestra familia. Con el tiempo, Carlos encontró a la horma de su zapato, Mario, un chico divertido, cariñoso, y que no dudó en pedirle matrimonio a los pocos meses de estar saliendo juntos. Tenían un hijo, Juan Carlos, que adoptaron cuando tenía seis meses, y que hacía las delicias de sus padres.

Hugo, por su lado, seguía igual que siempre, y ninguna relación le duraba más de dos o tres meses. Decía que era feliz así y que, cuando tenía mono de familia, se iba con Carlos y Mario, y se quedaba varios días en su casa. No me extrañaba nada, conociendo a los tres, que más de una vez se hubieran liado entre ellos, pues mi amigo solía decir que a ambos les encantaba el ímpetu y la sensualidad que derrochaba Hugo. Era completamente consentido por todos, con lo cual, nadie tenía derecho a opinar, cada cual llevaba su pareja como le daba la gana.

Todo lo contrario, a Blanca y a Rocío, que ellas sí que seguían juntas. Se casaron el verano anterior, en una bonita ceremonia en la playa, con tan solo veinte invitados. Sobra decir que de la familia de Blanca no acudió nadie, pues decían que siempre había sido la díscola y la deshonra de la familia. Por suerte, nos tenía a nosotros, que en ningún momento la dejamos caer. Se

habían sometido a una fecundación in vitro, con el óvulo de Rocío, pero en el vientre de Blanca, así decían que sería de las dos, que ambas se sentirían igual de madres.

De Marisa no volvimos a saber nada, lo último fue que se tuvo que enfrentar a una demanda por parte del pediatra por poner en riesgo la salud de la niña durante su embarazo, y que salió condenada de ese juicio. Como tal, perdió su trabajo en el centro en el que trabajaba y se marchó al extranjero, a empezar otra vida, según les dijo a sus allegados. Por su hija jamás preguntó. La dejó como si fuera una carga para nosotros, cuando fue la mayor de las bendiciones.

Y ahora, en la actualidad, aquí estábamos todos, esperando a que llegaran mis niños al mundo. Eran un niño y una niña, y llevarían como nombres Alma y Manuel. Fue una decisión difícil, pues no nos poníamos de acuerdo. Yo quería nombres más modernos, mientras que Lucas era más de nombres clásicos. ¿Cómo lo hicimos? Pues muy fácil, cogimos a los niños y los sentamos a ambos en el sofá.

—María, ¿cómo te gustaría que se llamara tu hermanita? —le preguntó la niña, que no dudó ni un instante.

—Como mi seño de inglés, Alma. Me parece un nombre precioso y con mucha personalidad —dijo ella, con una madurez increíble.

—Y tú, Liam. ¿Cómo quieres que se llame tu hermano? —le pregunté al niño.

—Pues Manu, como mi mejor amigo. Además, que me gusta y tiene de eso que ha dicho mi hermana —nos dijo, y soltamos una carcajada que nos doblamos de la risa.

Esa media lengua y que no entendía lo que su hermana había dicho, pero él tenía claro que también debía tenerlo.

—Pues nada, serán Alma y Manuel —les dije a los dos, con el consentimiento de su padre, que asentía con la cabeza.

No os voy a contar que fue un parto difícil, como en el caso de Liam, porque, en cuanto que llegamos al hospital, Manuel ya tenía casi la cabeza fuera. No me pudieron poner ni la epidural, fueron dos empujones y ya estaba en el mundo, y su hermana lo hizo tres minutos después. Vamos, que, si nos llega a coger un semáforo en rojo, llego al hospital con los niños de la mano, tal y como me había dicho mi marido antes de salir de casa.

—Hemos llegado a lo justo. La próxima vez me haces caso, por favor te lo pido —me dijo mi marido, en cuanto nos pusieron a los niños en los brazos.

—¿La próxima vez? Eso no te lo crees ni tú. Y mira que de este parto no me he enterado, pero creo que, con cuatro, ya hemos cerrado el cupo —le dije, sonriente.

—Gracias, mi amor, por darme la familia más bonita que puede soñar un hombre, por estar a mi lado y tratarme como me tratas —me dijo mi marido.

—No tienes que agradecer nada, somos un equipo y como tal tenemos que trabajar. Y con respecto a la forma de tratarte, no puedo hacerlo de otro modo, recuerda, tú eres mi príncipe azul y yo seré siempre tu princesa —le dije, sonriente.

—No, cariño, tú eres mi reina y yo tu rey, que príncipes y princesas son nuestros hijos —me respondió, sellando aquello con un beso, que sería el comienzo de nuestra aventura como familia numerosa.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel